

Mayo - Junio de 1963

COMUNIDAD IBERICA

COMUNIDAD IBERICA

LA COMUNA ASTURIANA DE 1934

Ramón Alvarez

EVOCACION DE LA ENCICLOPEDIA

J. García Pradas

CARACTERES GENERALES DE LA ERA ATOMICA:
UNA REVOLUCION REGIDA POR LA CIENCIA
Y LA TECNICA

Diego Abad de Santillán

EL AVE FENIX, TANIT Y LAS VIRGENES IBERICAS

Ramón Sender

SISTEMAS EN LA ENCRUCIJADA:
MAQUINA VS. OBRERO

Víctor García

Y ASI CAYO LA REPUBLICA

J. González Malo

EN TORNO AL GREGARISMO

Adolfo Hernández

OBSERVACIONES SOBRE EL DESARROLLO
DE LA ECONOMIA ESPAÑOLA

Manuel Díaz-Marta

4

M A Y O
J U N I O
1 9 6 3

COMUNIDAD IBÉRICA

PUBLICACION BIMESTRAL

Autorizada como correspondencia de segunda clase en la Admón de Correos N° 1, de México 1, D. F. el 20 de marzo de 1963.

AÑO II — Mayo-Junio, 1963 — Núm. 4

Editor: FIDEL MIRÓ

Director: P. ALFARACHE

Administrador: FRANCISCO ROMERO

Independencia 67-601

Apartado postal 13721
México, D. F.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

AMÉRICA

México un año 24 pesos
Otros países, un año 2 Dól. (USA)
Europa, un año 10 N. F.

PRECIO DEL EJEMPLAR

AMÉRICA

México 4 pesos
Otros países 0.35 Dól. (USA)
Europa 1.70 N. F.

CORRESPONSAL ADMINISTRATIVO EN EUROPA

M. FABRA

22, rue Plumet

París (XV)

C.C.P. 14 270 16 París

DE LOS ARTICULOS PUBLICADOS
SON RESPONSABLES SUS AUTORES

Impreso en los talleres de IMPRESIONES
MODERNAS, S. A. Sevilla 702 (Col. Por-
tales), México 13, D. F.

REDACCION

En la imposibilidad de insertar en este número la continuación del trabajo *La cuestión agraria*, de Víctor Alba, reanudaremos la publicación en el número próximo.

SECCION DE LIBROS

Recomendamos la lectura de los siguientes libros, editados por

EDICIONES CNT - MEXICO:

Ramón J. Sender

EL LUGAR DE UN HOMBRE

Novela

PENSAMIENTO DE JUAN PEIRO

Marín Civera

EL SINDICALISMO

(Historia, Filosofía, Economía)

Manuel Muñoz Diez

MARIANET

(Semblanza de un hombre)

Louis Mercier

PRESENCIA DEL ANARCOSINDICA- LISMO

Evert Arvidsson

EL ANARCOSINDICALISMO EN LA SOCIEDAD DEL BIENESTAR

De otras editoriales

Marín Civera

LA INDUSTRIALIZACION DEL ESPIRITU

Víctor García

ESCARCEOS SOBRE CHINA

SUMARIO

	Pág.
Alianza Sindical UGT-CNT-STV	2
España y el movimiento obrero	3
La comuna asturiana de 1934, <i>por Ramón Alvarez</i>	5
Evocación de la "Enciclopedia", <i>por J. García Pradas</i> ..	11
Caracteres generales de la era atómica: una revolución regida por la ciencia y la técnica, <i>por Diego Abad de Santillán</i>	15
¿Qué es la UNESCO?, <i>por A. Tarragó</i>	22
El Ave Fénix, Tanit y las Vírgenes Ibéricas, <i>por Ra- món Sender</i>	25
Sistemas en la encrucijada: Máquina vs. Obrero, <i>por Víctor García</i>	31
Y así cayó la República, <i>por J. González Malo</i>	34
En torno al gregarismo, <i>por Adolfo Hernández</i>	39
La pintura de Capdevila, <i>por Jerónimo García</i>	45
Observaciones sobre el desarrollo de la economía espa- ñola, <i>por Manuel Díaz-Marta</i>	48
Sabemos qué es el "Opus Dei". Sepamos qué es el "opusdeísmo", <i>por M. González</i>	53
Latinoamérica y el falso subdesarrollo, <i>por Pedro Bar- galló</i>	58
Comentarios de libros. Una obra excelente dedicada a China, <i>por José María Francés</i>	62

Alianza Sindical UGT-CNT-STV

PROGRAMA MINIMO

1. Ley de asociaciones que asegure la libertad sindical y política de todos los ciudadanos.
2. Derechos de asociación, de reunión, de propaganda escrita o hablada garantizados.
3. Reconocimiento del derecho de huelga para obreros, empleados y funcionarios, incluso en aquellas manifestaciones de la economía que hayan sido nacionalizadas.
4. Salario mínimo garantizado cuyas condiciones mínimas deberán ser establecidas en contratos de trabajo LIBREMENTE ESTABLECIDOS Y ELABORADOS ENTRE PATRONOS Y OBREROS.
5. Efectividad de la jornada máxima de 8 horas diarias. La reducción progresiva de las horas de trabajo seguirá una línea paralela con las modificaciones técnicas que se establezcan, única forma de evitar el desempleo.
6. La reducción progresiva de las horas de trabajo plantea el problema moral de cómo debe ser orientado el empleo del tiempo que deje libre el funcionamiento del trabajo. A ese respecto reclamamos la constitución de un Consejo Nacional integrado por trabajadores, técnicos y profesores para que estudien las medidas que deben ser aplicadas para orientar a los trabajadores en el empleo de las horas libres.
7. Seguridad en el empleo y establecimiento del subsidio al paro.
8. Unificación nacional de los Seguros Sociales, enfermedad, invalidez, mutualidades, retiro obrero, accidente de trabajo, maternidad, subsidio familiar con elaboración de un régimen para la administración y garantía de las reservas sociales de los mismos.
9. Gestión y control de los Seguros Sociales por representantes libremente elegidos por las organizaciones patronales y obreras.
10. Creación de una Caja Nacional Mixta —industria, pesca, agricultura y comercio— que asegure un reparto equitativo de todas las prestaciones.
11. Constitución de un Consejo Económico-Social del cual formen parte, en proporciones iguales, técnicos, patronos, obreros y representantes del poder público, encargado de estudiar los problemas económicos de España, estableciendo sus conclusiones al respecto.
12. Política social agraria, procediéndose a la organización metódica de la producción y la venta de los productos y posibilitando la parcelación de los grandes latifundios con indemnización de sus actuales poseedores.
13. Absorción obligada del paro estacional por el establecimiento de industrias suplementarias derivadas de la agricultura.
14. Organización racional del empleo y orientación de la mano de obra agrícola.
15. Creación de Centros de Formación Profesional acelerados, garantizando a los alumnos las indemnizaciones correspondientes para que puedan hacer frente a sus obligadas necesidades.
16. Organización nacional de la enseñanza técnica, media y del aprendizaje y justa y eficaz incorporación de las Universidades laborales dentro de un plan general de la Enseñanza Pública. Las Universidades laborales creadas con medios económicos de los trabajadores deben pasar a ser administradas y controladas en su función por Consejos de gestión formados por representantes de las Organizaciones Sindicales Nacionales y en proporción directa, cada Delegación al volumen de afiliados por la misma representados.
17. Facilidades económicas con préstamos a largo plazo para obreros, funcionarios y empleados a fin de que puedan adquirir en propiedad viviendas dotadas de los servicios de salubridad e higiene indispensables.
18. Plan nacional de la vivienda que posibilite la construcción rápida de los miles de viviendas con alquiler reducido.
19. Promulgación de leyes que faciliten la formación y desarrollo de las Cooperativas Obreras de producción y consumo.
20. Creación de un Servicio nacional de orientación técnica a las Cooperativas y educación de los cooperadores.
21. Apoyo directo del Estado al movimiento cooperativo.
22. La adhesión a los sindicatos será voluntaria, libre para cada hombre.
23. Los sentimientos religiosos de los individuos serán plenamente respetados.
24. Idéntico respeto proclamamos en lo que se refiere a los pueblos o nacionalidades que integran el Estado español, cuyos respectivos organismos serán los encargados del desarrollo y aplicación de los puntos expuestos, según determina el artículo 6 de los Estatutos autonómicos. Esta misma consideración se prestará al propósito que formulamos de integrar el régimen peninsular en el conjunto europeo como el medio más adecuado de contribuir a la superación del nivel de vida de nuestros pueblos y como garantía de su desenvolvimiento democrático.

España y el movimiento obrero

¿CUAL SERÁ LA SOLUCIÓN que los acontecimientos ofrecerán al problema español? El régimen está empeñado en una dura lucha por sobrevivir, por impedir a toda costa que su desplazamiento dé ocasión a un movimiento nacional que ataque las estructuras económica y política vigentes. Algunos Estados, aun manteniendo una distancia moral apreciable de lo que representa la Dictadura, prácticamente están preocupados por las mismas razones que el régimen surgido de la guerra civil. Si bien se desea que lo actual termine de ser un motivo de probable discrepancia en el complejo político de Occidente, no se está dispuesto a cortar los puentes que unen a la España de Franco con el sistema general capitalista. Cualquier cosa antes que permitir lo que fatalmente ha de suceder en nuestro país —es decir, que las fuerzas populares entren en el marco de la vida normal con voluntad de transformar lo que sea necesario, en profundidad y extensión—. La existencia de esa conciencia colectiva orientada hacia el porvenir no la puede negar nadie: basta que personas inteligentes traten de percibir lo que realmente late en su entraña, para que se vean obligadas a reconocerlo. Así, la solución, cualquiera que sea su forma, ha de romper la quietud obligada por la supremacía de las armas y facilitará la evolución social de España. Su transformación dependerá, después, de la capacidad de los españoles para cristalizar en obra positiva lo que ahora conmueve silenciosamente las conciencias.

Y uno de los elementos más importantes para esa obra de transformación lo constituye el proletariado. El sindicalismo español —el movimiento obrero español— estuvo ayer empeñado en afirmarse como fuerza de progreso social, trabajo que las fuerzas retardatarias —políticas y económicas— estuvieron perturbando continuamente. La historia de las luchas obreras durante el último medio siglo lo pone de manifiesto. Las incidencias naturales de la lucha, calificadas casi siempre y torpemente de revolucionarias, le ofrecían los “argumentos” necesarios para una política antiobrera fundamental. Si el sindicalismo español no hubiera estado continuamente sometido a la clandestinidad, impidiendo con ello la formación intelectual de una gran capa de sus afiliados, estamos seguros que la guerra civil no se habría producido, pues el reconocimiento por parte de los trabajadores del beneficio de la libertad, que hubiera permitido la creación de fuertes núcleos de hombres —organizadores y orientadores— actuando poderosamente sobre la conciencia nacional, habrían advertido al enemigo sobre las consecuencias de una lucha en la que habrían tenido las de perder, cosa que estuvo a punto de ocurrir a pesar de todo, si en el plano internacional una mentalidad parecida a las de los “pronunciados” en España no les hubiera facilitado sus propósitos.

El movimiento obrero, pues, en el renacimiento de nuestro país habrá de participar decididamente en la reestructuración social. En todos los órdenes. No entramos en ciertos argumentos que traten de justificar lo que ayer constituía una obsesión para una de las corrientes del sindicalismo obrero, porque no se puede juzgar con claridad lo que haya ocurrido en el espíritu de los que permanecen fieles a su organización. Pero lo que no admite dudas es que si el porvenir —cuando se haya desvertebrado la situación política actual— no ha de ser una torpe “enmienda” de lo que está vigente, el pueblo español se entregará a la tarea gigante de modificar la estructura del régimen, y que el sindicalismo participará con toda su fuerza

en esa obra. En la forma como lo determinen los hombres reales, de carne y hueso, que estén presentes, no las entelequias que distrajeran ayer la mayor parte del tiempo.

La estructura del movimiento sindicalista español es una garantía de que las reformas o transformaciones radicales que se operen en la sociedad liberada, podrán ser mantenidas sin riesgos de fracaso. Primero, porque el movimiento obrero responde por su naturaleza a la estructura económica, como lo demostró al comienzo de la guerra civil tomando en sus manos el aparato industrial, y continuando la producción y prestación de servicios, sin cuyo requisito no se habría podido sostener la réplica del pueblo a la brutalidad desencadenada. Segundo, porque en el aspecto político el sindicalismo tiene un concepto de la estructura social de acuerdo con las más avanzadas concepciones modernas. Los que traten, por ejemplo, de ahondar en una de las zonas del sindicalismo español, la CNT, se darán cuenta de una cosa esencial: parte del hombre, del individuo real, y del núcleo social del que forma parte directa, y de ahí se proyecta en la organización general del país. La tendencia autonómica de algunas regiones de España, se relaciona con el pensamiento político confederal, por lo que éste no se considera ni disminuido ni "pisado" por sectores de opinión que no rebasan los términos "políticos" del problema social.

De ahí que consideremos que los militantes del movimiento obrero español en exilio deben prepararse para participar en la reconstrucción de la fuerza sindical, porque de ella dependerá en parte el porvenir. La experiencia adquirida en estos años en distintos países les habrá hecho meditar acerca de las diferencias existentes entre nuestro movimiento y el que conocemos más o menos de cerca. En el movimiento español están presentes siempre las finalidades, es decir, los propósitos futuristas: la transformación del régimen de vida, y no sólo la mejora económica, parcial y episódica, con que se acapara substancialmente la conciencia en el mundo obrero exterior. Es cierto que hay un deber insoslayable: aumentar cada día, en lo posible, las condiciones materiales de la existencia individual; pero es también indispensable mantener viva, vibrante, en primera línea, la ambición de acabar con las fuentes de injusticia, de carencia de libertades, de negación de los derechos a la cultura. Y esto se conseguirá únicamente por la modificación de las condiciones generales de la vida social.

Nos espera una gran tarea para mañana. Prepararse hoy de la mejor manera posible, acabando con la pérdida de tiempo que representan las discusiones inútiles, es una obligación de cuantos militantes obreros se preocupan del porvenir. Hay que recrear el movimiento sindical —lo que existe en España no es tal—, procurando por modos de tipo democrático acrecentar la conciencia colectiva, fortaleciendo en nuestro espíritu las ideas básicas del movimiento obrero: la libertad personal y la justicia social.

La Comuna Asturiana de 1934

POR RAMÓN ALVAREZ

RESULTA INDISPENSABLE, al iniciar el estudio de aquellos acontecimientos, referirse a la intensa labor preparatoria, de profunda significación táctica y de gran aliento revolucionario, emprendida, con voluntad de victoria, por las organizaciones regionales de la C.N.T. y la U.G.T. de Asturias, unidas por un pacto, cuyas estipulaciones conservan definitiva actualidad. Las viejas divergencias y rivalidades que separaban a marxistas y libertarios en bandos enemigos, a menudo llamados a resolver sus litigios recurriendo a la violencia, tornáronse, a partir del compromiso escrito, en una estimulante fraternidad que sobrevivió a las sucesivas y temporales derrotas, a las atroces represiones desencadenadas por la reacción provisionalmente triunfadora y a todos los desencantos.

El grito de U.H.P. que desgarró el manto de aquellas heroicas noches ya lejanas ha servido de impulso invisible al brillante y ejemplar levantamiento huelguístico del pasado año que ha logrado despertar tantas esperanzas más muertas que dormidas.

En octubre de 1934, el proletariado astur empuñó las armas con el propósito de cerrar el paso al amenazador avance de la reacción española, enquistada en los principales resortes del Estado y que ya para esas fechas tenía bastante adelantados sus planes de golpe militar contra la República. Las bases del pacto estipulaban claramente que la suerte favorable de las armas abría un paréntesis revolucionario, descartando totalmente una simple vuelta a la tímida República de 1931.

Los focos o centros nerviosos del liberalismo intelectual y político del país, así como las zonas del obrerismo revolucionario, esas grandes ciudades que tienen el poder mágico o el privilegio inmanente de influir en el desenlace de todas las acciones políticas y de cualquier ensayo más o menos socializante, quedaron como sobrecogidas, emocionalmente rebasadas por las colosales dimensiones del acontecimiento insurreccional venido, por incomprensible añadidura, de una región tenida hasta entonces por reformista, lo que, en lenguaje corriente, equivale a una especie de peste de la que conviene alejarse para evitar su aniquilador contagio.

No es descaminado pensar que los elementos de esa fama los fuesen acumulando las prudentes reservas con que solíamos acoger, Puerto Pajares abajo, los calurosos y repetidos pronósticos de cercana redención, prodigados sin medida por tribunos y periodistas bien intencionados, y porque, con ocasión de infinitas confrontaciones nacionales, nos atrevíamos los asturianos a sostener que el complejo fenómeno revolucionario logra su madurez cuando los múltiples factores que lo engendran y orientan su gestación llegan a término. Añadíamos, además, que si bien el hombre modela la historia e influye, con su inteligencia y su voluntad, en la marcha de los acontecimientos, resultando poco menos que imposible todo avance social sin su presencia activa, negamos al individuo y al grupo la facultad de resolver, con prisas caprichosas, el ciclo evolutivo de la misma, fijándole plazos y fechas como si se tratase de una asamblea pública.

La impaciencia inmoderada puede, en cambio, hacer que todo el trabajo des-

emboque en un lamentable aborto, llevando a confundir, frecuentemente, los tirones de barriada con movimientos revolucionarios de base popular. Leamos a este tenor lo que decía Isaac Puente, desde la cárcel de Zaragoza, en un informe sobre el movimiento de diciembre de 1933:

Toda la levadura anarquista de la Confederación, su parte vital y activa, se puso en juego para desencadenar el hecho revolucionario, para determinar a la acción a la parte remisa y pasiva de la C.N.T., que no se movilizó más que en algunos pueblos. El pueblo que sufre, amansado por miedo hereditario y una educación conformista, tampoco se dejó arrastrar por el entusiasmo revolucionario que animaba a los "guiones", a los que interpretan, con su impaciencia y su fe, el afán renovador de la sociedad.

Y es que la vía del antojo podrá, a lo sumo, proporcionar consuelo a espíritus torturados por la fantasía, sin conducir jamás a dar forma material y realizable a esa sociedad soñada, que construyen con tanto amor para brindarla con la generosidad de quien se propusiera reparar, de un empellón, siglos enteros de abusos e injusticias.

Ciertos estrategas de la insurrección popular, enemigos de los pactos sin contenido y partidarios de la cita en las barricadas, encontraron en algunas circunstancias de carácter regional, realmente confusas, la ocasión para desautorizar, en condiciones dudosas, el movimiento aliancista de octubre, porque aquélla no era "su" revolución. Y así, alegremente, se malogró una coyuntura histórica de incuestionable perspectiva revolucionaria, como hubo de reconocerse más tarde, cuando el generoso y valiente intento había fracasado. Ni siquiera entró en línea de cuenta que el levantamiento asturiano pudo quebrantar seriamente los preparativos del militarismo español, alentado y sostenido por las potencias fascistas de Europa.

Resulta extrañamente curioso comprobar, cuando se analiza aquella gesta con la serenidad de ánimo procurada por la distancia de los años, que la heroica Comuna asturiana encontró eco en los medios sindicales de la península cuando ya había sido salvajemente aplastada por el ejército, que se movía por tierras del Norte sin amenazas de hostilidad a retaguardia. Lo que no pudo la infatigable acción persuasiva de los militantes de la C.N.T. de Asturias, ayudados en la ingente tarea por figuras de la talla de un Orobón Fernández, de quien nadie se acuerda, fue logrado por el siniestro silencio de sus pueblos martirizados, sobre los cuales se ejerció una represión que ya prefiguraba el texto de una octavilla, lanzada en la zona de operaciones por la aviación gubernamental: "España entera, con todas sus fuerzas, va contra vosotros, dispuesta a aplastaros sin piedad como justo castigo a vuestra criminal locura..."

La elocuencia de aquel episodio de tan elevados perfiles puso término, durante años, al apasionado debate entre la imperiosa necesidad de la entente y los aleatorios peligros de la misma, manejados astutamente por sus adversarios. La calle, el taller, las reuniones, la prensa obrera impulsaban en esa dirección todas las actividades, queriendo, sin duda, hacer enmienda honorable, apurando las etapas para llegar lo antes posible a un convenio con la U.G.T., capaz de frustrar la acción final de la reacción española. Desgraciadamente llegamos tarde, y la sublevación fascista del 19 de julio nos sorprendió sin que la Alianza Obrera hubiese rebasado la fase de los proyectos.

Provocado en Marruecos el estallido militar, no tardó en ponerse al descubierto el insospechado alcance de la conjura y los contornos de sus complicidades a lo largo y a lo ancho del país. Únicamente los gobernantes de la República seguían cerrando tercamente los ojos a la realidad con la secreta esperanza de ir retrasando el inevitable choque armado, mientras se daba tiempo a la aparición de un imposible milagro que alejase el espectro de la guerra civil.

Favorecido por esa vacilación de los primeros días, el Estado Mayor de la fac-

ción aplicó sus planes con una regularidad cronométrica esperando que, rápidamente cubiertas las etapas secundarias, todo acabaría, según las previsiones del alto mando, en una apoteósica victoria general, evitando el espectáculo de una resistencia popular susceptible de comprometer, de cara al exterior, el prestigio de los sublevados, haciendo dudoso, además, el desenlace de la contienda. Pero la clase trabajadora desarmada, temida sin razón por los gobernantes, odiada por la reacción confabulada y sin una preparación eficiente para afrontar el desbordamiento fascista, estuvo a un paso de hacer fracasar la traición. Para los observadores que sepan y quieran leer en los hechos, sirviendo de paso a la verdad, debe estar fuera de duda que no hubiese escapado el triunfo a las fuerzas de la libertad, si al iniciarse la lucha hubiesen funcionado en toda España los Comités de Alianza, encargados de impedir cualquier vacilación y de aplicar con energía las medidas previstas en un plan de acción común, comprendiendo el cuadro de fuerzas afines y enemigas en cada sector y el repertorio completo de las operaciones aconsejables en cada eventualidad, a fin de obtener un aprovechamiento racional del admirable heroísmo del pueblo, no siempre coherente y bien orientado...

Hemos intentado ilustrar el presente y el inmediato porvenir que nos aguarda, con las huellas indelebles de un pasado, rico en experiencias, que acredita como buena la táctica de Alianza Sindical, tan magistralmente definida en estas proféticas frases del malogrado Orobón Fernández:

Espontáneamente, sin acordarse de viejas consignas de estereotipia, los trabajadores de las diversas tendencias se han dado cuenta de que la unión combativa de clase es hoy cuestión de vida o muerte para la causa del proletariado. Aferrados a islotes de principios o fundidos en un bloque táctico, separados o unidos, no tendremos más remedio que presentar o aceptar batalla al extremismo político del capitalismo. La disyuntiva es clara: hay que ser yunque o martillo; o aplastamos implacablemente al fascismo o éste nos aplastará sin contemplaciones de ningún género. Proa al desenlace de esta alternativa van los acontecimientos. (Tomado de *La C. N. T. en la Revolución Española*, de J. Peirats.)

Frente a la vigorosa evidencia de los hechos verificados, surge de nuevo el atavismo casi religioso de las creencias, la vieja oposición antialiancista se agrupa y vuelve a la carga con viejos pretextos, intentando retrotraernos a la época de los agotadores forcejeos doctrinales, reactualizando la polémica que precedió al movimiento de octubre. Los que proclaman orgullosamente su recalitrante oposición aliancista, proponen el corte brutal de los vínculos que nos unen a la sociedad y la supresión de los tanteos realizados en busca de afinidades sustanciales entre las entidades sindicales. Reducen cada vez más el estrecho recinto de los iniciados sin importarles un bledo, a lo que parece, que semejante intolerancia lleve derecho a la extinción. Se trata, a poco que se afine el espíritu observador, de salvar ciertas apariencias de pureza integralista que justifiquen la culpable inhibición en que ha vivido y vive el exilio.

Sostienen esa actitud disolvente y, en definitiva, negadora de todo sentimiento de universal fraternidad, una serie de articulistas absorbidos por el afán de construir pirámides literarias, a base de lirismos que ocultan mal el propósito de reforzar la tendencia aislacionista sin comprometerse demasiado, dejando intacta la posibilidad de un repliegue, si prevaleciera el criterio de las coincidencias entre la U.G.T. y la C.N.T. El argumento básico consiste en advertir reiteradamente que los compromisos concluyen siempre en desilusión fraudulenta para nuestra lealtad, no pocas veces rayana en lo ingenuo, y que, de no vivir alertas, casi recelosos, la Alianza Sindical puede arrastrarnos por malos senderos, comprometiéndonos en una determinada línea política confusa e indefendible.

Pocos hombres con mayor predicamento, entre los libertarios españoles, que Malatesta, a quien confiamos el cuidado de refutar esos ridículos temores:

Solos no podemos abatir al fascismo, y menos aún abatir las instituciones... Pero —se dice— en las alianzas revolucionarias se es traicionado siempre. Es posible; mas nosotros preferimos correr el riesgo de ser traicionados por otros, a traicionarnos nosotros mismos extinguiéndonos en la inacción. (Entrefilete de *Nueva Senda*, agosto de 1962).

No debe olvidarse, sin embargo, que en octubre de 1934 resultó una operación sencilla desarmar a los adversarios de la Alianza Obrera, porque el pacto suscrito por la U.G.T. y la C.N.T. de Asturias desembocó en el arrollador levantamiento popular, forjador de un mundo nuevo, malogrado por la incompreensión. De ahí se desprende que la más temible amenaza contra la unidad circunstancial de las organizaciones sindicales, la engendra fatalmente su extenuante inmovilismo cuando tantas tareas urgentes nos esperan. Resulta desolador este vegetar del sindicalismo desterrado que debió unirse para dinamizar la oposición antifranquista, demostrando a hombres, organismos y pueblos que aún disponemos de las suficientes reservas morales para rehacer lo que nuestra historia tiene de envidiable y glorioso.

Haber formalizado la Alianza sin ir más allá de la meta insegura que deja entrever el puñado de cláusulas convencionales que le sirven de base teórica, y no estimular a los organismos locales que la vitalizan a desarrollar una función capaz de ir echando raíces profundas en las conciencias obreras, fuera y dentro de España, significa colaborar involuntariamente a la empresa demoledora de sus encarnizados adversarios. Esa actitud pasiva, alterada de tanto en tanto por las categóricas afirmaciones de un acto público, hace pensar a cuantos observan nuestros movimientos que esperamos ver resuelto el interminable drama español gracias a la acción insurgente de los trabajadores que, al otro lado del Pirineo, soportan solos el peso de veinticinco años de hambre y persecución.

Nuestro renacer se llama Alianza, compromiso limitado y definido entre fuerzas obreras de distinto matiz, sin uniformidad ni abdicación, dispuestas a no entrar en conflicto doctrinal mientras no se hayan alcanzado los objetivos comunes. Pero, para contar con la confianza de las multitudes, urge que el instrumento conjunto actúe con intensidad, singularmente en España, para templar el ánimo en un combate lleno de riesgos por la proximidad del enemigo y responder, así, al clamor de los presos políticos de Burgos, registrado en un sustancioso documento que firman hombres de la U.G.T. y C.N.T. y al cual pertenecen las siguientes líneas:

De todo lo expuesto resalta la confusión, el desconocimiento, la inquietud de los medios obreros. En lo profundo hay una gran efervescencia: o esa efervescencia la canalizamos nosotros o la canalizarán otros. Poseemos el vehículo de esta necesaria canalización. Se llama Alianza Obrera, pensada y realizada en la emigración entre vosotros. Para que esa Alianza sea *operativa* y cumpla su trascendental misión, es necesario *proyectarla en España*, de cara a las realidades concretas que se desarrollan en la calle, en los talleres, en las fábricas, *urge hacerla carne en los lugares de trabajo*.

Cuando se haya captado la verdadera misión de la Alianza Sindical y se convierta en la herramienta que pueda intervenir ágilmente y con acierto en la liberación de nuestro suelo, habrá llegado la hora de hablar a las Internacionales obreras en un lenguaje que ignoran. Del mismo modo que para nosotros, exilados españoles, la Alianza no ha de ser sólo mitin bullicioso o alegre festival artístico, la solidaridad del proletariado internacional no puede limitarse a las platónicas condenas del franquismo y a las declaraciones de mera simpatía hacia nuestra causa. Se necesita algo más: una ayuda material efectiva y la aplicación de una serie de medidas que están en la mente de todos sin necesidad de una explicación detallada. Nuestras organizaciones sindicales tienen el deber de advertir a los dirigentes

del obrerismo internacional que, sin esa voluntad de lucha para desalojar la dictadura franquista, no hay compromiso que adquiera valor a nuestros ojos, reservándonos el derecho de criticar, honestamente y con el sano deseo de colaborar a una rápida rectificación de la actitud actual de las Internacionales, caracterizada por anodinas manifestaciones burocráticas, jamás seguidas de hechos que den fe de su autoridad moral en el mundo del trabajo.

España volverá al concierto de las naciones democráticas por el esfuerzo conjugado de la clase trabajadora, sobre todo. Las demás fuerzas nacionales que configuran el amplio sector de sostén liberal, participarán en la batalla alentadas por el impulso de las sindicales, convertidas en cabeza rectora de los acontecimientos. La inmediata consecuencia de esa gigantesca responsabilidad exigirá la prolongación de la entente más allá de la caída del franquismo. Mientras los Congresos se pronuncien sobre el particular y decidan reajustar el funcionamiento de la Alianza para acomodarla a la nueva etapa de carácter constructivo, urge elaborar un extenso plan aplicable en cuanto el país sea liberado de la terrible pesadilla que anula su voluntad.

La C.N.T. y la U.G.T. concertadas nacionalmente y de acuerdo con S.T.V. en Vasconia, deben proceder, sin perder ni un solo minuto, a la ocupación de los locales utilizados por la C.N.S. y por los servicios anexos a la sindical fascista, tales como organismos cooperativos, centros de formación de cuadros, imprentas editoras de sus órganos de expresión, etc., etc.; incautación de los archivos donde hallaremos las pruebas documentales de los pingües e inmorales negocios realizados por los falsos representantes obreros, y el índice, probablemente incompleto, del fabuloso patrimonio sindical que ha de pasar íntegramente al activo del sindicalismo clásico. Simultáneamente a esa obra de obligada recuperación de bienes, ha de obtenerse del poder público surgido de la situación, la disolución legal de la C.N.S. a fin de que no le sea posible, valiéndose de artificios imprevistos, introducir recurso judicial contra la expropiación preventiva efectuada por las auténticas sindicales. Una medida de ese género, dirigida contra una formación del régimen, repercutirá en los cálculos estratégicos del Partido Comunista, que prepara el mantenimiento de la C.N.S. con el pretexto de la unidad, pero convencido, sobre todo, de que la mentalidad de obediente indiferencia adquirida por una gran parte del proletariado en estos años de dictadura militar y de sindicalismo vertical, favorecen la tendencia autoritaria abanderada por el marxismo de factura bolchevique.

De otra parte, y esto no es un secreto para nadie, la Iglesia española, discutiendo por las vías que norman la táctica general del Vaticano en materia sindical, tiende a extender y vigorizar sus cuadros para hacer de los mismos, una vez recobrada la libertad nacional, una Central Sindical de marchamo cristiano, encargada de disputar el terreno a la U.G.T. y a la C.N.T., y de atraer, al redil de los benditos, a la enorme masa masculina que desertó de los templos, harta de sermones predicando resignación para toda suerte de miserias y prometiendo la inacabable felicidad del paraíso para después del "juicio final" en que los ricos serán despojados de sus riquezas y nosotros, los pobres, liberados del sufrimiento. Sin perder mucho tiempo en el examen del problema planteado, conviene retenerlo como una probabilidad no desdeñable que obliga a estudiar la línea de conducta capaz de neutralizar la obra proselitista potentemente apoyada desde las sacristías hasta de las más alejadas aldeas.

Desde los primeros días de nuestro regreso a España, tiene que aplicarse la sistemática implantación de delegados de la C.N.T. y la U.G.T. en todos los talleres de los centros industriales y en las zonas campesinas donde puedan encontrarse los necesarios apoyos iniciales. Sería un error imperdonable dedicarse a la vertebración laboriosa del mecanismo orgánico, que va del Sindicato a la Federación Nacional de Industria, pasando por los Comités Locales, Comarcas, Re-

gionales, etc., y olvidar la célula esencial: la fábrica, la mina, el taller y el campo, que quedarían a merced de comunistas y cristianos, armados para la circunstancia por una formación de muchos años, llevada a término bajo la disciplina de cuadros experimentados.

Uno de los problemas que reclama pronta y radical solución es el de la tierra. Linda con lo ridículo hablar de prosperidad nacional mientras la situación del campo, de la explotación de la tierra y su distribución, siga estacionaria o se acometa con timidez reformista. Nadie podría creernos, como no seamos nosotros mismos que nos conocemos como nadie, si anunciamos que no existe ningún estudio racional para emprender la solución revolucionaria que ponga fin a ese mal endémico que hace de nuestro campesinado una triste legión de hambrientos, indiferentes a la vida interior del país, sin ánimo para elevarse, abominando de los señoritos, de los políticos y hasta de sí mismo. Es necesario establecer un pliego de soluciones audaces, pero prácticamente realizables.

No se trata de un encendido manifiesto demagógico, rebotante de soluciones que no tienen aplicación, formuladas en general por estómagos satisfechos a quienes sólo preocupa situarse en las avanzadas teóricas. Tampoco llevará consoladora justicia al campo un impecable documento, elaborado con envidiable maestría jurídica, inapto para afrontar una simple cuestión de cosecha corriente. Ese pliego de soluciones sugeridas tendría que circular entre los campesinos para que se familiaricen con él, permitiendo mañana a nuestras organizaciones contar con los preciosos auxilios realizadores que hagan posible llevar a feliz término la grandiosa empresa de manumisión.

Quedan sin abordar muchos aspectos de nuestra vida nacional: apertura de grandes obras de modernización, readaptación del seguro social... Pueden ser objeto de otros trabajos y hasta de otras plumas.

Diremos, para concluir, que a esa Alianza, y a todas las demás, vamos sin perder nuestra fisonomía, inspirados por la fuerza creadora de unos ideales que debemos divulgar entre nuestros semejantes, con los cuales habremos de convivir, nos ignoren o nos critiquen. Cuando se hundan las dos más colosales estafas históricas: el dogma de la infalibilidad encarnado en Stalin y el de la inmutabilidad doctrinal de la Iglesia, no podemos los herejes de siempre aparecer como los nuevos dogmáticos de lo eterno y lo infalible.

Evocación de la *Enciclopedia*

POR J. GARCÍA PRADAS

“**N**OS ANIMA LA DULCE Y CONSOLADORA IDEA de que se hablará de nosotros cuando ya no existamos. Lo harán los hombres a cuya instrucción y a cuyo bienestar nos hemos dedicado; aquellos a quienes queremos sin que todavía existan.” Quien escribió esas palabras fue Dionisio Diderot, promotor y piloto tenacísimo de la famosa ENCICLOPEDIA, cuyo primer tomo apareció en París ha poco más de dos siglos: el primero de julio de 1751. Certera fue su profecía de fama, pues ¿en qué país del mundo civilizado no se ha hablado, y con pasión, de la ENCICLOPEDIA y de sus autores? Pero aquella profecía, sobre no ser vana, tampoco fue vanidosa viniendo de Diderot, que, con sus colaboradores, había hecho una obra no tan sólo inolvidable, sino también influyente en la historia por venir. Sabía, pues, que esa obra haría hablar de sus autores a muchas generaciones. Al considerarla ahora, es forzoso admirar a Diderot, por el tesón de voluntad, la grandeza de alma y el formidable trabajo que aportó ella.

Nació de humildes artesanos en 1713, estudió en un colegio de jesuitas de su natal villa de Langres, y después pasó a París, donde su propia rebeldía le dejó pronto sin amparo. Se ganó la vida como buenamente pudo, y su intensísimo trabajo, puesto al servicio de una clara y audaz inteligencia, no tardó en procurarles la simpatía, y aún el respeto, de los primeros talentos de su época: Voltaire, Rousseau, Buffon, D'Alembert... Escribió mucho —novelas, cuentos, dramas, crítica de arte y de costumbres, ensayos filosóficos—, y la audacia combativa de sus juicios le hizo chocar con toda suerte de autoridades, cuyos golpes no lograron abatirle; muy al contrario, hicieron de él el protagonista de la generación destinada a heñir la levadura de la Revolución Francesa, y también uno de los más típicos y más grandes intelectuales de la Europa del siglo XVIII, cuyo saber recopiló para hacerlo eficiente en grado sumo.

El hecho de que en su época, que fue la de academias, museos, diccionarios y catálogos, se empezase a sistematizar los conocimientos, unido a su propia experiencia de autodidacta, que seguramente fue fatigosa, le dio, en plena juventud, la idea de hacer la ENCICLOPEDIA. Confió su proyecto a D'Alembert, y éste, que lo aprobó con entusiasmo, se comprometió a escribir el “Discurso preliminar” que, en



Dionisio Diderot

efecto, sirvió de introducción a toda la obra. El propósito de la misma fue característico de aquel siglo en que, al decir de Voltaire, se empezaba a ver el triunfo de la razón. Pareció entonces posible tomar por norma de todo —o, al menos, de todo conocimiento— el experimentalismo aconsejado por Rogelio Bacon en el siglo XIII y por su homónimo y compatriota Francisco Bacon al publicar su *Novum organum* a fines del XVI: ver para creer, en vez de creer sin ver. Había sido, también, la norma de Galileo, y estaba destinada a ser la fecunda madre de la ciencia occidental. Pero tal norma implicaba el confiar solamente en la experiencia y la razón, con olvido de cualquier autoridad, y aun en detrimento de todas ellas. Por lo tanto, tenía que chocar con seculares tradiciones, con los intereses creados a su amparo y con las instituciones que representaban a las unas y los otros.

El *obscurantismo* y la *ilustración* —vocablos típicos de la época— se encontraban frente a frente; y los enciclopedistas, campeones de la última, intentaron substituir el cuerpo dogmático a que parecía reducirse la religión por el creciente bagaje de la información histórica, y la metafísica de origen escolástico, dogmática en sus premisas, por las ciencias naturales, de base experimental. El mero hecho de plantear esa oposición y de abrigar ese propósito fue algo tan audaz como el origen de la Reforma, y en ello podemos ver el germen intelectual de la Revolución que sobrevendría cuarenta años después. Al realizar su proyecto, los enciclopedistas cometieron, sin duda, muchos errores, y también adoptaron actitudes que hoy nos parecen desacertadas. Pero, en gran parte, esos errores y actitudes se debieron a las características que por entonces tenían aquellas fuerzas contra las cuales luchaban.

La Iglesia, por ejemplo, no es ahora en Europa lo que era hace dos siglos; y si nosotros tenemos casi olvidada su tradición medieval, los enciclopedistas la recordaban intensamente. Si en nombre de la religión se le ponen cortapisas a la ciencia, se le cortan las alas al raciocinio y se prohíbe sacar lecciones de la experiencia, es natural que todas éstas se revuelvan contra la religión que, innecesaria e injustamente, les cierra el paso, o al menos contra las instituciones que hacen tal cosa en nombre de la religión. Esto bastaría para explicar el anticlericalismo militante y obstinado que se percibe en la ENCICLOPEDIA, el cual no debe ser juzgado sin tener en cuenta lo que históricamente representó por entonces el clericalismo atacado allí.

Gran lástima ha sido que, en su pro o en su contra, la fama de la ENCICLOPEDIA haya sido principalmente debida a su metralla anticlerical. Porque si es cierto que tal metralla fue la que más ruido hizo en el combate iniciado por Diderot, no es menos cierto que no fue la decisiva en el histórico choque de dos épocas, de dos estados mentales, de dos distintas nociones de los derechos del hombre, de dos diferentes tipos de sociedad. Lo importante de la ENCICLOPEDIA fue, en su tiempo, el formidable caudal de información que hizo correr por toda la Europa culta, por todo el mundo ilustrado. Tal información, conveniente y necesaria, fue, de por sí, más valiosa que todo fuego polémico, y bastó para que las instituciones que se habían opuesto a divulgarla se vieran en la disyuntiva de alterarse reformando su actitud o ser barridas por ella como presas que se lleva la riada. De buena o de mala gana, con más o menos rapidez, reformaron su actitud, especialmente al sobreenir el desbordamiento de la Revolución; y quizá quepa decir que les habría convenido considerar la ENCICLOPEDIA, no como una obra del diablo, cuya lectura podía ser tenida por un pecado mortal, sino como un buen aviso: el del enemigo, cuyo consejo nos recomienda un refrán.

De cualquier modo, lo cierto es que la ENCICLOPEDIA abrió la brecha que sus autores se propusieron abrir. Si la abrió con la Revolución, con las violencias de una guerra civil y de un período militarista que estragó a Europa, no fue por culpa de los enciclopedistas, sino de sus contrincantes y de sus propios discípulos, que casi fueron los primeros en olvidar la suprema lección de la ENCICLOPEDIA. Hubo

en ésta, además de la copiosa y valiosísima información encerrada en sus 17 grandes tomos, una actitud de capital importancia en todo tiempo y lugar: la de la plena confianza en la razón para solventar, mientras le es posible al hombre, toda suerte de conflictos. Nada de apelaciones a autoridades dogmáticas, sin perjuicio de admitir que las acepte quien quiera; nada de recurrir a fuerza alguna violadora de la conciencia; nada de cerrar caminos con formidables murallas de la China, ni de abatirlas a cañonazos; solamente información sin restricciones, observación experimental, decisiones personales ajustadas al criterio de la propia razón en libertad, conducta derivada del albedrío consciente.

Esa actitud era muy civilizada, como hija del humanismo en que habían renacido los valores de la ética cristiana. Pero ni los antienciclopedistas la aceptaron, ni la tuvieron en cuenta los revolucionarios que intentaron mantenerla por la fuerza. Habrá excusa para todos, ya porque hábitos mentales, tradiciones e intereses se resisten a morir y a renovarse, ya porque diversos accidentes históricos dan lugar a que apelen a las armas hasta quienes las detestan. Mas los hechos, hechos son; y, como ya indicó Godwin hacia 1792, el recurrir a la fuerza para implantar el imperio de la razón en Europa supuso renegar de ella, fue restaurar la mala esencia del pasado so pretexto de acabar con todas sus apariencias.

Teniendo eso en cuenta, bien cabrá decir que los enciclopedistas fueron más lejos que sus discípulos, porque ellos no retrocedieron, y éstos, sí. Se les ha reprochado a los primeros, a los enciclopedistas, el poner excesiva confianza en la razón como instrumento transformador de todas las sociedades; pero, a mi ver, se les hace tal reproche porque ahora se confía en la razón demasiado poco, o nada. Basta que algunos psicólogos del último medio siglo hayan puesto al descubierto la importancia del instinto y el poder de nuestro fondo subconsciente, para que algunos desdeñen la razón, como si los riesgos de un mar de fondo y las corrientes poderosas que en él hay pudieran aconsejarnos prescindir de los pilotos, o como si navegar fuera ceder a las tempestades...

De cualquier modo, si los enciclopedistas confiaron demasiado en la razón, que fue el bebé de su época, sus discípulos confiaron con exceso en la fuerza a que hubieron de recurrir por circunstancias históricas. Y esa excesiva confianza, más nociva que la otra, ha perdurado hecha norma hasta nuestros mismos días, a lo largo de una triste serie de revoluciones —que han sido guerras civiles, no las soñadas transformaciones sociales— y de conflictos armados en el terreno internacional. A los dos siglos de la ENCICLOPEDIA, lo esencial de ella —la actitud racional y civilizada— es de mayor importancia que nunca, precisamente porque en el período intermedio se han dejado arrastrar por la violencia, por la fuerza coercitiva, naciones, clases, masas sociales de todo género y hasta grandes pensadores.

Primera y principalmente, los enciclopedistas intentaron resolver los conflictos humanos, así en la conciencia del individuo como dentro de cada sociedad y en el concierto de las naciones, aplicando a ellos los métodos de la ciencia, la cordura del saber. Entendieron la política, no como una disciplina autoritaria y dogmática, ni como un arbitrio de utopistas, ni como un arte sin reglas ni sentido, y menos como un apólogo de zorros y de leones, sino como una verdadera ciencia experimental y racional, gobernada por la buena voluntad y encaminada hacia el fin de asegurar y ennoblecer la vida. Su supremo propósito fue hacer valer la realidad y la razón entre los hombres. Y ése, en verdad, es el propósito a que hoy sirve la sociología de avanzada, que no se atiene a tradiciones, autoridades, dogmas, utopías ni trucos de político, como tampoco a revueltas en que se pierde la noción de principios y de fines, para tan sólo quedarse con medios aberrativos, sino que estudia las sociedades al vivo, tal como son, para descubrir en ellas los defectos de que bien pueden librarse y las posibilidades de redención que sus recursos proporcio-

nan. Tras examinar racionalmente sus datos, propone las medidas que considera oportunas; y al obrar así, se atiene al espíritu de la ENCICLOPEDIA, que, en virtud de eso, ha de seguir alentándonos.

Tal espíritu fue principalmente el de Diderot, quien, sobre ser el promotor de aquella obra, fue quien a todo hizo frente, sin rendirse jamás, en el empeño de realizarla. De 1751 a 1780, en que quedó terminada, le abandonaron casi todos sus colaboradores. Voltaire, que lo fue al principio, dejó de serlo "por medida de prudencia"; Rousseau y Buffon, que prometieron colaborar, se excusaron de hacerlo; el mismo D'Alambert llegó a asustarse de la oposición que halló al ir saliendo sus volúmenes; y el barón D'Holbach, Condorcet, Turgot, vacilaron en mayor o menor grado. Pero Diderot, sin más amparo oficial que el que logró de Malesherbes, luchó contra todas las resistencias, afrontó todos los riesgos, hasta vencerlos: aunque no completamente, pues su mismo editor, temeroso de acabar en la Bastilla o en Vincennes, mutiló los textos que le espantaron.

Diderot —dijo Taine— "es siempre un hombre de buena voluntad". Fue, en efecto, un filántropo en el más puro sentido del vocablo, y ajustó toda su vida a pensamientos como éstos, que son suyos: "No tenemos derecho a ser egoístas; pensemos en el bien de nuestra especie... Aliviar la miseria de los demás es aliviarnos a nosotros mismos... Lo que importa es hacer que germine la bondad..." Fiel a este último dictamen, dejó al mundo mucho más que una gran obra humanitaria, pues, al modo de Cristo —semejanza que le haría sonreír—, nos dejó también la pauta para continuar su obra, el patrón de su noble actividad, su ejemplo liberador.

Caracteres generales de la era atómica: una revolución regida por la ciencia y la técnica

POR DIEGO ABAD DE SANTILLÁN

LA ACELERACIÓN DE LOS PROCESOS HISTÓRICOS

NOS HA TOCADO VIVIR en un período de transición, pero de transición brusca, a caballo en un mundo que ha dado la medida de sus posibilidades y en los albores de un renacimiento que se caracteriza por sus cambios o mutaciones caudales, vertiginosos e inesperados. La rapidez con que esos cambios se producen no nos deja el tiempo necesario para adaptarnos a ellos, elaborarlos mentalmente y comprenderlos; cuando quedamos pasmados de asombro ante una innovación, nos sorprende otra más novedosa todavía, y así sucesivamente.

En el pasado, tenía el hombre la sensación de que gravitaba con su voluntad o sus intereses en el desarrollo histórico y que todo lo que aparecía, todo lo que se creaba tenía una causa determinante dentro del individuo o de las colectividades. En los tiempos actuales se vive con el convencimiento intuitivo de que las cosas ocurren independientemente de nuestra presencia en la escena y de que el hombre, como individuo o como grupo, nada puede, o puede muy poco, en los acontecimientos que sobrevienen y a los que ha de someterse de grado o por fuerza. ¿Qué podemos, sino llenarnos de terror o de resignación, ante una catástrofe sísmica? En favor de esa abdicación de la personalidad humana y de su voluntad creadora ha trabajado inconscientemente el fenómeno de la masificación que caracteriza los últimos períodos históricos; el hombre había quedado como aplastado, como absorbido, como integrado en la masa, en la masa pasiva o en la masa en rebelión, poco importa la diferencia.

Y sin embargo, este mundo que nace y que nos inquieta por los enigmas que encierra y sobre el cual es poco lo que podemos anticipar y prever, es el resultado de la obra milenaria del hombre, de su capacidad inventiva, de su ciencia acumulada, de su progreso tecnológico lento o borrasco.

Cualquiera de nosotros advierte que este nuevo capítulo del mundo humano se presenta con signos desusados de desorientación, de desequilibrio, de ruptura con los viejos moldes, las rutinas y los valores consagrados, y se caracteriza por una inquietud angustiosa ante la visión fantasmagórica, apocalíptica, o por un cerrar los ojos con resignación fatalista ante lo que venga, ante lo imprevisible.

Simultáneamente con ese avance veloz, involuntario e irresistible, hacia un nuevo destino, recrudecen los monstruosos aquelarres del desenfreno totalitario en nombre de estos o aquellos principios políticos y sociales anacrónicos y sin sentido, que no se agitan ya al calor de convicciones, de ideales, de meras ambiciones de poder, sino que traducen la orgía de la desesperanza ante la declinación y la decadencia de los valores humanos. ¿A dónde vamos? ¿Qué perspectivas descubre el ojo atento?

Es difícil y arriesgada la profecía, la anticipación de realidades por venir; es insuficiente el fantasear arbitrario sobre un mundo que ninguna imaginación ha vislumbrado en sus alcances, ni podía vislumbrar, porque lo que ocurre está fuera de la esfera de la acción involuntaria del individuo. En la búsqueda angustiosa hay más propensión a volver la mirada al pasado, a cualquiera edad de oro de ayer, que a prever lo que vendrá; pero esa actitud es una confesión de impotencia y de entrega.

La única seguridad en que nos apoyamos todavía es ésta: que nos hallamos en una loca, desenfrenada carrera hacia un mundo nuevo, sin términos de comparación y de confrontación con el que hemos conocido. Una carrera en la que nos arrastran los acontecimientos bien a nuestro pesar y aun contra nuestra voluntad, si es que cabe de algún modo y en alguna medida la voluntad de resistir a la máquina ciega e inflexible que hemos puesto en marcha sin advertir que lo que habíamos ideado como instrumento dócil a nuestros deseos y a nuestros intereses iba a ser más fuerte que nosotros y nos iba a arrastrar hacia un destino desconocido con poder diabólico e incontrastable.

Los sucesos del renacimiento a que asistimos se precipitan, repetimos, con una velocidad vertiginosa; pero esa tendencia a la velocidad creciente no es enteramente nueva, aunque sea cuantitativamente distinta. La velocidad fue cobrando impulso a través del desarrollo prehistórico e histórico y hasta se intentó fijar la ley correspondiente.

El filósofo francés François Meyer sostenía hace unos años que las tres grandes etapas que, a su juicio, marcan los jalones del desarrollo humano, ha durado cada una de ellas dos veces y media menos que la precedente. Otro investigador estableció seis grandes períodos en los progresos de la técnica, cada uno de los cuales ha durado siete veces menos que el anterior, en líneas generales.

No importa la exactitud cronológica de esas precisiones; lo que importa es la comprobación de la aceleración del desarrollo de la técnica, acompañado del aumento de la población del globo.

La Edad de la Piedra tallada antigua, el paleolítico, duró unos 8,000 siglos.

La Edad de la Piedra tallada media, el mesolítico, se extendió unos 1,000 siglos.

El neolítico o Edad de la Piedra tallada reciente, subsistió unos 400 siglos.

Decenas de milenios se requerían para pasar de una etapa histórica a otra, para dar un paso por nuevas sendas; luego vemos cómo se suceden los cambios en siglos; y lo que ahora tenemos ante nosotros es la era en que hay que hablar en términos de decenios. Muchos de los que todavía ambulamos por la corteza terrestre nos hemos maravillado al oír la voz humana en un gramófono, al ver correr el automóvil y la locomotora sin caballos, el comunicarnos a distancia por medio del telégrafo y del teléfono, y no podíamos comprender que nuestra voz se pudiese transmitir sin hilos conductores, como el telégrafo inalámbrico de Marconi, y que los cuerpos opacos no sirviesen para contener los rayos luminosos. ¿Qué vale ya todo ese mundo asombroso ante las soberbias máquinas electrónicas, la televisión, los aparatos de radar, las comunicaciones a través del Telestar?

Entre la invención de la agricultura, uno de los progresos más notables y revolucionarios de la humanidad, y la Edad Media, transcurren apenas unos 8,000 años, y desde la Edad Media a la época moderna, apenas contamos con un milenio.

La máquina de vapor, que dio nueva faz al mundo y ensanchó prodigiosamente el dominio del hombre sobre la Naturaleza, fue ideada por Watt en 1767 y con ella comenzó la era de los ferrocarriles, de los barcos de vapor, de las fábricas. Dos siglos son un instante apenas en la historia humana, y sin embargo, avanzó más la humanidad en ese tiempo que en una larga sucesión de milenios hasta allí.

La máquina generadora de electricidad es más reciente, casi contemporánea, de 1860, y es fácil echar una ojeada a lo que suscitó esa nueva fuente de energía en el mundo moderno, los motores eléctricos, el transporte, la lámpara incandescente, el telégrafo, el teléfono, la radio, la televisión, etc.

La explosión de la bomba atómica sobre Hiroshima es de ayer, de 1945, y nos hallamos ya en la aventura de la conquista del espacio sideral, en plena construcción de reactores y de ciclotrones y con programas fantásticos para la aplicación de esa nueva energía a todos los aspectos de la vida y de la actividad humana. Todavía se dificulta su desarrollo a fin de monopolizar en gran parte su uso con fines bélicos, pero es indudable que, o el mundo se suicida en la locura de una nueva guerra mundial, o los efectos de la expansión de la energía atómica para fines industriales, productivos, sanitarios y otros, serán indomables.

Lo que significaron los descubrimientos de la fuerza del vapor y de la electricidad para el mundo terrestre, para el desarrollo técnico, para la aceleración de la producción de bienes, para el crecimiento de la población humana, es fácilmente comprensible

y está al alcance de cualquier estudioso de la historia económica y social de los últimos doscientos años, si se trata de la primera, y de los últimos cien años si se trata de la segunda. Pero lo que nos traerá la fisión del átomo es asunto que todavía escapa a la imaginación más frondosa y apenas arrojan algunos rayitos de luz en esa densa tiniebla los grandes físicos y hombres de ciencia que meditan sobre sus propios descubrimientos y aplicaciones.

Simultáneamente con esos avances tecnológicos irreversibles, condicionados y condicionantes, nos encontramos con un aumento incesante y geométrico de la población humana. Habría aproximadamente cien mil hombres sobre la tierra habitable hace unos 1,500 siglos; hace unos 200, se calcula que habría un millón de pitecantropos erectos; hace unos 7,000 años, los seres humanos sumarían unos diez millones y los comienzos de la agricultura permitieron un ascenso importante de la población; hace unos 4,000 años, es decir, en la época brillante de la magnífica cultura griega, los seres humanos sobre la tierra habrían sido cien millones. Todavía en 1800, en el período de la expansión de la máquina a vapor, hace poco más de siglo y medio, los seres humanos sumaban unos mil millones. Pero la progresión de ese crecimiento se aceleró desde entonces de manera alarmante, aunque no en la proporción dramática de los tiempos recientes.

Lo que distingue los tiempos antiguos, de éstos en que nos toca vivir o sobrevivir, y del próximo futuro, es esto: durante milenios, cada generación humana ha vivido aproximadamente como las anteriores; la discontinuidad, esa ley histórica del progreso y del desarrollo, es muy reciente, y desde los últimos dos o tres lustros se manifiesta hasta dentro del curso de una misma generación.

Esa transmutación, que deja en las sombras todas las esperanzas de los antiguos alquimistas, se manifiesta en todo; en las ideas, en las instituciones, en lo material y en lo espiritual. Un elegante escritor argentino, Miguel Cané, alarmado por el planteamiento agudo de las reivindicaciones sociales que presenciaba, por el avance de la ola roja que le angustiaba, escribía en 1896: "...pienso que el fin del siglo próximo ha de ser de un interés más excitante que el del actual, a pesar de esos rayos Röntgen, que es de lo más maravilloso que se puede concebir. ¡Quién pudiera aplicarlos para ver, a través del opaco porvenir, la significación que en 1986 o en 2120 tendrán las palabras propiedad, democracia, parlamento!"

¡Quién pudiera aplicar la televisión o el radar a perforar la densa cortina que nos separa aún de lo que será realidad dentro, no de un siglo, sino de muy pocos decenios!

ATISBOS Y DISQUISICIONES

En esta era de la velocidad a que hemos llegado, son superados todos los récords en proporciones jamás conocidas. No hay tabla de valores que no se vea sacudida incesantemente y que no nos deje un saldo de inseguridad y de inadaptación. La técnica lleva el compás, el timón y determina el ritmo de la vida, del trabajo, de todo. No por virtud de la gravitación de los técnicos, de los investigadores científicos, sino por los imperativos de la técnica misma, pues tampoco los técnicos tienen poder para suspender, retardar o paralizar la marcha de la máquina dominadora. Y todo se realiza con tanta prisa, con tanta celeridad, que no nos da tiempo para acomodarnos interiormente a sus avances, a sus conquistas y realizaciones.

En último recurso podemos indignarnos, en un momento de irritación, contra la velocidad aparente sin objeto; pero así como abandonamos la diligencia por el ferrocarril, dejamos, en lo posible, el ferrocarril por el avión, y el avión de 1910 por el *jet* supersónico de nuestros días.

Los cambios espirituales, morales, sociales, económicos eran procesos de relativa duración de milenios primero, de siglos en los últimos tiempos; pero hoy se producen alteraciones básicas y de vastísimos e incalculables alcances en cortos decenios.

Las innovaciones que aparecen febrilmente no tienen puntos de comparación, no ofrecen vínculos que permitan referirlos a la historia vivida, a las formas estables del pasado, no ya del lejano pasado, sino del que nosotros mismos hemos conocido y vivido.

Las ideas y creaciones novedosas las contrastábamos nosotros, y asimismo nuestros antecesores, con las experiencias y con las tradiciones; las nuevas técnicas eran

perfectamente visibles, medibles con las practicadas, con las usuales. El abismo y el asombro ante lo nuevo podía maravillar al comienzo a grandes masas, pero la adaptación a ello era posible y rápida. Desde la diligencia al ferrocarril hubo un salto importante y trascendental, pero no era un salto en el vacío y en lo desconocido, sino una transición que entraba dentro de la medida humana.

Se elaboraban religiones, credos políticos, utopías sociales y se disponía de bases y puntos de apoyo calificados de científicos, que tenían pretensiones de perpetuidad y asentaban sus reales sobre construcciones dogmáticas difícilmente conmovibles. La cultura reunía y vinculaba esas experiencias y esas conquistas y las transmitía como un tesoro a los tiempos por venir.

El grueso de la humanidad vegetaba y se movía en esos senderos de verdades comprobadas y acatadas, religiosas o laicas, filosóficas o morales. Sólo algunas minorías de excepción, de vanguardia, geniales o anormales, se atrevían a disenter, a insinuar otros caminos, a mostrar otras perspectivas. Así, había herejes en religión, rebeldes en el campo político y social, inconformistas, audaces que irrumpían en el templo de la ciencia, de las instituciones consagradas y de las verdades indiscutidas, dogmáticas, y abrían nuevos horizontes a la investigación, al pensamiento, a la técnica. ¡Qué largo trayecto desde los tiempos difíciles en que por dudar de la justicia del principio de la propiedad privada se iba a la cárcel y al opróbio, y estos días en que un papa declara que la socialización de la propiedad no es ningún pecado!

Había resistencia contra lo nuevo, contra el cambio, contra la alteración de los caminos trillados; pero todos los obstáculos acababan por ser derribados. Recordaba hace poco el físico J. Robert Oppenheimer que en las sociedades primitivas la función principal del rito, de la religión, de la cultura consistía, en realidad, en detener los cambios, en mantener el *statu quo*, en volver intangibles formas y fórmulas.

Pero hoy las tradiciones más vitales y enérgicas se desmoronan y el hombre se encuentra como desarmado, con sensación de impotencia. Queda el mundo de los folkloristas en el campo del arte como nostalgia de algo que persiste en la rutina, pero que está lejos de la vida real. La ciencia y la técnica han tomado las riendas de la nueva construcción del mundo: primero, porque interesó a las grandes potencias estatales recurrir a ellas para asegurar la supremacía bélica respectiva; después, porque una vez desencadenados los espíritus no se halló la fórmula, y probablemente no la haya, para retrotraerlos a la inexistencia.

Si existe hoy una utopía, un imposible, en el sentido de suprema aspiración ideal a un alto grado de poder, es el de la detención del progreso, de la represión del avance tecnológico y científico, cuando hasta el número de científicos y de técnicos con que cuenta hoy la humanidad forma una masa quizá equivalente o superior a la suma de los que existieron en los últimos diez o veinte milenios. Si un día llamó la atención la presencia de millares de proletarios en las fábricas nacies, los hombres de ciencia y los técnicos constituyen hoy mayor número que los esclavos de las máquinas en los albores del capitalismo.

Y si no se puede soñar siquiera con el retorno a las condiciones, que podrían parecer idílicas, anteriores a la primera Guerra Mundial, que es de ayer, menos se podría echar llave a laboratorios, a campos de experimentación, a gabinetes de estudio. Y así como los ludditas no impidieron el progreso fabril con la destrucción de algunas máquinas, tampoco los gráficos de New York, que sostuvieron una larga huelga desde fines de 1962, podrán impedir que los autograbadores y las máquinas electrónicas de composición suplanten a las linotipias y a los fotograbadores, como éstos suplantaron un día a los cajistas y a los litógrafos.

La historia nos habla de reyes, de potentados que se permitían el lujo de tener a su servicio astrólogos, médicos, filósofos, poetas; en nuestro tiempo, los grandes Estados modernos tienen a sus órdenes y unidos a sus planes de dominio, hombres de ciencia y técnicos, como tienen funcionarios burocráticos, agentes de policía y magistrados, filósofos, poetas y artistas para disponer de armas, de fuerzas y de ideas que aseguren su supervivencia y su hegemonía. Pero ni los mayores Estados modernos, y éstos menos que los más débiles, tienen poder suficiente para detener el curso y las consecuencias de los adelantos científicos y tecnológicos que irrumpen arrolladores y lo trastruecan todo.

Nada pudo la teología y la exégesis bíblica contra la visión revolucionaria del astrónomo Galileo Galilei; las hogueras fueron estériles; las nuevas concepciones del mundo se abrieron paso triunfalmente y fue obligado admitirlas, y los dogmas milenarios tuvieron que adaptarse a las herejías presuntas y ceder terreno. Los progresos científicos son irreversibles y sus consecuencias no se pueden anular con sofismas, prisiones o paredones de ejecución.

Los que venimos del siglo XIX hemos denunciado el inquietante desnivel entre el progreso científico y el mundo moral; aquél sigue su marcha imperturbable, con su metodología propia, y el mundo moral queda estancado o subvertido. Se trata de dos cosas distintas. La moral no se cifra en valores absolutos y depende de muchos factores humanos y sociales variables. Puede progresar o retrogradar, es decir, se trata de valores reversibles, y nuestra experiencia nos ha mostrado elocuentemente hasta qué grado se puede retrogradar. Y por deseable que sea la aspiración a que el progreso moral no quede tan postergado con respecto al progreso científico y tecnológico, la verdad es que este último da la tónica general a la vida presente y a la futura, mucho más a la futura, e infinitamente más que los estatutos morales, los credos religiosos y los programas políticos.

Tanto si las bombas atómicas se siguen produciendo al ritmo actual como si, en interés mutuo, se llegase a un acuerdo, todavía improbable, para interrumpir esa costosa fabricación, el mundo que se va estructurando desde la iniciación de la era atómica no será una continuación del que hemos conocido, el que nos dio la máquina de vapor, el motor eléctrico o el motor de explosión, sino una formación nueva y distinta, distinta no sólo en lo cuantitativo, sino también en lo cualitativo.

La técnica del vapor, de la electricidad y del petróleo permitió un cambio enorme de las condiciones materiales del mundo, explicable por la gran cantidad de energía dominada y dirigida a voluntad por el hombre, infinitamente superior a la que antes había sido posible utilizar: la fuerza del viento, la bestia de carga, el esclavo.

Un ciudadano de la Roma imperial no disponía de mucha mayor energía que un etrusco, varios milenios más antiguo; en lo único que se distinguía era en que quizá podía disponer de uno o dos esclavos más y eventualmente de algún caballo. Tampoco hubo cambios de trascendencia durante la Edad Media. Para que un señor feudal pudiese afirmar su poderío necesitó someter, como esclavos o como siervos, con ayuda de otros siervos y otros esclavos, a una mayor cantidad de individuos sin propiedad territorial o a quienes se arrebató previamente la propiedad o la posesión territorial. Pero desde el punto de vista de las condiciones materiales de vida, ningún trabajador industrial de nuestros días querría cambiar su situación por la del potentado de la Edad Media, sin automóvil económico, sin refrigerador, sin aparato de televisión, con vacaciones pagadas y seguros sociales.

El asalariado de la época de las máquinas de trabajo dio a la antigua esclavitud o servidumbre un sello de voluntariedad, muy relativa, pues la opción era morir de hambre o someterse a la ley de los amos de las fábricas recientes, herederos del sistema feudal, y sus continuadores. Pero la era de las máquinas aumentó en tal grado el nivel de vida de las grandes masas a causa de las innovaciones tecnológicas y del crecimiento incesante de la capacidad de producción, que superados los primeros tiempos de opresión y de expoliación despiadada del nuevo imperio económico, el del capitalismo, el hombre se encontró en condiciones incomparablemente mejores que las de las generaciones precedentes.

Con todo, el mundo de 1900, casi de ayer, se parecía mucho más al del siglo XVII, a pesar de sus conquistas y descubrimientos territoriales, de sus ferrocarriles, de sus barcos a vapor, de la electricidad y de los motores de combustión interna, que al mundo de nuestros días, en pleno desarrollo de la era atómica.

Los adelantos de la automación, las máquinas electrónicas, las fábricas sin obreros, no son ya fantasías de soñadores a lo Julio Verne o Wells, sino realidades que van abriéndose camino rápidamente. Y si hace pocos años se dijo que el deber del hombre para vivir en sociedad, además del trabajo, es la obligación de consumir, se comprende que se enuncie ya por los hombres de ciencia y los técnicos de vanguardia que más que en la organización del trabajo humano para la producción, habría que ir pensando en la organización y la utilización del ocio, pues grandes contingentes, en

todos los órdenes de la producción, serán sustituidos por los automatismos de una cibernética audaz.

Si se supone que la aceleración de la capacidad humana para el cálculo, desde los orígenes de éste hasta 1945, fue de 100; desde 1945 hasta nuestros días esa aceleración ha sido 250,000 veces mayor, para dar un ejemplo entre mil. Esa perspectiva deja de lado a siglo y medio de heroísmo, de lucha de los trabajadores para disminuir las largas y agotadoras jornadas de trabajo, sin contar que la técnica invasora va suprimiendo de día en día, en la dirección y gestión y manipulación de la vida económica, tanto al capitalista, al hombre de empresa de ayer, al capitán de industria, como a los trabajadores manuales. En realidad, las grandes empresas del llamado sistema capitalista no están ya, como en el reciente pasado, en cuanto a su dirección y administración, en manos de los capitalistas, sino en las de ingenieros, gerentes o administradores más o menos bien pagados, pero siempre en manos de asalariados. La creación de los capitalistas escapó de sus manos, aunque todavía lleguen a su poder dividendos y ganancias.

El imperativo del progreso social no puede ser, como antes de 1945, la sustitución de la economía capitalista de especulación privada por una economía socializada y dirigida por los obreros, los empleados y los técnicos, como nuestro gran ensayo de 1936 a 1939 en España, sino que el imperativo urgente y apremiante es más bien la adaptación de la vida, de las instituciones, de los sentimientos y de las ideas a las nuevas realidades y perspectivas que abren la ciencia y la técnica a la vida individual y social. El capitalismo, como sistema económico dominante, está en declive y en proceso incontenible de superación. Nos interesa que en este momento crucial no pesen en nosotros instintos y atavismos que nos dejen fuera de la historia y nos señalen a los observadores como el perro que, llevado por el instinto de defensa heredado de la prehistoria, intenta escarbar en el asfalto para ocultar sus excrementos y borrar así las huellas de su presencia ante eventuales enemigos.

EL CRECIMIENTO DEMOGRÁFICO

En correspondencia con la nueva era, algunos problemas relativamente nuevos en sus proporciones, aunque no en su esencia, pesan más que la mayor parte de aquellos en torno a cuya solución o intentos de solución se han construido en el siglo XIX partidos políticos, organizaciones obreras, mitos, utopías, programas. Uno de ellos, el de la amenaza de guerra con armas nucleares; el otro, el del crecimiento extraordinariamente rápido de la población del globo. Comencemos por éste.

Se ha calculado que la población humana en la época de la aparición real o supuesta de Cristo, lo mismo da, era de unos 250 millones de almas; para duplicar esa cifra hicieron falta dieciséis siglos. El crecimiento vegetativo de la población aumentó muy lentamente, desde 0.3% anual hacia 1650-70 a 0.5% a fines del siglo XIX; a 0.9% desde 1900 a 1930, a 1% desde 1930 a 1940, y hasta 2.5% en 1961 en algunas regiones del mundo, como en la América Latina. Los expertos en demografía calculan que el aumento será mayor en los años venideros.

Los 2,500 millones de habitantes con que contaba el mundo en 1950, alcanzaron a 2,960 millones en 1960, a 3,115 millones a mediados de 1963, y serán 4,000 millones en 1975, y aproximadamente 6,500 ó 7,000 millones en el año 2000, es decir, dentro de treinta y siete años.

El lapso necesario para que se duplique la población actual del mundo, al ritmo presente de crecimiento, se calculó en menos de cuarenta años. Son cifras que merecen ser tenidas en cuenta a toda hora por lo que significa en problemas y angustias.

El 57% de la población mundial vive en Asia, y se ha calculado que el aumento neto de los asiáticos, durante la segunda mitad del siglo XX, será mayor que la población total del mundo en 1950, es decir, más de 2,500 millones de almas. En los próximos quince años sólo la población conjunta de India y China experimentará un incremento de 500 millones.

Disminuyó en pocos años la mortalidad infantil a cifras insignificantes; se prolongó al mismo tiempo, casi se duplicó, el promedio de la vida humana, y en vastos territorios del globo crece la población en razón hasta de un 2% anual.

¿Se pueden imaginar las consecuencias de esa proliferación de vidas humanas? La progresión es geométrica, como la había anunciado Robert Malthus; pero los medios para alimentar tantas bocas, ¿crecen, crecerán en la misma proporción? Y si creciesen en la misma proporción en virtud de los progresos tecnológicos, ¿podrá la tierra, la tierra y los mares, proporcionar los recursos necesarios para sostenerla?

Si por un lado no se puede pasar por alto la inquietud ni cerrar los ojos ante la perspectiva de una guerra con armas nucleares y con coherencia a cualquier distancia, hay que tener presente también el aumento veloz de las cifras demográficas y la serie de problemas y de exigencias impostergables que presenta.

Hicieron falta muchos milenios para llegar a los 3,115 millones de hoy; en lo sucesivo sólo se requieren treinta y cinco o cuarenta años para duplicar las cifras; para fines del tercer decenio del siglo XXI, la humanidad sumará 12,000 millones de seres, si se mantienen en el mismo nivel la natalidad y la mortalidad actuales.

Soslayar el gravísimo problema que se ofrece a las nuevas generaciones con la superpoblación, o quererlo ignorar, es una política absurda y torpe. No es posible negar el hecho del enorme crecimiento demográfico incontrolado y por tanto es más que pueril no dar cara al peligro. A pesar del optimismo de algunos sabios, de la fotosíntesis, de la automación, el crecimiento demográfico en las proporciones señaladas significa agravación de las privaciones, del hambre, de la escasez de toda clase en la época que podría ser de las vacas gordas, de la economía de la abundancia.

Si el descubrimiento de la energía nuclear, con las disponibilidades energéticas anteriores a 1945, el crecimiento de la población habría significado una catástrofe incalculable y a muy breve plazo. La era atómica abrió nuevos horizontes para la utilización de los recursos naturales del globo; pero todo es relativo, y si la especie humana se multiplica como en los últimos lustros, ni la ciencia ni la técnica más avanzadas, y pueden mucho, muchísimo, lograrán asegurar el pan, el techo y el vestido para todos, sin contar los otros bienes numerosos que requiere el hombre moderno.

Hace medio siglo, hace un siglo, se propagaba el neomaltusianismo como aspiración eugenésica y deseo de no traer al mundo más seres que aquellos que se pudiesen alimentar, vestir y educar decorosamente. Hoy el crecimiento de la humanidad es uno de los peligros máximos para su perduración; el otro es el de la guerra nuclear. Y hasta ahora, sólo el Japón, la India, Pakistán, Túnez han tomado algunas medidas previsoras y de educación para producir un descenso de la natalidad.

Es verdad que aún caben muchos millones de seres humanos en Africa y en América (en algunas partes de Africa y en algunas regiones de América); pero con el ritmo demográfico a que nos hemos referido, de hasta 2% de crecimiento anual, también esas zonas se verán muy pronto superpobladas.

No habíamos previsto, ni tampoco nuestros precursores, este desarrollo inusitado de la humanidad en tan pocos años, y sin embargo, nos distinguíamos como factores de la limitación y el control de los nacimientos con una propaganda constante y persuasiva a través de libros, folletos y revistas. Los argumentos de ayer no han perdido virtualidad, pero quedan ensombrecidos por la actual realidad demográfica, y la que se prevé.

En esa tarea urgente, apremiante, de esclarecimiento y de defensa de los valores humanos, no estaremos solos o casi solos, como estuvimos ayer, pues el peligro se señala y proclama con angustia desde muy diversos sectores de opinión y sobre todo por sociólogos y economistas de todas las escuelas.

(Terminará en el número próximo)

¿Qué es la UNESCO?

POR A. TARRAGÓ

CON EL TÍTULO que encabeza estas líneas ya se han publicado cuatro ediciones de un manual de información sobre la UNESCO, aparecidas respectivamente en 1955, 1956, 1958 y 1960. Su contenido, permite saber exactamente a qué atenerse con respecto a la constitución y funcionamiento de esta organización internacional, poniendo de relieve el carácter de sus múltiples actividades y de los objetivos que se propone cubrir. Por ello, al escribir este comentario estimo útil señalar que en líneas generales me ceñiré a la información que figura en dicho manual, lo que equivale a decir que salvando las apreciaciones personales que puedan merecerme algunos aspectos bien definidos, mi labor consistirá en resumir, en unas breves páginas, el contenido de las mencionadas publicaciones oficiales.

La *Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura / United Nations Educational, Scientific and Cultural Organisation* (UNESCO), es uno de los organismos especializados de las Naciones Unidas, al mismo título que la Oficina Internacional del Trabajo, la Organización Mundial de la Salud, el Fondo Monetario Internacional o la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación. La sede de la UNESCO es París, pertenecen a ella más de cien Estados Miembros y como lo indica su nombre, desarrolla actividades de carácter científico, educativo y cultural. La Organización quedó constituida oficialmente el 4 de noviembre de 1946, habiendo ocupado sucesivamente el cargo de Director General las siguientes personalidades: Sir Julián Sorell Huxley (Reino Unido), de 1946 a 1948; Sr. Jaime Torres Bodet (México), de 1948 a 1952; Sr. John W. Taylor (Estados Unidos de América), en calidad de director interino, de 1952 a 1953; Sr. Luther H. Evans (Estados Unidos), de 1953 a 1958; Sr. Vitorino Veronese (Italia), de 1958 a 1961, y Sr. René Maheu (Francia), actualmente en ejercicio.

Los fines de la UNESCO aparecen magníficamente expuestos en el artículo primero de su Constitución que declara: "La Organización se propone contribuir a la paz y a la seguridad, estrechando, mediante la educación, la ciencia y la cultura, la colaboración entre las naciones, a fin de asegurar el respeto universal a la justicia, a la ley, a los derechos humanos y a las libertades fundamentales que, sin distinción de raza, sexo, idioma o religión, la Carta de las Naciones Unidas reconoce a todos los pueblos del mundo." Para ayudar a establecer las bases de la paz y avanzar firmemente hacia los objetivos propuestos, la UNESCO estimó desde un principio que debía realizar una tarea capital y a largo plazo que consistiera en:

- a) Favorecer el progreso de la educación, la ciencia y la cultura;
- b) Alentar la cooperación internacional en esas esferas;
- c) Ayudar, con todos los medios a su alcance, a los Estados Miembros a fin de que puedan desarrollar sus actividades educativas, científicas y culturales; y
- d) Servir de centro de información e intercambio, para proporcionar a los Estados Miembros documentación que responda a sus necesidades prácticas.

La importancia que reviste este programa de actividades, muy particularmente para los países insuficientemente desarrollados, no puede pasar desapercibida, ya que presupone desde un principio una ayuda constante y desinteresada, con vistas a facilitarles los medios que les son indispensables para afrontar los múltiples problemas que se les plantean, especialmente en lo que se refiere al aspecto educativo de las masas. Como veremos más adelante, la UNESCO ha emprendido varias actividades encaminadas a mejorar el bajo nivel de enseñanza que viene caracterizando a gran número de países.

La estructura de la UNESCO reposa en tres órganos principales que son: la Asamblea General, el Consejo Ejecutivo y la Secretaría. La Conferencia General, compuesta de delegados nombrados por los gobiernos de los Estados Miembros, se reúne cada dos años y tiene como misión primordial determinar la orientación y el programa general de la Organización y votar el presupuesto. El Consejo Ejecutivo, cuyos miembros son designados por la Asamblea General, tiene el encargo de velar por la ejecución del programa de la Organización, cuya aplicación compete a la Secretaría, de acuerdo con los planes de trabajo establecidos por la Conferencia General y bajo la responsabilidad del director en funciones. La propia Secretaría, con vistas a la aplicación del programa, se divide en los siguientes departamentos: Educación, Ciencias Exactas y Naturales, Ciencias Sociales, Actividades Culturales, Información, Intercambio de Personas y Oficina de Relaciones con los Estados Miembros, esta última en vías de desaparición, por distribuirse sus funciones entre los demás departamentos.

Cada uno de los departamentos citados tiene sus propias características, que voy a resumir transcribiendo las funciones que respectivamente les competen:

EDUCACIÓN

- a) Mantenimiento de un centro de intercambio que intensifique sistemáticamente la difusión de informaciones sobre progresos importantes en materia de educación;
- b) Cooperación con las principales organizaciones internacionales no gubernamentales en la esfera de la educación y apoyo de sus actividades;
- c) Mejoramiento y ampliación de la enseñanza escolar mediante actividades como el proyecto principal para la extensión de la enseñanza primaria en América Latina, en el que se hace particular hincapié en la formación de maestros;
- d) Fomento de la educación extraescolar, incluyendo el apoyo a la ejecución de proyectos de desarrollo de la comunidad;
- e) Promoción de los derechos humanos y fomento de la educación para la comprensión internacional.

CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES

- a) Fomento de la cooperación científica internacional, que abarca el adelanto de las investigaciones en materia de ciencias fundamentales; estudios preparatorios sobre nuevos problemas científicos importantes, como los resultados relativos al espacio extraterrestre o las calculadoras electrónicas, la cooperación con las uniones y consejos científicos, y el mejoramiento de la documentación científica;
- b) Desarrollo de estudios e investigaciones sobre los recursos naturales, y especialmente sobre las tierras áridas, la zona tropical húmeda, la oceanografía y los principios y métodos aplicados en la exploración de los recursos naturales;
- c) Mejoramiento de la enseñanza y difusión de la ciencia, desarrollo de la

formación superior de especialistas y profesores, envío de misiones de expertos, etc.;

- d) Actividades regionales que comprenden los programas (cursos de formación, coloquios, reuniones científicas, publicaciones, etc.).

CIENCIAS SOCIALES

- a) Intensificar la cooperación internacional entre los sociólogos;
 b) Recopilar y analizar estadísticas y lograr una mayor normalización de los datos estadísticos en el mundo entero;
 c) Desarrollar la enseñanza y las investigaciones en materia de ciencias sociales, y especialmente la formación de especialistas;
 d) Promover una aplicación más amplia y eficaz de las ciencias sociales al estudio de determinados problemas y en especial de las relaciones raciales, la condición jurídica de la mujer en la sociedad, las repercusiones sociales en la industrialización y los cambios tecnológicos, el proceso de la urbanización y los efectos sociales de la automática.

ACTIVIDADES CULTURALES

- a) Apreciación mutua de los valores culturales del Oriente y del Occidente;
 b) Contribuir a la conservación del patrimonio cultural de la humanidad;
 c) Dar a conocer a un público cada vez más amplio los tesoros del arte y de la literatura;
 d) Desarrollar bibliotecas y museos;
 e) Favorecer los estudios humanísticos mediante la organización de reuniones internacionales y la preparación de una historia del desarrollo científico y cultural de la humanidad;
 f) Prestar ayuda para producir y distribuir materiales de lectura para las personas que acaban de aprender a leer.

INFORMACIÓN

- a) Fomentar la libre circulación de las informaciones;
 b) Desarrollar y mejorar las técnicas de información;
 c) Actividades de información, incluyendo servicios para apoyar y estimular los reportajes de la prensa, la radio, el cine y la televisión.

INTERCAMBIO DE PERSONAS

- a) Informar y asesorar sobre los programas de esa índole mediante un centro de intercambio de informaciones, publicaciones y estudios;
 b) Administrar un programa de becas destinado a subvencionar los estudios y la formación en el extranjero en materias estrechamente relacionadas con proyectos del programa de la UNESCO;
 c) Aumentar las posibilidades de estudio y formación en el extranjero y el intercambio de personal docente, prestando asesoramiento técnico sobre el planeamiento y administración de programas de intercambio; ayudar a establecer nuevos programas de becas que permitan cursar estudios en materias de la competencia de la UNESCO; y prestar ayudas a las universidades en la contratación de profesores de otros países;
 d) Patrocinar proyectos especiales de intercambios para miembros de las organizaciones de trabajadores, de jóvenes y de mujeres.

Expuestos los objetivos y funciones que corresponden a cada uno de los Departamentos, ya resulta mucho más fácil formarse una idea de la importancia que reviste la UNESCO.

El Ave Fénix, Tanit y las Vírgenes Ibéricas

Por RAMÓN SENDER

DESPUÉS DE PUBLICAR algunos artículos sobre la historia de la cruz como símbolo religioso en *Cuadernos* de París, en *Combate* de Costa Rica y en *COMUNIDAD IBÉRICA*, he recibido cartas de amables lectores más o menos anónimos o de conocidos colegas como García Pradas (entre otras cosas, el más fidedigno narrador y testigo de la caída de Madrid en 1939) con observaciones interesantes para mí y quizá para los lectores.

García Pradas me llama la atención sobre el símbolo del Ave Fénix, uno de los más generalizados y de los más usados por la poesía clásica en sus metáforas. Es verdad que tiene relación con la cruz, como la tienen directa o indirectamente todos los símbolos religiosos de la Antigüedad ya que coinciden en alguna clase de representación del Sol, nuestro padre que está en los cielos.

Otras cartas he recibido y no hay espacio para citarlas todas, pero vale la pena referirse a la que escribe un amable cubano, el Sr. L. B. Iglesias, que nos envía unas pictografías de Guanahatabey (cueva de García Robiou, provincia de La Habana) en las cuales, a pesar de tratarse de pinturas de aborígenes anteriores a Cristóbal Colón, aparecen tres cruces romanas (es decir, iguales a las del catolicismo) en las cuales se ve sin duda un sentido heliosístico, primero por su disposición en lugares centrales y presidenciales y por tener alrededor radiaciones en forma de ángulos agudos y de cubos. Se sabe menos de los aborígenes antillanos que de otros pueblos primitivos de América, aunque se pueden deducir algunas similitudes por los indios de Venezuela y Colombia y más concretamente, según creo haber visto en obras de exploradores ingleses del siglo pasado, por algunos pueblos del bajo Amazonas que tienen identidades de lenguaje y de mitología. Pero no hay duda, a juzgar por los dibujos que rodean esas cruces, de que una vez más se trata de la adoración del Sol y de su representación por cuatro trazos irradiando en cuatro direcciones.

La verdad es que por muy quimeristas y febulosos que queramos considerar a los fieles de las sectas religiosas del pasado todos se atienen a una fuente original de veras razonable y convincente: el Sol. Puesto que de él nos viene la vida, y el calor de nuestra sangre es una parte del calor solar y cuando perdemos ese calor perdemos la vida, no hay duda de que si alguna vez hubiera un pretexto para la adoración ese pretexto nos lo ofrecería el ardiente Sol.

A través de las lecturas que me son accesibles llego a la conclusión de que el Ave Fénix es el primer antecedente egipcio —al parecer ese símbolo nació en Egipto— de la cruz conocida como cruz *anxata*. Está comprobado que el Ave Fénix es una alegoría del Sol, que muere cada día en el incendio del crepúsculo y renace cada aurora también entre las llamas.

Hay que distinguir entre símbolo y alegoría. El símbolo es estático y la alegoría es funcional. Por ejemplo: una antorcha es quizá el símbolo de la luz y de la cultura. Una figura de mármol llevando esa antorcha en lo alto puede ser la alegoría de la libertad. O bien: un libro es un símbolo de la cultura. El mismo libro

quemándose en una hoguera es una alegoría de la barbarie y una alusión moral y política a la antigua inquisición o al moderno nazismo alemán.

El Ave Fénix renaciendo de sus cenizas es, entre los más viejos egipcios, una alegoría del amanecer, es decir, del Sol que se renueva produciéndose a sí mismo. Vuelve el Sol a nacer sobre las sombras que se lo habían tragado. Pero esa alegoría parece ser anterior a los egipcios del período histórico. Aunque no encuentro fuentes en ese sentido, es muy posible que el Ave Fénix representara el regreso y reintegración de la experiencia temporal del fuego —del fuego fungible y relativo— en la noción de eternidad que está implícita en el fuego solar. El mayor problema, entre todos los que han preocupado al oscuro mundo de la prehistoria, parece ser a través de los amuletos, las señales religiosas y el origen de los símbolos el de la relación del fuego terrestre con el Sol. Más tarde las religiones siguen cultivando ese misterio bajo otras formas: lo temporal y lo eterno. Lo relativo y lo absoluto.

Para la mayor parte de los pueblos primitivos lo absoluto no era una abstracción (en los idiomas primitivos que han llegado a nosotros no hay palabras que expresen abstracciones), sino algo tan concreto, omnipresente y seguro de ver como el Sol. Y el Ave Fénix, en tiempos ya históricos, la adoptaron los romanos muy anteriores a Cristo dibujándola sobre una pira y poniéndole un halo alrededor de la cabeza para convertirla en emblema de la apoteosis imperial. Los cristianos la usaron a su vez como símbolo de la resurrección y así aparece grabada en algunos sarcófagos de las catacumbas. En los dos casos es el mismo mito solar.

Además tenemos a los antiguos historiadores, fabulistas y poetas que nos dicen (Sayce, *Egipto y Babilonia*) que ese pájaro milagroso era un ave real y verdadera que vivía quinientos años justos y se mataba a sí misma posándose en el centro de una hoguera de maderas aromáticas de cuyas cenizas nacía otra ave igual. Herodoto, Plinio, Tácito, historiadores antiguos, nos hablan de ese mito solar. Poetas de varios orígenes, como Ovidio, Lactancio, Virgilio, y más tarde Dante y Shakespeare, autoridades en religión y filosofía moral como Agustín, Clementius, Cyril, Tertuliano, confirman a sus predecesores. Rufinus, en su conocido *In symbolum*, alude a esa fábula con la mayor seriedad como un argumento para la verosimilitud de la virginidad de la madre-diosa- Virgen-María. Nada menos.

La verdad es que esa alegoría que es la del Sol renaciendo en cada aurora, se representaba por medio de un ave con las alas abiertas que estilizada va a dar, a través probablemente de largos siglos, en la cruz *anxata* egipcia (representación egipcia del Sol) y lo que es más curioso y más escandaloso, va a dar también un poco más tarde en algunas imágenes religiosas que en la Europa occidental y muy especialmente en España son veneradas desde que existe el catolicismo y lo fueron antes probablemente —en Sicilia hay pruebas— bajo el nombre fenicio de Tanit y el greco-persa de Astarte y el heleno de Artemisa.

El Ave Fénix ha tenido suerte con los poetas en todos los tiempos. El fuego destructor y creador es un buen punto de partida para todo. Shakespeare habla de la *virgen Fénix* en *Enrique VIII* —sin ironía, en serio— y Quevedo en broma. Todos aluden a ese misterio cuando quieren referirse a una vida que se rehace a sí misma en la pira de la muerte (una pira gloriosa).

La distancia histórica desde la cruz *anxata* a la llamada Virgen Cartaginesa en forma de cono no es tan grande como se podría suponer. Y esa virgen en forma de cono o de pirámide es el modelo y origen de imágenes españolas o sicilianas de la Virgen María. Por ejemplo: la Virgen de los Desamparados y la Virgen del Pilar, la primera de Valencia, la segunda de Zaragoza. Podemos añadir la de Montserrat y alguna más de las que no tengo referencias a mi alcance. Sobre todo en el sur y en el oeste del Mediterráneo. Tácito dice que la diosa Afrodita era representada en Paphos en la figura de una pirámide o cono en cuya cúspide había algo parecido a una cabeza. Parece que todos los pueblos semíticos han adorado

a una divinidad femenina representada por una pirámide o un cono con una cabeza encima. La descripción de Tácito coincide con las figuras halladas en monedas de Paphos, Biblos, Sidón y otras ciudades más occidentales. En los monumentos fenicios, en las estelas de ese mismo pueblo aparece el cono sagrado o la pirámide sagrada y sus perfiles lo mismo que su estructura general coinciden con la cruz *anxata* egipcia.

Y son los mismos perfiles y la misma estructura de las vírgenes españolas más antiguas y más populares, especialmente las tres señaladas antes y residentes en Valencia, Barcelona y Zaragoza. En todo caso, en los territorios de antigua influencia fenicia, como la España oriental, aparece esa imagen femenina (siempre en forma cónica o piramidal) y sólo en ellos. Y es objeto de alguna clase de culto no necesariamente cristiano sino pagano, civil, tradicional y patriótico. Como Tanit en Africa, muchos siglos antes de los Escipiones.

He visto en las colecciones de monedas antiguas del British Museum esas imágenes simbólicas interdependientes y todas ellas originarias de una misma fuente (la cruz solar *anxata*, alusiva a la constante muerte y resurrección del Sol). La cruz *anxata* era también llamada *llave de la vida*. Llave solar de la vida, podríamos decir y nada más justo. Entre esas monedas donde he visto anticipaciones de la Virgen del Pilar y de la de los Desamparados mil años antes de Tiberio, recuerdo monedas más recientes de Cartago con esa virgen-diosa-madre que se llamaba Tanit. Cruz *anxata* es Tanit. En los ideogramas egipcios, según los especialistas en la materia, *anx* quiere decir *vivir, viviendo*, y cruz *anxata* es, por lo tanto, cruz o llave de la vida, es decir, misterio heliosístico de la creación. Tanit, la *virgo coelestis* de los fenicios de Cartago, es representada en una estela cartaginesa coronando una pirámide o un cono desproporcionadamente grande en relación con la figura humana con un niño en el brazo. Como las vírgenes de esos templos hispanos, que son siempre morenas, es decir africanas y orientales. Así, pues, las vírgenes del Pilar, de Montserrat y de los Desamparados —por citar las más famosas— existían ya antes de Cristo en la figura de la púnica Tanit que era virgen y madre como ellas, tenía también su manto cónico o piramidal y tampoco le faltaban sus tesoros detrás de la capilla.

Son arqueólogos católicos quienes nos recuerdan que los triángulos isósceles —es decir, con dos lados iguales— aparecen en la ornamentación semítica religiosa como símbolos fálicos. Cuando esos triángulos coronados por Tanit o por otra virgen-madre-diosa aparecen sobre una columna, el símbolo fálico tiene dos garantías de fidelidad histórica, una de origen oriental y otra nórdica. En el lado derecho del Rin, es decir, en la parte habitada por los sajones clásicos, éstos adoraban un cipo al que alude Tácito diciendo: "Hay entre los frisios —pueblo sajón— del bajo Rin columnas sagradas que llaman de Hércules, pero muchas cosas son señaladas bajo la paternidad de Hércules que no tienen nada que ver con él" (Germania XXXIV). Los sajones veneraban columnas de piedra dedicadas al dios Irmin, como el famoso Irminsul, derribado por orden de Carlomagno, del cual quedan vestigios en otras partes. Esa adoración del *pilar* por el pilar mismo, que Carlomagno quiso desterrar, me hace pensar a veces si no sería ese pilar de Zaragoza (sobre el que descansa la famosa imagen) un regalo religioso-político de Carlomagno en los primeros tiempos de la reconquista. Todavía existen hoy en los países escandinavos restos de esa devoción supersticiosa según la cual se da transcendencia mítica a algunos pilares de piedra blanca. El famoso *cippi* escandinavo y el pilar blanco sajón son hermanos, y como dicen la mayor parte de los historiadores, son reminiscencias de antiguos cultos fálicos. (Relacionados como todos los cultos fálicos con formas de veneración heliosística.) Es posible que Carlomagno quisiera hacer del mármol pagano de Irminsul pedestal de cristianismo como tantas veces se hizo en Grecia, en Roma y después en los pueblos indios de América.

Es curioso que la Virgen del Pilar, calificada por el pilar —el *cippi*, precisamente— de Zaragoza, reúna el símbolo fálico nórdico y el signo fálico púnico fenicio en una curiosa síntesis. Como Tanit, tiene la Virgen del Pilar tesoros y formas paganas de culto y hasta una personalidad civil e histórica y guerrera, ya que durante Napoleón dice

*que no quiere ser francesa,
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa.*

Nada menos cristiano que la virgen de Nazaret, madre (*sic*) de Jesús, con sable al cinto. Pero en eso podría emparentarse bien con Tanit. No deja de ser curioso que ese pilar blanco —que yo he besado de niño y que por cierto presenta una oquedad por el roce de los labios de los fieles a través de los siglos— sea adorado precisamente en esa ciudad tradicionalmente considerada como la ciudad más visigótica de España. Y es un pilar grande, mucho más grande que la Virgen misma y sin duda ha sido siempre adorado por sí mismo y es él quien le da nombre a la imagen. Nada de esto le quita interés a la Virgen del Pilar con su forma cónica igual que la Tanit púnica, con sus perfiles de llave de vida o cruz *anxata* egipcia, con su color negro y hasta con su lejana reminiscencia del Ave Fénix, que es más antigua al parecer que todos los demás símbolos y alegorías de los que hemos hablado, con excepción de la cruz swástica o la cruz patibularia. Es curioso que dentro del catolicismo se considere precisamente a María virgen y madre como llave de la eternidad y el mejor agente de la resurrección y de la vida eterna. Yo no comparto, como es natural, la superstición de muchos aragoneses por la Virgen del Pilar, pero la respeto más como testimonio arqueológico.

El prestigio del cono y de la pirámide es el prestigio de todo lo que se eleva. Nada se eleva de un modo más natural y espontáneo —y cónico o piramidal— que el fuego. La manifestación más fluida y ascendente de la vida ígnea —el humo— ha sido incorporada al ritual de todas las religiones. El incienso que sube al cielo por encima del fuego buscando su origen —el Sol— es uno de los testimonios que podemos ver hoy en la mayor parte de las iglesias.

Las personas encerradas en la estrechez de su tradicionalismo carpetovetónico-católicorromano se sentirán un poco sorprendidas e incómodas leyendo estas cosas. Sin embargo, las fuentes todas que podría citar (y que citaré si alguien me las pide y no lo hago aquí para evitar añadir gravidez y pedantería erudita a lo que trata sólo de ser una digresión amena) son católicas. No creo que haya nada vejatorio en el hecho de recordar que todas las imágenes de vírgenes-madres-diosas celestiales veneradas en España y representadas en estilo cónico o piramidal son símbolos fálicos del norte de Africa o del Asia Menor.

Cuando, además del cono o pirámide, aparece la columna blanca, el sentido fálico viene consagrado por los dos extremos del panorama histórico, el negro o negroide de los camitas (de Cam) y el hiperbóreo de los pueblos adoradores de Odín incluidos los excepcionales lapones albinos, los que según Tácito viven cerca de los lugares donde tiene su cuna el Sol “y por eso la claridad del espacio dura allí toda la noche”.

Siendo el cono símbolo común a los egipcios, a los romanos y a los germanos —símbolo fálico generador y heliosístico—, aparecen en las fiestas de navidad de los países de cultura nórdica las piñas —el fruto de los pinos— como elementos decorativos de primer orden. En Inglaterra, en Estados Unidos como en todos los países escandinavos es la piña el símbolo del solsticio de invierno en el que nace Jesús, hijo del Sol nuestro padre que está en los cielos. Y el árbol de Noel es cónico y piramidal. Y el niño es como el que Tanit tiene en el brazo.

La virgen-madre-diosa Tanit, morena (siempre esas imágenes son muy morenas, casi negras), viene a través de un proceso (no tan largo como podría parecer) del Ave Fénix egipcia. Se podrá decir: ¿por qué un ave y no otro animal? Otra vez tropezamos con alusiones que a ciertos lectores de la España de Franco les parecerían indecorosas. El ave como el fuego y como el humo han sido considerados por todos los pueblos de la Antigüedad como intermediarios entre el cielo y la tierra. Pero la imaginación de la gente antigua era más funcional —por decirlo en términos modernos— que ahora y cuando aquellos hombres hablan de agentes intermediarios entre el cielo y la tierra se referían a una función creadora, ya que de la relación del Sol con la Tierra viene toda creación posible. Es decir, creación generadora de vida. Vida generadora de vida. Y en lo que se refiere al hombre, generación sexual.

Del Sol nos viene la vida que gozamos o sufrimos. Cualquier agente intermediario entre la tierra y el cielo es, pues, por su propia naturaleza, un elemento generador. El ave, agente entre el Sol y el fuego —el sol celestial y el fuego terrestre—, que vuela por el espacio es uno de esos agentes generadores. Y la forma de generación más accesible y más plausible es la procreación humana, como es natural. He aquí por qué en todos los idiomas antiguos y modernos, alrededor del planeta, el sexo masculino tiene varios nombres, pero el más popular y más generalizado es siempre el nombre de un ave. A veces un ave doméstica y otras un ave selvática.

En el catolicismo, el padre de Jesús es un ave: la paloma, que representa al espíritu santo. Los orígenes del símbolo son fenicios y muy anteriores a Jesús. En otras culturas esa ave da su nombre al sexo masculino.

Por cierto que los Evangelios, cuando dicen y repiten una vez y otra que Jesús no es hijo del hombre sino del espíritu santo —es decir, de la imaginación del hombre— nos invitan tal vez a ver la verdad tal como la ven probablemente algunos doctores de la Iglesia, y tal como la veía San Agustín cuando decía en sus *Confesiones*: “Si no me obligara la disciplina eclesiástica a creer en los Evangelios, no creería porque están llenos de contradicciones e históricamente lo que dicen es imposible.” Y sin embargo, en ellos hay muchos resquicios por donde se filtra la luz de la verdad.

En este caso podríamos decir la luz del Sol.

Jesús es hijo del espíritu santo, es decir, de nuestra imaginación y en eso la Iglesia no engaña sino a los tontos porque los menos tontos (no me atrevo a decir los listos) vemos la verdad entre líneas. Cada vez que María madre de Jesús (sупuesta madre de Jesús) se acerca a él en público y le habla como tal madre, su divino hijo le responde como nunca tú, lector, ni yo responderíamos a nuestra madre por muchas razones que creyéramos tener para la impertinencia. Jesús le dice: “Mujer, ¿qué tengo que ver yo contigo?” Es cierto. No tiene históricamente nada que ver con ella.

Y repiten los evangelistas que Jesús es hijo del espíritu santo —de nuestra imaginación creadora—. No hay que llamarse a engaño. Tampoco hay que negar de un modo infantil (considerándolas como maliciosas) las doctrinas de una Iglesia que lleva veinte siglos actuando y conduciendo las conciencias de cientos de millones de hombres, casi siempre en una dirección viciosa y culpable, pero conduciéndolas, y eso no se puede hacer sin un mínimo de veracidad y de genuina sabiduría. Cuando la Iglesia nos dice que María madre de Jesús era virgen antes del parto, en el parto y después del parto, nos está avisando tal vez para que descubramos por nosotros mismos una verdad que sería difícil proclamar desnuda y *ex cathedra*. Nos está invitando a resolver una adivinanza importantísima. A descubrir que sólo hay una cosa que pueda ser virgen antes del parto, en el parto y después del parto y es nuestra imaginación creadora y nuestra no menos creadora voluntad de fe. Por si algo falta, la Iglesia está rodeando a la figura de María de circunstancias delibe-

radamente incongruentes y absurdas y con esas incongruencias está sirviendo aunque barrocammente a la verdad. Lo hace a través de parábolas, como han hablado los poetas y los religiosos de todos los tiempos. Y hace muy pocos años el pontífice de Roma impuso como dogma de fe la ascensión de la Virgen María a los cielos *en cuerpo* y alma. Precisamente en estos días en que para subir a más de veinte mil metros en nuestra atmósfera hacen falta precauciones excepcionales, sin las cuales es imposible respirar, defenderse contra los rayos ultravioleta y sobre todo contra los rayos cósmicos. Decir, por otra parte, que María no murió —sino que subió viva a los cielos— es igual que decirnos que no había nacido.

En Roma saben muy bien que en tiempos de Tiberio (cuando se supone que vivía la familia de Jesús) lo mismo que ahora cualquier cuerpo que subiera más arriba de diez o doce kilómetros en la atmósfera terrestre moriría. Primero por falta de oxígeno, segundo por mil circunstancias más, entre ellas la falta de presión atmosférica adecuada. Roma no espera que creamos que la Virgen María subió al cielo en cuerpo terrestre y carnal (¿con zapatos o descalza?). Diciendo lo que dice sigue, sin embargo, Roma fiel a los Evangelios, es decir, a la manera parabólica e inverosímil de decir una verdad sólo accesible a los iluminados por el *espíritu santo*. Es decir, en términos razonables, a los hombres de imaginación como tú y yo, lector. Capaces de ver entre líneas la luz. En este caso —repito— la luz solar, realmente.

¿Que a pesar de todo Roma es culpable? Claro que sí y ella es la primera que lo sabe. Ahora, con Juan XXIII está tratando de rectificar, en algunos aspectos.

La Virgen del Polar, la Virgen del Pueyo, la Virgen de Montserrat, la de los Desamparados (en Barcelona, Zaragoza y Valencia) son copias mediterráneas fenicias y púnicas de Tanit, la virgen-madre-diosa cartaginesa, que a su vez viene de Egipto y que es la última versión del Ave Fénix a través de la cruz *anxata*, que es una cruz con una cabecita. Al mismo tiempo esa cruz es un símbolo fálico —nada innoble, lector— de la creación individual más importante de la que es capaz el hombre bajo el Sol: la paternidad física. Con ella no somos sino hijos del Sol cumpliendo un deber primordial, respetable, a un tiempo vulgar y sublime como la vida misma y por encima de todo, placentero. El hombre trabaja para alimentarse y se alimenta para crear vida nueva bajo los auspicios del Sol padre celestial. En el terreno moral, intelectual, artístico o simplemente biológico. Y cuando decimos *simplemente* podríamos decir también “nada menos que” porque es la forma más alta y más noble de creación. Si al mayor sabio del mundo se le preguntara si prefiere ser admirado o amado, contestaría siempre que prefiere lo segundo. Y ese amor conduce a la creación biológica, a la plenitud implícita en la satisfacción de las inclinaciones instintivas todas.

El que tiene un hijo y le insufla una parte de su espíritu y de su voluntad misma de ser, hace una tarea más noble que Platón y Aristóteles con su filosofía o Einstein con su ciencia de lo relativo. Y eso es lo que las religiones han tratado de decirnos con sus símbolos, cuando no han hecho —que es lo más frecuente— política esclavista encaminada al usufructo de los reinos de la tierra. Nos lo han dicho con parábolas y con alegorías y muchas veces sin querer y a pesar de ellos mismos porque en la tarea de inspiración creadora —poesía, fábula, intuición de lo maravilloso— la verdad se filtra, ella sola. Es cierto que muchos pueblos primitivos preferían el milagro a la verdad y el prodigio a la comprensión. Sin embargo, van llegando otros tiempos y, en definitiva, con todo esto no tratamos de suprimir el milagro sino de situarlo más lejos y más alto y quizá de prestarle una naturaleza nueva y distinta.

Sistemas en la encrucijada: Máquina vs. Obrero

POR VÍCTOR GARCÍA

EL PROBLEMA DEL DESEMPLEO se manifiesta cada vez más agudo en el mundo capitalista y ello a pesar de la oferta de trabajo que registran los países de la Europa Occidental. Se manifiesta agudo porque el país prototipo de este sistema es el estadounidense y el paro forzoso está alcanzando allí proporciones que no se conocían desde 1941.

Los guarismos alcanzan a seis millones de desempleados y con una tendencia a aumentar, lo que implica que no se trata de lo que los peritos en economía han venido llamando como *estructural* unas veces y *cíclico* otras. Por el contrario, el problema del desempleo es consecuencia de una fase que han pretendido ignorarla, con igual miopía, el capitalista y el sindicalismo amorfo. Hago referencia, concretamente, a la automatización que tiende a desplazar cada vez más los servicios del obrero, particularmente el manual.

Seis millones de obreros sin trabajo fuerzan a los Estados Unidos a reconsiderar el caso, al extremo de que los especialistas ya han lanzado los primeros toques de alarma. El doctor Russell Ackoff, por ejemplo, señala que la automatización es, después del de la paz, el problema más candente que tiene el país. El director de Trabajo en el Estado de Illinois, donde se registran 315,000 desempleados, acusa a la automatización como principal causante.

No se trata, como en 1941, de un descenso en la demanda de los productos a la que se tuvo de hacer frente con la medida clásica de nuestra sociedad absurda: participando en la conflagración mundial. Ahora, por el contrario, la mayoría de la producción está en alza constante, como lo está la demanda. La industria química, pongamos por caso, ha aumentado desde 1956 en un 27%; la industria del acero, a pesar de la última huelga que la paralizó totalmente, ha visto su producción aumentada desde 1955 en un 20%; la industria de la carne también ha aumentado su producción, debido, principalmente, al aumento vegetativo de la población, en un 3%. Las llamadas telefónicas, en los diez últimos años, han doblado. Sin embargo, la industria química ha visto disminuir el número de sus obreros en un 3%. La industria del acero cuenta con 17,000 obreros menos. De 746,000 empleados en la industria del automóvil se ha descendido a 614,000, es decir, que 132,000 obreros han dejado de participar en la fabricación de vehículos desde 1955. La industria de la carne, a pesar del aumento de su producción, cuenta con 28,000 obreros menos. De 174,000 panaderos que había en 1954 esta industria sólo cuenta en la actualidad 163,000. En el propio campo, donde la automatización ha hecho irrupción violenta, tenemos que un campesino puede alimentar a 24 hombres mientras que en 1949 sólo podía hacerse cargo de 15.

Gracias a las máquinas tabuladoras, la Oficina del Censo realiza, con sólo 50 empleados, lo que en 1950 precisó de 4,100 estadísticos. Se está introduciendo la automatización en los Bancos en forma tal, que la computación de cheques y todo el trabajo de papeleo será 100% automático.

La crisis final que todo esto entraña, ha ido posponiéndola, la sociedad capitalista —en la URSS no se ha alcanzado aún este grado de saturación— de di-

ferentes maneras. La clásica, ya la hemos señalado, es la guerra: los países se precipitan a destrozarse toda la riqueza que el trabajo humano ha ido elaborando y las masas productoras tienen que reponer de nuevo esta manufactura al tiempo que deben producir armas y aparatos de destrucción. Actualmente, debido a que la guerra puede entrañar el fin de la humanidad, gracias a la aportación inmoral de la ciencia y la técnica a la destrucción, los Estados miden con pies de plomo las probabilidades que, por ser nulas, aconsejan no desencadenar la conflagración, pero crean una psicosis bélica, o por lo menos de amenaza, que suple la guerra activa y posibilita el dedicar una gran parte de la producción a la industria bélica. Esta solución, sin embargo, no basta para eliminar el desempleo.

Otra solución es la de crear nuevas necesidades a la población. La propaganda —una gran industria de por sí— acude a toda clase de absurdos para convencer al hombre de que su mobiliario, su ropa, su vivienda, su refrigerador, su aparato de radio o de televisión, su automóvil, a pesar de que están en buen estado deben cambiarse. La moda va más allá de la veleidad femenina empeñada en cambiar de peinado y color del cabello según la hora del día, y la propaganda crea la necesidad de la “moda” en todo sin excepción, a través de la vanidad, el *snobismo*, el deseo de aparentar.

Tampoco basta esta solución y se acude a otras: a sacrificar rebaños enteros, a quemar trigo y maíz en las locomotoras, a verter el café en el fondo del mar y la leche en las cloacas. ¿Qué importa la desnutrición del Altiplano Andino, de las Hurdes extremeñas o de la cuenca del Ganges?

Impero, los números lo demuestran, todas estas soluciones confabuladas no pueden hacer frente a la marcha arrolladora del tecnicismo y de la ciencia y, como dice el doctor Ackoff, el desempleo es una de las primeras preocupaciones —la segunda exactamente— de toda la gran nación del Norte.

Y así, lo que tendría que ser motivo de euforia para la humanidad se convierte en preocupación constante para todos. Para el desempleado; para el que aún trabaja, pero que no sabe hasta cuándo; para el capitalista y el industrial, que deben afrontar la situación también por la competencia de los demás capitalistas e industriales, para los sindicatos, para las comisiones paritarias, para el gobierno, para los familiares, para los que desean la estabilidad económica y social del país. Para todo el mundo.

Tendría que ser un motivo de euforia, repito, porque en una sociedad racional toda esta contribución de la ciencia y del tecnicismo, consecuencia de los sedimentos de todas las generaciones que nos precedieron esperanzadas en que la humanidad llegaría a vivir mejor, tendría que motivar una mayor seguridad en el ser humano, al mismo tiempo que una reducción positiva de su horario de trabajo.

En cien años la ciencia ha logrado metas insospechadas por nuestros antepasados. Para enmarcar el avance de la ciencia en todos los campos no basta ni la progresión geométrica, y si partimos la historia del progreso por una raya que separe los siete mil años de civilización hasta Watt, por un lado, y de éste hasta nuestros días, por otro, podremos darnos cuenta del desenfreno acelerado de la ciencia en estos últimos tiempos. Sin embargo, toda la fuerza científica y técnica aportada a la extracción y transformación de las materias primas y, también, al cultivo de nuestros alimentos, no ha permitido un bienestar proporcional al productor.

Ya hace un siglo que los Mártires de Chicago dieron su vida en holocausto a la jornada de ocho horas. Desde 1886 la ciencia ha tenido ocasión de revolucionar la industria y la agricultura muchas veces, aportando cada día más máquinas y procedimientos que tendrían que haber redundado en favor de un mayor descanso del obrero. Hoy, en la séptima década del siglo xx, el promedio de horas laborables, en el mundo entero, es superior a las ocho horas aún y ello a pesar de que esta

jornada fue reivindicada en la edad del carbón, cuando la humanidad desconocía las posibilidades de la electricidad, el petróleo y el átomo.

La miopía de los estadistas, los industriales y los sindicatos —particularmente los últimos, ya que los primeros tratan de relegar para las futuras generaciones un problema que, mientras no se solucione, siempre se traducirá en magníficas ganancias— ha permitido este estado de cosas por la distorsión con que se ha enfocado el asunto.

El obrerismo ha relegado siempre a un plan secundario, por esta generosidad del productor en darse por entero, las horas de trabajo, y ha volcado todo su interés en una victoria de Pirro, que a ello conduce todo aumento de salario al arrastrar de inmediato un aumento del costo de la vida, por lo entrañablemente ligados que costos y salarios se hallan en el mecanismo económico. La inflación hace ilusoria la mejora económica conseguida por el obrero y aún no se habrá repuesto de la lucha que tuvo que librar contra el patrón para obtener un aumento de salario cuando se tendrá que preparar de nuevo para reivindicar otro aumento que le permita hacer frente al nuevo costo de la vida que su victoria ha provocado.

Encerrados en este círculo vicioso, los sindicalistas han descuidado una parte muy positiva de sus necesidades como seres humanos. Estas necesidades son las horas de ocio a que tenemos derecho gracias a las máquinas que vienen a suplantarnos nuestros músculos en el trabajo cotidiano. Esta visión la tiene el anarquista indostánico M. P. T. Achariya cuando señala que “No hay validez en ninguna batalla librada para el aumento del salario sino sólo esforzándose para la abolición del mismo. El resto es ilusión y desilusión. Los sindicalistas no deben dejarse enmarañar en la lucha por la mejor paga si quieren prepararse para la Revolución Social” (How long can Capitalism survive?).

Al capitalismo le interesa grandemente ver al obrero empeñado solamente en ver su salario aumentado. Le interesa que descuide las otras fases, menos económicas pero mucho más humanas que la presencia de la máquina permite mejorar. No hay ninguna exageración en estimar que una jornada de cuatro horas sería suficiente para el obrero si la sociedad se sacudiera el sistema capitalista privado y el capitalista estatal.

La automatización tendría que asegurar al hombre un mayor número de horas que le permitieran instruirse más y prepararse mejor en la administración de una sociedad que anda cada vez más a tientas por falta de norte ético y dimisión voluntaria de los hombres. La máquina y la técnica sólo han aportado ventajas a una parte, la minoritaria, de la sociedad, y ello lo hace patente el balance de la industria más automatizada del orbe: la de los teléfonos. La American Telephone Telegraph Company obtuvo una ganancia total de 1,250 millones de dólares. “Ganaron más dinero —dice el boletín de la AFL-CIO— el año pasado que ninguna otra corporación en la historia.” La General Motors, la mayor constructora de automóviles del mundo, declara haber ganado 959.000.000 en el mismo período, y esta declaración la hace a los pocos días de haber anunciado que dejará inactivos a 37.000 empleados.

La automatización suscita diferentes problemas que afectan al tecnicismo, la especialización, el cese de aquel obrero cuyo trabajo elimina definitivamente la máquina y convierte su especialidad en algo inútil y sin valor. Estos problemas y otros harían demasiado extenso este trabajo, y es preferible dejar su estudio para otras ocasiones.

Y así cayó la República

POR J. GONZÁLEZ MALO

MIGUEL MAURA, a los 76 años, "en el ocaso de una vida larga y agitada" y después de tres lustros de absoluta inactividad política —según confiesa— ha dado a la estampa un libro: *Así cayó Alfonso XIII*. . . con objeto de "dejar sentada la auténtica verdad"; propósito que, como obsesionado, reitera a lo largo de las 346 páginas; aseveración que les será fácil refutar a muchos de los pocos supervivientes de los hechos que Maura refiere, no importa desde el ángulo que los enfoquen.

Así cayó Alfonso XIII. . . consta de dos partes: primera: "El Destronamiento"; segunda: "El Gobierno Provisional". Pues bien; ateniéndonos a lo que el propio Maura relata, esta segunda parte, como reverso de la primera, debiera titularse *Y así cayó la República*; porque el Gobierno Provisional, en el que Maura obtuvo plenos poderes como ministro de Gobernación (Orden Público), lejos de consolidar las bases populares de la naciente República, las destruyó. Da grima constatar cómo Maura y Alcalá Zamora impusieron en el seno del Comité Revolucionario y del Gobierno Provisional un criterio ultraconservador a fin de que no se produjera la menor alteración en la estructura de la derrumbada Monarquía.

Este libro de Maura, como tantos otros que tergiversan los hechos, sólo sirve para alimentar la socorrida leyenda de que el pueblo español es ingobernable. El libro en sí no es historia, ni siquiera reportaje; sino mero desahogo o informe personal para venir a decir que, a la sazón, en el campo monárquico y republicano nadie estuvo a la altura de las circunstancias, excepto Indalecio Prieto y, claro está, el propio señor Maura. Tan simple conclusión evidencia la superlativa egolatría del autor. Desde el punto de vista de la actualidad española, el libro es altamente derrotista, por su terco empeño en presentar a las masas obreras cual mostrenco social obtuso e incivilizado. Si con este libro pretendía el señor Maura pasar a la Historia, lo ha logrado, mas no en el lugar de honor que apetece; sino entre los máximos responsables de la entronización de la más repugnante dictadura que conoció España.

ANIMADVERSIÓN PATOLÓGICA

A lo largo de *Así cayó Alfonso XIII*. . . campea el espíritu absolutista del autor. Miguel Maura es un exaltado maurista. De aquel maurismo que pasó a la Historia con el estigma de la Semana Trágica y el fusilamiento de Francisco Ferrer. Su odio a la C.N.T. le ciega y le pierde, pues le impide calibrar y comprender lo que el anarquismo y la C.N.T. representan. Ni antes, oficiando de ministro de Orden Público, ni ahora, a los treinta años de su gestión ministerial, demuestra el menor asomo de cultura ideológica; por eso escribe, sin saber lo que dice: "Los anarcosindicalistas carecían de jefes conocidos, de cuadros de mando y de locales oficiales", y lo dice refiriéndose a los sucesos de mayo, en vísperas de celebrarse en el mismo Madrid el Congreso Nacional de la C.N.T., en el que se hallaban representados un millón de trabajadores; como si esto pudiera improvisarse de la noche a la ma-

ñana; como si las publicaciones confederales se escribieran en un idioma distinto; como si los sindicatos deliberaran en las catacumbas y como si sus militantes no fueran bien conocidos por las autoridades.

Hemos dicho que su odio a la C.N.T. le ciega y le pierde. Veamos cómo relata Maura el advenimiento de la República en Barcelona:

. . . "iba entronizando a los gobernadores a través del teléfono. Este funcionaba sin descanso. A veces con noticias alarmantes. Un ejemplo: Sale Barcelona al aparato. Pregunto por Emiliano Iglesias, el gran amigo de Lerroux, que, según los informes que habían llegado al Ministerio, era quien por sí y ante sí se había hecho cargo del Gobierno civil. Una voz aguardentosa me espetó:

"—No hay Emiliano que valga. A Emiliano le hemos arrastrado. Aquí es la F. A. I., que es la que manda. ¡Viva la anarquía!

"Rápido ordené que me pusieran con la Capitanía General de Barcelona. . . ; unos segundos después tenía al aparato al general López Ochoa.

"—Mi general, me dicen que los anarquistas han tomado el Gobierno civil. ¿Es cierta la noticia? —le pregunté.

"—No sé bien lo ocurrido. En estos momentos he enviado un ayudante a informarse. El teléfono del Gobierno civil no funciona. Pero recibiré sus órdenes con mucho gusto —me contestó.

"—Le ruego que vaya usted en persona, con la fuerza que considere necesaria, y tome posesión del mando, cueste lo que cueste, hasta que vaya Companys, que es quien ha de asumir el cargo. Haga cuanto sea preciso para que esta orden se cumpla y me llama en seguida por teléfono— le dije.

"Momentos después me llamaba, desde el Gobierno civil, Companys, que me contó lo ocurrido. Emiliano Iglesias, que había ocupado sin que nadie le autorizara para ello el Gobierno civil, había sido expulsado de él por elementos de la C.N.T. Al presentarse Companys le habían dado paso, sin la menor resistencia, los mismos cenetistas. Ni un herido, ni un tiro, ni una protesta".

Ignoraba y sigue ignorando el señor Maura que esos mismos hombres de la C.N.T. que en abril de 1931 proclamaban la República en Barcelona y entregaban el Gobierno civil a Companys, habían de volver a entregárselo en julio de 1936, después de dominar la insurrección militar y dejar las inmediaciones del Cuartel de Atarazanas ante el que cayeron para siempre abnegados cenetistas. . . Ignoraba y sigue ignorando todavía el señor Maura, después de tantos años y trágicas experiencias, que esos elementos de la C.N.T. al obrar así, en ambas y distintas ocasiones, procedían con entero conocimiento de causa e innata españolidad; pues cedían el Poder a Luis Companys porque le consideraban un político honesto y liberal y porque la C.N.T. en ningún momento hubo de apetecer el poder gubernamental.

Es del género tonto, a estas alturas, confundir a la C.N.T. y el anarquismo con el caos y la violencia sistematizada. Pero en el caso que nos ocupa, no se trata de alguien que tontamente adoba el tópico, puesto que —como hemos de ver— el propio señor Maura reconoce que el anarquismo es algo consustancial con la idiosincrasia española y, siendo así como lo es, la persecución y desprecio sistemáticos de la C.N.T. denotan un estado de resentimiento o animadversión.

PLENOS Y ABSOLUTOS PODERES

No vamos a hacer la defensa de la C.N.T.; para que fuera cumplida, habríamos de reconocer y condenar sus errores, de reproducir y comentar, extensamente, cuanto al respecto se dice y no sólo en el libro de Maura. No es que no apremie, a fuer de españoles, desfacer tanto entuerto; pero de momento y en aras de la

objetividad; limitémonos a remarcar la aversión maurista a cuanto tiene carácter popular.

Los sucesos de mayo en Madrid pusieron a prueba las convicciones democráticas y republicanas del flamante ministro. Como todo el mundo sabe, los sucesos de mayo los provocaron los monárquicos, que ya conspiraban impunemente, protegidos por el Director General de Seguridad, Carlos Blanco, militar y monárquico, "contertulio del conde de Romanones y amigo personal del general Berenguer" —según Maura—. Provocación que produjo el saludable efecto de una imponente y espontánea manifestación ante el Ministerio de la Gobernación, pidiendo que se castigara a los provocadores. Se manifestaban las mismas gentes que un mes antes habían proclamado la República; porque ésta se instauró —hay que repetirlo hasta la saciedad— merced a la iniciativa de las multitudes y no del Comité Revolucionario ni del Gobierno Provisional. Pues bien, a esas mismas multitudes quiso el señor Maura que la Guardia Civil las disolviera violentamente, a la fuerza. Se opusieron todos sus compañeros de Gobierno y Maura dimitió, y para que no dimitiera, aquellos hombres del campanudo Comité Revolucionario cometieron el imperdonable error de conceder a Maura lo que éste exigió: "Plenos y absolutos poderes para todo cuanto al orden público se refiriese, en tal forma, que con nadie habría de consultar, ni siquiera con el Presidente".

E investido de plenos y absolutos poderes, como jefe superior de todos los neófitos poncios de la naciente República, actuó el señor Maura y al relatarlo ahora, a los treinta años, dicta el veredicto de su personalísima responsabilidad, no sólo en la caída de la República, sino que en los prolegómenos de la Guerra Civil e inquisitorial dictadura que descabeza cuanto brote de santa rebeldía se produce; con la salvedad imposible de ignorar, que la Dictadura no siega las cabezas de cuantos, como Miguel Maura, coadyuvaron a su advenimiento; sino de aquellos militantes obreros y rebelde estudiantado, que también fueron objeto de la sañuda y preferencial persecución maurista.

Apremios de tiempo y espacio impídenos transcribir cómo narra el propio Maura los sucesos de Madrid, Pasajes, Sevilla, Málaga, Barcelona, Córdoba, etc., y cómo, en todo momento y lugar, fue duro, implacable con las "turbas" —calificativo maurista—, hasta sumar en su haber nada menos que 108 muertos y centenares de presos y heridos. En cambio, con los jerarcas de la Iglesia que abiertamente conspiraban contra la República, provocando la ira, la repulsa o la decepción popular, según los casos, el señor Maura fue todo lo cortésmente severo que se puede ser. Expulsó del país al obispo de Vitoria, monseñor Múgica, y al arzobispo de Toledo, cardenal Segura, pero con tal sigilo y delicadeza que no se enteraron ni sus propios compañeros de Gobierno; empero, el Nuncio de Su Santidad el Papa sí que se enteró; a éste le informó de todo desde el primer momento y le consultó hasta el último detalle.

FALSEDAD Y VEJAMEN

Este libro de Maura, hoy día en España, producirá los efectos disolventes de un corrosivo tóxico. No hay en él una sola página alentadora; ni siquiera unas palabras de justicia o conmiseración para ese esquilado pueblo que, purgando ajenos errores, sufre la cruel dictadura franquista. Al contrario, se pronuncian aseveraciones injustas y vejatorias, pletóricas de cobardía y falsedad. Juzgue el lector:

"... Como resumen de este aspecto de mi etapa ministerial que estoy reseñando muy someramente, he de manifestar que, a partir de mayo, o sea, al mes de entrar en posesión del cargo, yo dejé prácticamente de ser ministro de un Gobierno para ser *cabo de vara* o *loquero mayor* de un manicomio suelto y desbordado". Reprimida la sensación de asco que ha de experimentar todo buen español y demócrata que

vivió aquellos años, ¿no entraña tan falaz aserto la justificación del franquismo, la reiteración de que España es un país de locos, que necesita la camisa de fuerza de la Dictadura?

"Triunfó en la guerra civil el franquismo", dice Maura y prosigue: "La violencia de la represión al menor intento de revuelta, la *purga* cruel y severa del pasado, y la privación de todos los derechos civiles y sindicales que lleva en sí el régimen instaurado, han bastado para que, durante más de cuatro lustros, esas fuerzas obreras y quienes a ellas pertenecían adopten el camino del silencio, de la sumisión, de la obediencia y hasta de la colaboración con la autocracia. ¿Ni una sola voz se ha oído, en los veintitantos años transcurridos, que recuerde aquel tono revolucionario de los tiempos de la República!"

Evidentemente, no hay peor sordo que el que no quiere oír. El censo de presos y fusilados que suman decenas de millar y se viene acumulando desde el final de la guerra civil acá, no le dice nada al arrogante ministro de la traicionada República; ni siquiera siente la menor inquietud moral y temor al ridículo al considerar que con su inculpación a los demás de "obediencia, silencio y colaboración", él se condena a sí mismo. ¿Dónde está y en qué consiste la oposición del señor Maura a la autocracia? ¿No se ha plegado él y hace vida vegetativa, puramente animal, desde hace más de quince años de absoluta inactividad política? Empero, oigámosle en la única página del libro en que pretende formular consideraciones de teorizante:

"Reconozcamos que el caso da margen sobrado a la meditación. ¿Será verdad que el único camino para lograr la paz en España, entre los españoles, sea la fuerza bruta? ¿Será verdad que la única paz posible en nuestro país sea lo que hoy se llama 'Paz de Franco', y que no es otra que la 'Paz de los Sepulcros', en lo que yacen enterradas y ya putrefactas todas las libertades sin excepción alguna, desde hace más de veinte años? ... El tiempo dirá si la lección ha servido de escarmiento."

La lección de los hechos se encierra en el viejo adagio: quien siembra vientos recoge tempestades. Tras un período de crudelísima dictadura y las montañas de propaganda derrotista, a la que contribuyen los falsos demócratas como el señor Maura, la solución más fácil e inmediata que se le ofrece al pueblo es cambiar de amos, sustituir una dictadura por otra e ir a la revancha; aunque no sea más que para satisfacer ese humano y divino placer de la venganza. Sin embargo, hay otra lección que hubiera aprendido el señor Maura si en su sensibilidad hiciera mella el dolor de todo un pueblo, pues reconocería que debiera haberse hecho lo que no se hizo, es decir, que si al proclamarse la República, con la menor violencia posible, se hubieran trastrocado las estructuras del régimen monárquico, purgado la burocracia estatal, disuelto la Guardia Civil, podados los mandos del Ejército, verificada una verdadera Reforma Agraria, sometida la Iglesia a los intereses que representaba el nuevo Estado, etc., etc., la República se hubiera consolidado, y con el rango que la pertenece, España estaría incorporada al concierto de los países civilizados y ultimado, a estas fechas, su revolución industrial. Pero el señor Maura da la sensación de no sentir remordimiento alguno de conciencia y, ante la catástrofe, divaga, hace aspavientos, como se ve en los párrafos que copiamos:

"Por mi parte, pese a las afirmaciones que oigo y a las promesas que escucho, me permito ser escéptico. He llegado a la conclusión de que la rebeldía contra la ley, sea cual sea, forma parte de la composición química de la sangre del español, como el plasma, como los hematíes, como los leucocitos. Por eso el anarquismo será siempre indesarraigable en el campo político de nuestra patria por el camino de la libertad y del respeto a los derechos individuales y colectivos.

"Y siendo así, ¿cuándo llegaremos a ser de verdad un país constituido? Nuestro sino viene siendo el de ser una nación en permanente y agitado *período constituyente*. Desde 1923, en él estamos sumidos y nadie, por zahorí que sea, puede hoy

adivinar lo que falta para dar con el manantial que nos redima de la sed que padecemos."

VUELTA A FERRER GUARDIA Y GINER DE LOS RÍOS

Poco cala en la Historia el señor Maura, como si hasta 1923 España hubiese vivido en permanente normalidad constitucional...

Para concluir y con la máxima brevedad, remitámonos a dos figuras señeras de la España contemporánea y símbolos vivos de la España Nueva. Dos hombres y dos escuelas que, desde planos distintos aunque convergentes, influyeron como nadie en la forja de ese hombre nuevo capaz de encauzar a España por las sendas de la *Eficiencia* y la *Libertad*. Ellos son, don Francisco Ferrer y Guardia y don Francisco Giner de los Ríos. Ambos previeron la catástrofe y brindaron soluciones acordes con nuestra idiosincrasia, con ese "anarquismo indesarraigable". Uno y otro y sus respectivos y numerosos discípulos directos e indirectos, desde la Escuela de Pábulos y los Institutos de Enseñanza Superior, desde los Sindicatos Obreros y Ateneos Populares, desde las Casas del Pueblo y Casas Campesinas, etc., comenzaron a educar al español cívica y racionalmente, sustrayéndole de toda influencia dogmática, con doctrinas de tolerancia y convivencia pacífica que exaltando el sentido de dignidad humana tuvieron su época de máxima expresión en abril de 1931 y julio de 1936. Pues bien, a estos iluminados discípulos de aquellos egregios apóstoles los exterminó, a sangre y fuego, la Iglesia trabucaire y el Ejército pretoriano. Los dos pilares más sólidos en que se apoya la dictadura franquista; los dos estamentos más respetados por el maurismo, monárquico y republicano.

Empero, a pesar de la conjura de la reacción internacional y de la poda constante, inmisericorde, que de todo brote de rebeldía en el solar patrio hace la odiosa Dictadura, ni ésta ni aquélla han podido ni podrán exterminar por completo al pueblo español, y en tanto éste subsista y bajo no importa qué denominaciones, el auténtico español continuará siendo un adalid de la Libertad.

En torno al gregarismo

POR ADOLFO HERNÁNDEZ

"En el siglo XIX el problema era: Dios ha muerto; en el siglo XX el problema es: El hombre ha muerto. En el pasado, el peligro consistió en que los hombres pudiesen convertirse en esclavos. El peligro que encierra el futuro es que los hombres puedan transformarse en 'robots'..."

ERICH FROMM: *El Hombre Enajenado*.

I.—SÓLO HAY SALVACIÓN EN LA UNIDAD CREADORA

SIEMPRE CAUSA PESAR —no por inesperada— la vuelta a la normalidad, aun fingida, de los pueblos que han sufrido convulsiones internas en las que la injusticia ha coronado una etapa sangrienta. Cierta apatía y el cansancio natural a los cuerpos y grupos humanos tienden a este retorno al gregarismo tan tentador y tan temido para el progreso. Es entonces cuando surge el milagro del chispazo individualista. En el arte, el inconformismo pide nuevas formas de expresarse; en las ideas, el rayo solitario que estigmatiza e ilumina; en el ritmo constructivo, el halo innovador que moderniza las formas y estructuras de la arquitectura e ingeniería en el marco de un mundo aparentemente indiferente, o por mejor decir: estúpidamente indiferente.

En medio de esas brumas surge la llave del eterno milagro: la consecuencia frente a la general inconsecuencia. La lucha contra el gregarismo de los pueblos, es semilla de esperanza que marca el ritmo de la civilización. Causa espanto el pensar si el mundo no fuera así. Indudablemente la época de las cavernas hubiera sido eterna y nuestra formación craneana no se diferenciaría mucho de la del hombre de Cromagnon, puesto que las neuronas que pueblan nuestro cerebro no habrían tenido incentivo y por lo mismo uso.

En cada recodo de la vida lo que consideramos perfecto suele ser efímero por circunstancial. Lo llamado perfecto tiene embrión de desarrollo y no puede estancarse: ahí reside su grandeza. Nuestra marcha por los misterios de la vida nos depara, en cada caso, un futuro inquietante y seductor, en especial a los hombres que han hecho de la vida un reto constante al que hay que enfrentarse diariamente. Esto corresponde a la unidad selecta humana. Nada podría ser importante como unidad excepto en lo que ésta pueda tener de creadora, para ello sus luces están dirigidas a la comunidad; de otra guisa, sería estéril. Estaríamos en el reino del gregarismo, de la indiferencia.

En principio, el gregarismo podría definirse como una sensación de miedo. Miedo agudo a las extrañas fuerzas que se encadenaron para hacer surgir al hombre en la Tierra. Si nos atenemos a la fácil división humana que Ortega y Gasset hace en *La Rebelión de las Masas*, debemos convenir con él que el mundo está lleno de cabezas "poco claras"; al respecto Don José habla de las elucubraciones que se forjan en la mente del hombre común y, naturalmente, lo que surge en materia de ideas no es sino un cendal de niebla conformista porque lo poco que ha visto lo ha asustado: "...el individuo trata con ellas de interceptar su propia visión de lo real, de la vida misma. Porque la vida es por lo pronto un caos donde uno está perdido. El hombre lo sospecha; pero le aterra encontrarse cara a cara con esa terrible realidad y procura ocultarla con un telón fantasmagórico, donde todo está muy claro. Le trae sin cuidado que sus "ideas" no sean verdaderas; las emplea como trincheras para

defenderse de su vida, como aspavientos para ahuyentar la realidad..." Y entonces, siguiendo el razonamiento magistral de Ortega diremos que no es extraño el observar, a poca de calar la realidad ambiente, la serie de incongruencias que se operan en la vida real. Conviene excursionar un poco sobre el tema. Volvamos a la unidad creadora.

II.—ROGERIO BACON Y LA TESIS DE LA EVOLUCIÓN EMERGENTE

Hace algunos siglos, allá por el 1250, período en la niebla de los tiempos, Rogerio Bacon, sutil ingenio de la Edad Media, lanzó un dramático llamamiento liberal: "Cesad de ser gobernados por los dogmas y las autoridades. ¡Contemplad el mundo!" Al ahondar en torno de las fuentes regresivas de la Humanidad Bacon precisó en cuatro puntos sus apreciaciones: El respeto a la autoridad; las costumbres; el sentido gregario de las muchedumbres ignorantes y la vana y pretenciosa indocilidad de nuestras inclinaciones. Bacon pidió solamente una cosa para exterminar estos tumores: ¡Experimentad! ¡Experimentad!

Muchos han seguido, desde los remotos tiempos, el alerta del ya legendario sabio de Oxford llamado por Renan "el príncipe del pensamiento de la Edad Media" recordando sus valientes admoniciones a un mundo metafísico que no conocía el positivismo. Maurois en su magnífica *Historia de Inglaterra*, destacará lo medular del pensamiento baconiano, diciendo: "En lo concerniente al razonamiento no se puede distinguir el sofisma de la demostración, sino verificando la conclusión por la experiencia y por la práctica. Las más ciertas conclusiones del razonamiento dejan que desear si no se las verifica. Hay mil errores arraigados que provienen de la pura demostración de nuda demonstratio."

Causa pesar comprobar cómo tan brillante intelecto cayó en manos de la Iglesia para subsistir, empero sus singulares destellos no se apagaron. Bacon se hizo franciscano y en la paz del claustro compuso su *Opu Majus*, monumento enciclopédico de la época, lo cual no deja de ser consolador si se compara con el final misterioso de otro preclaro numen español, el aragonés Gracián, a quien la suspicacia jesuítica tomó en sus manos para confinarlo en la soledad de la celda, privado del ejercicio de su inteligencia, rebelde por naturaleza, precisamente por antigregario (dígalo si no *El Criticón*, obra cumbre en reflexión y agudeza).

En nuestros ajetreados días el gran escritor y pensador inglés H. G. Wells se cansó de pedir al mundo, hasta su muerte, que no se dejara ahorcar en la órbita despiadada y gregaria del dogma. El hombre no podía ser sujetado por el hombre. Teníamos que desmentir a Hobbes.

De ahí que el papado moderno, para su particular conveniencia, haya calado hondo y sagazmente en los problemas humanos de la época presente donde se está operando una transición de importancia incalculable y decisiva para los futuros derroteros de la especie: la supresión del estrecho nacionalismo y un nuevo concepto de las esferas de influencia. Lo que va de Hausshofer a los hombres que marcan el destino del "Mercomún" europeo. Tampoco creemos que falten muchas generaciones para la universalización del hombre. Por otra parte, el materialismo llegaba a su cenit encarnado por esta era del átomo. Todo ello estudiado acuciosamente por la Iglesia conducía a reflexiones de extrema gravedad para la fe cristiana, puesto que cuantos más prejuicios nacionalistas existan mayor será el entronizamiento religioso. Minimizar es gobernar para el Vaticano.

Entonces bajo el anterior pontificado se inició un plan de actividad audacísimo que culminó con el actual concilio ecuménico. Empezó con la proclamación del dogma de la ascensión de María en cuerpo y alma al cielo y siguió con la dramática visión de la danza del sol ante los atónitos y humildes ojos de Pío XII como prolegómeno de la sensacional aparición de Jesús al Sumo Pontífice (versión propaganda indiscretamente por la revista *Oggi*).

Para la Iglesia era necesario crear dogmas ante la duda que atenaceaba al mundo; hacía falta afianzar el gregarismo y si bien era imposible frenar la libre investigación, sí se podía condicionarla a nuevos cánones que afianzaran la intangibilidad jurídica del Vaticano. Se cierra el ciclo con la encíclica "Mater et Magistra" en la que el actual Juan XXIII se enfrenta hábilmente al problema social sugiriendo más igual-

dad entre empresario y obrero, haciendo partícipe al trabajador de beneficios y dignidades que apenas se intuían en la "Rerum Novarum". Notable jugada maquiavélica en este revolucionario momento por el que atraviesa la Humanidad. La credulidad engendra el servilismo. ¿Quién era el hombre para enfrentarse a la Divinidad?

La Iglesia retaba la libre experimentación y la duda creadora con el dogma. El resultado es desolador. Debemos confesar que el éxito, aunque relativo, es importante. El hombre, en fuertes segmentos civilizados, sigue en la obscuridad, lo cual no deja de ser irónico si tomamos en cuenta que estamos en el siglo de la luz.

¿Cómo destruir la marcha de estas fuerzas regresivas? Ayudando a la rebelión mental del hombre, el estudio de la biología moderna ha sentado nuevas tesis que, por otra parte, corroboran el método inductivo-deductivo de que nos hablara tan brillantemente Kropotkin; en efecto, el notable libro de H. S. Jennings *The Biological Basis of Human Nature* (Bases biológicas de la naturaleza humana) resume las tendencias que privan en los conceptos de la evolución y los resume en dos corrientes básicas: la *evolución mecánica*: en esencia, método de cálculo y predicción equivalente a que el Cosmos y sus factores fueran equivalencias matemáticas, y la *evolución emergente*, tesis de los "imprevistos", lo que vendría a ser lo que los fríos teoremas de la lógica no pueden captar.

"La doctrina de la evolución emergente —dice Jennings— no pone trabas a la experimentación. Tampoco se opone a reconocer que todo lo que sucede depende de las condiciones precedentes, siempre que el experimento confirme esta dependencia. Las cosas sufren cambios en sus propiedades y acciones cuando cambian sus combinaciones y relaciones. Siempre existe una causa experimental para todo cambio que se presenta. Esta doctrina no pone obstáculos al progreso continuo de la ciencia, ni a su formación... Más adelante el admirable biólogo remachará el pensamiento precedente indicando: "Reconoce que la tarea de la ciencia no tiene término; que debe continuar desarrollándose mientras el proceso de la evolución continúe..."

Es decir, debemos enfrentarnos al escenario del Universo no con fórmulas preestablecidas, sino dispuestos a un cambio de razones si la experimentación de nuevos procesos así lo establece. Somos escépticos. Lo que ayer parecía factible, hoy puede ser rebatible, pero, y esto es muy importante, sin dejar de reconocer la importancia que tuvo en la cadena ascendente de razones. "La evolución emergente" es la tesis del progresismo y está conquistando adeptos constantemente. En esencia sigue los conceptos de H. G. y Gipsy Wells, Huxley, Komarov y todos los biólogos modernos, corroborando la dinámica que agita todas las fases de nuestra vida, declarándose contra todo estancamiento aunque sea invocando sacrosantas razones para nosotros poco valederas si con ellas se nos quiere preservar del constante proceso experimental.

Si amamos al hombre nada puede quedar en utopía por temor al fracaso. El hombre "vivé" hoy, como vivirá mañana. ¿Podemos esperar...? El ciego será menos ciego si examina con las manos las aristas que lo rodean.

Rogerio Bacon surge de las lejanías del medievo para recordarnos su vigencia, eterno punto hacia el porvenir.

III.—UN ALERTA A LA "LOCURA MILAGRERA"

Entre las deducciones lógicas que nos deparan los conceptos expuestos anteriormente una de ellas será el advertir a los defensores de las grandes ideas que caracterizan pasado y presente que no pueden dormirse en sus laureles. Todo ideal es "activo". Por ello estimamos que la mayor esperanza de supervivencia de un concepto es que esté sometido a evolución constante. Sabido es que el agua estancada necesita el vivificante estímulo de las corrientes cantarinas, si no quiere convertirse en poza de muerte.

¿Por qué el gregarismo consume hasta los conceptos más nobles? Porque el mundo parece cansarse hasta de lo que parece perfecto. Mas, definamos cuidadosamente este punto. Si cumbres de la música como Beethoven y Bach, rapsodas como Virgilio y Petrarca, dramaturgos como Shakespeare y Calderón, plumas geniales como Cervantes, Dante o Goethe permanecen incólumes es debido a que la vigencia inmortal de los próceres consiste en que ellos "son puntos de partida"; puntos de recale en el navegar hacia el arcano. No son inmutables; irradian inconformismo y duda.

Y es que detrás de lo bello y de lo razonable, hay algo más bello y razonable. Con el avance la mente se expande y capta mayor número de facetas. Por lacerante que sea llegamos a un punto explosivo en este ensayo y que concierne a un tipo de gregarismo especialmente negativo.

Dramático y de lo cual no se han ocupado bastante los pensadores de la época: el factor corrosivo y decadente en las mentes librepensadoras. Expliquémonos: Hay un momento en que el cerebro deja de producir; ha cumplido su ciclo. Entonces es cuando surge el instante que Mella define magistralmente en estos párrafos: "Hay que prosternarse ante algo. Cae de rodillas el místico; rinde su vida el fanático y por inversión de términos el revolucionario divaga la locura milagrera de las maravillosas transformaciones..." En una especie de paráfrasis de los grandes entendimientos de edades pretéritas como Sócrates o Bacon y salvando las distancias con que la celeridad de la verdad puede hacerlo, es el propio Mella quien dirá: "No pongáis muros al pensamiento. El mismo pensamiento los derribará como a frágil fábrica de cascote. Abrid vuestro entendimiento a los más atrevidos análisis; rendíos a todas las verdades que vayan surgiendo; no os petrifiquéis en el quietismo de una concepción bella, por amplia y grande que os parezca".

Lo increíble, lo asombroso, lo que renueva, lo que turba la digestión plácida de los comodones en turno, es necesario. Se trata de un combate constante contra el gregarismo que jalona —por largos períodos— la crónica de los hombres. El sacudir el letargo es signo de vida. La Naturaleza nos marca la pauta al enseñarnos que, incluso lo que llamamos muerte, no es sino el principio de otras vidas. Y no hay cosa menos estable que la Naturaleza con su maravillosa y eterna mutación que presta colorido a la Tierra y trabajo a los geólogos. No debemos desesperar si los signos históricos no son propicios. Los años de satrapías e injusticias son segundos en el minuterio eterno.

Hagamos hincapié en la "locura milagrera". Estamos con Don Quijote, pero queremos saber si en el horizonte hay algo más que molinos. Urge una rebelión mental, incluso en las ideas que nos son más caras.

IV.—LA REBELIÓN MENTAL DEL HOMBRE MODERNO

El problema de la libertad en función de la era atómica y del poder actual del Estado se ha agudizado a extremos dramáticos. La vida privada del hombre está siendo intervenida en forma que supera lo imaginable. En efecto, se trata de un embate hacia los últimos bastiones espirituales que conforman la catadura humana y le dan un sentido de belleza, humor, arte y proyección ideológica. Dejando de ser sentimentales vamos cayendo cada vez más en el mundo ancho, complejo, deshumanizado de la automatización. Podríamos sintetizar lo expuesto con el cruel concepto de que estamos siendo clasificados y archivados. Y ello sucede precisamente cuando, tras grandes desdichas, el hombre avizora un destino más feliz, por lo menos en las áreas civilizadas del planeta.

Veamos. A través de millones de muertos y de muchos mártires de la ciencia, se ha creado una imagen brillante y prometedora del mundo futuro cuyos antecedentes en la época presente nos apasionan y sobrecogen. Se han abatido privilegios económicos y culturales; avanzamos —en general— hacia un socialismo de proyecciones modestas pero tangibles. Los valores culturales que por siglos fueron coto cerrado para las mayorías son patrimonio, en la actualidad, de grandes segmentos sociales por la enorme difusión de la letra impresa, las emisiones de radio-video y la grabación de la música. Cabe afirmar que un moderado deseo autodidáctico puede crear un hombre satisfactoriamente informado en la era presente, de las corrientes que privan en los distintos campos del interés humano. ¿A qué se debe, entonces, nuestro pesimismo...?

Podríamos dar contestación al punto indicando de una manera concreta que el poder del Estado ha crecido a tal grado que, en estos momentos, dos de sus grandes exponentes discuten en la ciudad de Ginebra si se prosigue la catastrófica carrera armamentista o se avanza en el terreno de una fiscalización de los medios de destrucción que, a buen seguro, son ahora más aterradores que nunca en virtud de la furia de la desintegración nuclear. El problema es, pues —sin lugar a dudas—, la permanencia del Estado como método para regir la colectividad humana.

Los grandes avances científicos, benéficos a la humanidad, han conferido privilegios indiscutibles al sistema estatal debido a la aplicación inmediata de muchos de sus logros creados inicialmente para preservar y asegurar la libertad individual haciéndola más rica en experiencia; por el contrario, han dado como resultado el servir a los fines de los gobiernos respectivos. Así, el psicoanálisis, maravilloso auxiliar para corregir problemas surgidos por un mal enfoque mental, se emplea, en sus distintas ramas, por el Estado para la coacción, díganlo si no los famosos "lavados cerebrales" o las campañas de ciertas corporaciones públicas que emplean la difamación o el terror contra las íntimas convicciones políticas de algunos de sus ciudadanos. Ejemplos: las "purgas" soviéticas, por un lado, y la campaña macartista por el otro, recuerdan por su aspecto de "cacería de brujas" a la falsa abjuración de Galileo o a Sócrates disertando sobre los problemas del hombre en los umbrales de su muerte forzada por las presiones políticas, o más recientemente, la angustia de Fermi por el artefacto nuclear al que contribuyó —a su pesar— a dar forma o el ostracismo de Oppenheimer en el campo de la física nuclear.

La educación en constante evolución por el ahondar en el fascinante campo de la pedagogía es neutralizada, en gran parte, por una sistemática campaña de proselitismo nacionalista y religioso en todos los países. Gregarismo grato al Estado.

El delicado asunto de la automatización —donde la electrónica juega papel tan importante— y que está destinada a dar mayor holgura al trabajador, se emplea —en muchas ocasiones— para minimizar la influencia sindical por un control más estricto de parte de los gobiernos de las naciones donde se está aplicando.

La difusión cultural queda mediatizada en la prensa, radio, televisión, cine y libros a una implacable ofensiva de captación por todas armas lícitas e ilícitas. Música adulterada, películas de sentido patriótico, exaltación de falsos valores para proteger la política en turno. Todo contribuye a una minimización total del hombre cuando, por contradicción, el progreso actual tiende a elevarlo.

Las estructuras políticas que rigen el mundo tienden, en esencia, a lograr un tipo de hombre de alto consumo material y bajo rendimiento mental. Un hombre moderno vacío o lo que es peor: un "robot" con vísceras auténticas.

En suma: el hombre de la era atómica llega a las profundidades microbianas, a las simas del mar y a la grandeza cósmica, pero tiene su mente encadenada a una estructura estatal omnipotente, la cual le impone normas que moldean su gusto, su carácter y que lo obligan, en definitiva, a uniformar su personalidad; un escritor norteamericano escribió hace unos años una novela titulada: *El Hombre de Gris*, el patético ser anónimo que puebla las grandes y pequeñas ciudades del mundo y pugna por librarse de los *slogans* políticos, comerciales y culturales en turno, preparados por los "trusts" financieros que aspiran a dominar mente y músculo y sueñan con un autómatas con arterias y corazón, pero sin alma.

Por todo lo expuesto las minorías empiezan a preguntarse si la necesidad de la rebelión mental contra el orden estatuido es inaplazable. Más claro: mientras subsista el incontestable poder político no podremos abatir el privilegio económico porque uno es hechura del otro. Y el socialismo, en su rama libertaria, que es el más avanzado programa de dignidad humana, no habrá podido completar su misión.

Es esencial hacer hincapié en la aportación del anarquismo a la solución de estos ingentes problemas humanos; es manifiesta, por cuanto sus más conspicuos pensadores convienen en observar el carácter esencialmente político del privilegio económico; en cierta ocasión la compañera Fabbri apuntaba las exigencias libertarias manifestando que ellas consistían en un retorno a la realidad concreta constituida por la persona individual y su esfera de acción: la colectividad local, en la que convergen todas las actividades geográficamente consideradas y una multiplicidad de organismos funcionales no necesariamente locales, basados en intereses materiales. Deberíamos añadir que los intereses deberían ser revolucionarios y renovadores y dentro de un cauce anarquista. No queremos nacionalizar; sino colectivizar. Fromm apuntaba irónicamente en su *Manifiesto Socialista* que el error fundamental del socialismo contemporáneo, en su aspecto económico, fue el nacionalizar los medios de producción dentro del sistema capitalista olvidándose de que: "...para el trabajador no hay diferencia esencial entre ser gobernado por una burocracia privada y ser gobernado por una burocracia de carácter público..." La mejor manera de corroborar este aser-

to nos la da la Inglaterra actual o el panorama de "la nueva clase" que pinta incisivamente Milovan Djilas en Yugoslavia y que le vale estar entrando en la cárcel a cada momento.

El valor del anarquismo y su digna secuela el anarcosindicalismo en estos días consiste en la vigencia insoslayable de lo que es más caro al hombre, tanto en el presente como en el porvenir; su libertad integral. De ella depende una colectividad feliz e inductora de grandeza. Se impone, pues, la rebelión mental en el hombre moderno. Forma decisiva de atacar el canceroso conformismo de las muchedumbres. Su indiferencia.

V.—CONSIDERACIONES FINALES EN TORNO A LA SOCIEDAD HUMANA Y SU MISIÓN

Todo es importante como conjunto y más que nada el conjunto humano que es la sociedad en la cual vivimos. Nada significa para la vida del hombre la caprichosa división política de la geografía que crea naciones. Pero sí significa mucho para la vida de este hombre el que encuentre su propio significado. Ha nacido en estado de reto; superó su primitiva condición animal, rebasó los estadios de la esclavitud y debe llegar a una valoración más amplia acerca de su permanencia en la Tierra para que su actuación sea trascendente. Aquí es donde entra la chispa que nos distingue. Mas no confundamos individualismos egoístas, hemos hablado al principio de unidades creadoras, nos estamos refiriendo al selecto ejemplar humano que lucha por redimir y que sólo conoce una meta: la superación del hombre dentro de su sociedad.

Queremos recurrir a un sabio varón, clásico. Cicerón habla no sólo a su hijo sino a todos los hombres en su tratado de "Los Oficios" cuando dice: "Aun aquellos que emplearon su vida y sus talentos en el conocimiento de las ciencias, tampoco perdieron de vista el aumento de las utilidades y conveniencias de los hombres. Porque enseñaron a otros para formarles mejores ciudadanos y más útiles al manejo de los negocios públicos..." (Sin duda se referiría el insigne romano al estoico Posidonio de quien tan cumplido elogio hace Ortega y Gasset en su "Prólogo para Franceses"). Humildad que habla de grandeza prolongada de generación en generación por un principio de suprema fraternidad humana y que nos salva del negativismo.

Concluye Cicerón afirmando: "Y al modo que las abejas se juntan en enjambres no con el fin de fabricar los panales, sino que siendo congregables por naturaleza, se emplean en aquella obra, así los hombres cuya sociedad es mucho más natural, consagran a ella toda la habilidad de sus pensamientos y acciones. De modo que si la virtud que tiene por objeto la unión y conservación de los hombres no influye en el conocimiento de las cosas, éste queda árido y sin provecho; y lo mismo la grandeza de ánimo, si no es su primer móvil la unión y sociedad humana, degenera en barbarie y ferocidad. De lo cual se concluye que la consociación y comunidad de los hombres lleva muchas ventajas a la ciencia y nociones especulativas..."

No podemos dudar de la vigencia —a través de los siglos— de los consejos del ilustre romano a su hijo Marco y un argumento decisivo a los individualistas a ultranza que ningún bien proporcionan a la sociedad en que viven. De donde se colige, es claro, que la unidad debe ser creadora para la comunidad y la forma más operante de luchar contra el servilismo.

De acuerdo con las fuerzas naturales que lo crearon, el hombre se enfrenta a un destino brillante siempre que su mente capte, irradie, reflexione, cree y, en definitiva, no se detenga jamás. Debemos superar el límite natural de cansancio; crear un puente de continuidad vital para nuestra existencia. Somos un todo de verdades relativas en busca de una verdad total, amparados bajo el signo de una preeminencia indiscutible ante las demás especies que pueblan el planeta. Seamos dignos de esa jerarquía. La leucemia de los pueblos, el gregarismo, debe extirparse en lo posible para bien del hombre y su sociedad. Y todos podemos contribuir un poco a lograrlo denunciándolo, aislándolo, atacándolo.

La pintura de Capdevila

POR JERÓNIMO GARCÍA

A PARTE DE LAS SENSACIONES IDEADAS, surgen en el arte inquietudes que contrastan con los cataclismos humanos en que frecuentemente nos hallamos. La obra de arte, como acertadamente dijo Berenson, hay que vivirla y darle vueltas en el paladar del espíritu. Siendo así, nos procura una manera elegante de tolerancia, de elevación moral y un respeto genérico que armoniza mejor nuestras interpretaciones. Pensamos en la pintura titánica, sin aislamientos, valiente por su profundidad, que absorbe la fuerza intrínseca del artista para allanar su espíritu atormentado y cuyo hondo contenido fustiga sin reparos al amaneramiento y al llamado "clasicismo" oropelesco. Esta es nuestra singladura de hoy, envuelta entre una gran corriente exenta de remolinos. Recordamos aquella frase renacentista sobre la pintura: "es una historia que abre las puertas a una filosofía impregnada de bellos sentimientos". Ciertamente, saber definir una pintura es como interpretar fielmente una de las ramas de la ciencia, si bien, en esta acometida histórica que todo lo transforma, nos enfrentamos con un fenómeno dislocante y contradictorio: la pintura buena, de sensación y potencia, de exquisita sensibilidad o de inspiración poética, tiene algo superior de lo que posee la rama científica, que solamente materializa la existencia en el grado comparativo de determinada comodidad. Cuando ello es así la ciencia se contradice: pero cuando se descubre su aparatosa existencia para la destrucción humana, entonces es infinitamente peor. Concentramos nuestra atención en esa pintura que serpentea con fluidez y energía las riquezas del espíritu y de la naturaleza.

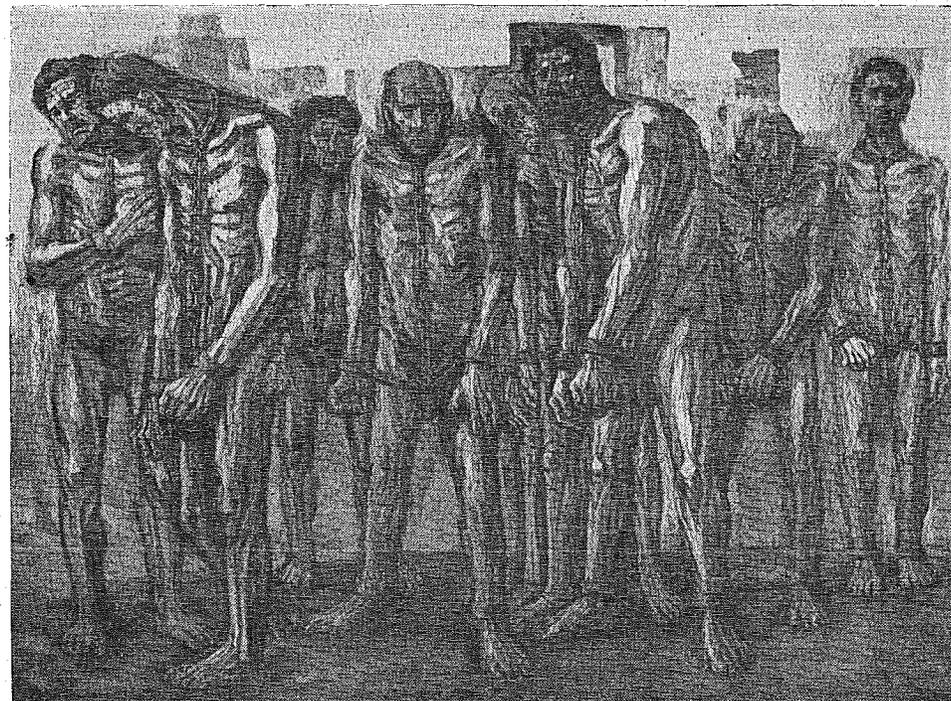
Enfrente de un abismo se halla la propia belleza. Al lado de una manida sensibilidad se encuentra el pintor que singulariza parte de lo que somos y de lo que la historia del arte nos aclara. El pincel que en un lienzo traza el surco inquieto de la colectividad humana, de sus diferencias, de las raíces genéricas del por qué somos de esta manera o simplemente nos facilita un pensamiento que nos indica cómo somos, es propio de un artista. La categoría y calidad son su complemento. En este caso, el despliegue es diáfano y sus manifestaciones deslumbrantes aparecen dentro de la mayor sencillez. En esta trayectoria, mi labor resulta más fácil. El mérito corresponde únicamente al pintor. Esta vez hablamos de FRANCISCO MORENO CAPEVILA.

Este estupendo pintor nació en Barcelona en 1926 y reside en México desde 1939. Muy joven se inició en estudios de pintura y dibujo en la Escuela Nocturna de Arte. Hijo de nuestro compañero Francisco Moreno Barrancos, penetró en la inquietud ideológica, pero su decisión se inclinó exclusivamente al dibujo y la pintura. Idealista y de concepciones revolucionarias con el pincel, no por ello ha dejado de pasar los escalones académicos que rigurosamente impone esta actividad para alcanzar el triunfo definitivo. Desde 1956 imparte clases de grabado en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la Universidad de México y es profesor titular de la



"La Víctima", de Moreno Capdevila

materia por oposición, y jefe de clases a partir de 1959. Durante doce años realizó como dibujante una amplia labor editorial en la Imprenta de la Universidad y en otras editoriales. Es miembro de la Sociedad Mexicana de Grabadores y pertenece al grupo de pintores "Nueva Presencia". Como grabador ha participado en numerosas exposiciones en México y en el extranjero y asimismo lo hizo como pintor a partir de 1960. Ha obtenido: Primer premio de grabado en las Exposiciones Nacionales de 1955 y 1959. Mención honorífica en grabado en la II Bienal Interamericana de México en 1960. Y últimamente, primer premio en la Exposición del Salón de Pintura de la Plástica Mexicana en 1962.



"Prisioneros", óleo de Moreno Capdevila.

Moreno Capdevila revela dedicación continua y apasionada en su carrera artística. Examinada su obra con minuciosa atención, se observan detalles de gran mérito que no podemos dejar en la obscuridad, donde la contemplación, es una parte que invade pasiones de valor óptico, y la sensación producto de la reflexión es otra, que abarca el contenido de su personalidad. Hoy avanzamos esta presentación. Más adelante, veremos mucho de este singular artista y la coyuntura nos permitirá volver sobre él con más tiempo y espacio.

Hace muy poco pudimos ver sus últimas creaciones. Lienzos donde el artista impone una reflexión continua. Manifestaciones duras que logran sensibilizarnos. Tiene, como el verdadero hombre de ideas, un objetivo humano que atrae al pensamiento libre revelándonos una condición: la manera personalísima de exponer las miserias humanas y de hacer que su pincel nos descubra la imagen del hombre, sus sombras y la potente realidad histórica, es una condición de privilegiados. Capdevila capta lo histórico y hasta lo mitológico, en su demarcación humana. Sorteada el con-

formismo, lo abandona, y ésta es una de las claves de su triunfo, para ofrecernos su auténtica inquietud revolucionaria. Pero, ¿es Moreno Capdevila un pintor revolucionario? No ofrece la menor duda. En su Exposición de mayo último en el Salón de la Plástica Mexicana, que se extendió al extranjero, exhibe cuadros como *Rebelión*, *Exodo*, *Desterrados*, *En el desierto*, *Resurgir*, *Caminando*, y sobre todo, *Prisioneros*, de atrayente intención y técnica sin desviaciones. En el cuadro ganador del premio de 1962, *La víctima*, revela una potencia y una técnica más depurada y definida. No existen dudas en su pintura; existe evolución, transmisión de conceptos, intento de acariciar una realidad potencial, porque su pincel combina lo titánico en plena armonía con un fondo humano. No hay tragedia exclusiva ni consciente, más bien existe un humanismo que escala. Sube sólidamente, pero sobre un estudio básico de penetración cada vez más perfecta.

Otra de sus cualidades: excelente dibujante, Capdevila sabe aplicar sus pinceladas en un claroscuro que nos recuerda en algo a la escuela flamenca, pero su intento es otro porque es creador. Sin advertirlo, lo dice en su pintura: ha sido un entusiasta admirador de Rembrandt. Pero no deja señales de convertirse en una determinada escuela. Observamos detenidamente, en su casa, un paisaje maravilloso que recuerda huellas zuloaguescas y de la escuela española; pero nuevamente nos hace pensar en un pintor que transforma ideas en el sentido más humano de la palabra.

¿Qué es Capdevila? ¿Qué es para la pintura? Esta segunda pregunta nos interesa más. Nuestro intento no oscila entre el reflejo anodino y vulgar por el simple hecho de escribir algo sobre unos méritos conquistados. Nos apartamos de la crítica profesional para volverla hacia la ideológica, ya que estamos ante un pintor de ideas cuyo matiz es expresión de la inquietud popular. Su tragedia puede ser lo que de niño apareció ante sus ojos en aquella guerra que nos impuso el fascismo. Puede también ser la dura prueba del exilio: los cambios de su infancia, el contraste de unas enseñanzas que, polarizándose constantemente, volvían a coincidir en la vida normal. Ya tranquilo, aquí en México acaricia el estudio de las bellas artes, imponiéndose en la acción autodidacta y más tarde en los círculos académicos, percibiendo un logro que nos deja ver en sus lienzos. Su pintura es violenta, pero no trágica, como a simple vista aparenta, porque su violencia discurre hacia metas valiosas. Podemos decir que su pintura es una historia de rasgos sensibles, con sus colores opacos mezclados repentinamente y en plena consonancia con otros claros rembrandistas, grises, rebeldes y siempre humanos. Capdevila es un estupendo pintor que no se estanca; estudia y penetra en el ámbito de los genios. Identificándonos con la crítica mexicana, podemos decir que asciende al pináculo del éxito con mucha potencia, pero con sencillez y naturalidad, virtudes que tanto le honran.

Observaciones sobre el desarrollo de la economía española

POR MANUEL DÍAZ-MARTA

SI GUARDANDO A CIERTA DISTANCIA al auge económico del occidente europeo, parece iniciarse un período interesante en el desarrollo de la economía española. Esto sucede después de un proceso en el que hay expansiones y depresiones económicas que merecen recordarse. En el primer cuarto de siglo comenzó en España una etapa de franco desarrollo, que no se interrumpió, antes bien se vio acrecentado, durante la primera Guerra Mundial; y tampoco se vio afectado sensiblemente por la crisis general de los años 30. Es de notar que España durante esa crisis, que significó trastornos y estancamiento económico en casi todos los países de Occidente, mantuvo el valor de su moneda y conservó o mejoró sus niveles de vida y ocupación; y todo esto a través de la agitación social y política producida por la adaptación a nuevas condiciones tecnológicas en sus zonas industriales y por el cambio de Monarquía a República.

Entre las causas de que no se produjera estancamiento o retroceso en esas ocasiones, podemos destacar el acierto de gobernantes y economistas para sortear las dificultades adoptando medidas favorables al desarrollo; pero, sobre todo, el crecimiento ininterrumpido en épocas tan críticas se debe, a mi juicio, a la enorme vitalidad del pueblo y a su capacidad de trabajo, que se manifestaban en todos los órdenes de actividad.

El estancamiento y el descenso fueron inevitables de 1936 a 1940 durante la guerra civil, siguieron durante la segunda Guerra Mundial y perduraron con el régimen de dictadura durante muchos años.

No es de extrañar tan larga detención en el proceso de desarrollo, ya que el llamado "Movimiento" se origina por la reacción a las fuerzas sociales y a la estructura que se producen a consecuencia del desarrollo mismo. El régimen no tuvo nunca una política económica digna de tal nombre. En sus principios pretendía la formación de un tipo humano, según el modelo falangista, que viviría en un éxtasis de "superación", sin conceder demasiada importancia a tareas secundarias de orden técnico o productivo. Por la década de 1950 a 1960 las preocupaciones cambian, trasladándose de las puras superaciones espirituales a las impuras realizaciones materiales. Se inicia esta etapa enfocando la atención sobre cierto tipo de inversiones gubernamentales, entre las que se cuentan grandes instalaciones industriales, obras hidráulicas y viviendas, que pasan a ser los temas preferidos para la propaganda.

Pero estos esfuerzos constructivos se acometen aisladamente, olvidando o descuidando otros que son indispensables para el desarrollo, así como el estudio de sus repercusiones en la economía general. La consecuencia es que no siempre han resultado tan eficaces como podría esperarse de su alto precio.

Por fin, en ciertos sectores de la economía, las cifras índices que habían bajado respecto a las de 1953, recobraron los valores antiguos y empiezan a superarlos. El aumento de bienestar en el mundo y especialmente en los países occidentales

de Europa se extiende también a España. Ante la nueva situación la acción del gobierno es retardataria, como lo ha sido en situaciones anteriores. Al principio mantuvo al país en aislamiento cultural y económico, a la defensiva de influencias externas, y después ha tenido que seguir las tendencias técnicas y económicas dominantes, pero lo ha hecho con manifiesta lentitud y en muchos casos con resistencia. A pesar del incipiente despegue en el campo económico, el retraso y la inadaptación continúan y en diferentes ocasiones el consejo y la presión de otros países han contribuido a poner en orden la economía. Así ocurrió con el plan de estabilización y con el proceso de liberación de la economía y así ha ocurrido más recientemente en la planeación general del desarrollo.

LA MISIÓN DEL BANCO MUNDIAL

El Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento, o Banco Mundial, a petición del gobierno, envió una misión a España para orientar y aconsejar en la planeación del desarrollo económico. Su informe ha sido editado en Baltimore (1963) por "The Johns Hopkins Press" con el título *The Economic Development of Spain* (El Desarrollo Económico de España).

La Misión del Banco Mundial es optimista respecto a las posibilidades de desarrollo de España. El informe se produce —dice el editor— "en un tiempo en que la economía española, tras de un período de aislamiento, se encamina hacia una mayor dependencia con el resto del mundo y más particularmente con la economía europea"; y a continuación señala: "La Misión está convencida de que España tiene los recursos físicos y humanos con los que mantener una alta tasa en el crecimiento económico. La mayor oportunidad para su desarrollo radica en el uso efectivo de esos recursos."

El informe abunda en datos y apreciaciones sobre demografía y economía "útiles para cuantos se interesan por España". Merece la pena examinar, aunque sea brevemente, algunos de ellos.

MOVIMIENTO DEMOGRÁFICO

La composición de la población española, clasificada por grupos de edades según se analiza en el informe, destaca ciertas particularidades que son consecuencia de la guerra civil y de la situación económica posterior.

Nacidos entre	Edad en 1950	Millones de personas
1945 - 1950	0 - 4	2.57
1940 - 1945	5 - 9	2.44
1935 - 1940	10 - 14	2.33
1930 - 1935	15 - 19	2.69
1925 - 1930	20 - 24	2.67
1920 - 1925	25 - 29	2.38
1915 - 1920	30 - 34	1.94
1910 - 1915	35 - 39	1.86
1905 - 1910	40 - 44	1.83
1895 - 1905	45 - 54	3.06
1885 - 1895	55 - 64	2.18
Antes de 1885	65 o más	2.02
Total:		27.97

El cuadro anterior muestra la distribución de la población por grupos que, según el censo de 1950, tenían la misma edad (contada en lustros y a partir de los 45 años en decenios).

Se observa en el cuadro anterior que los grupos de los nacidos entre 1925 y 1930 y entre 1930 y 1935, es decir, en los quinquenios anteriores al de la guerra civil, son más numerosos que los grupos nacidos en quinquenios más recientes, de 1935 a 1940 (quinquenio de la guerra), de 1940 a 1945 y de 1945 a 1950. Tal dislocación es contra la tendencia natural de que los grupos más jóvenes sean los más numerosos.

“Esto no sólo parece el resultado de un trastorno durante la guerra —dice el informe— que afectaría sólo al grupo nacido entre 1935 y 1940. Parece que también ha habido una reducción más permanente en la fertilidad de las mujeres en edad de tener hijos.” Tal reducción —apuntamos por nuestra cuenta— podría deberse en parte a la disminución del grupo humano en edades de tener descendencia por la mortandad de la guerra y el exilio de cientos de miles de habitantes, pero el hecho de que no haya sido compensada por un aumento de natalidad, como suele ocurrir después de guerras y catástrofes, parece explicarse por un descenso en las condiciones económicas.

LOS TRANSPORTES POR FERROCARRIL Y CARRETERA

Según la Memoria del Banco Mundial, en materia de transportes “la política reguladora del gobierno todavía se basa oficialmente en considerar a los ferrocarriles como el principal medio de transporte”. “Todavía las leyes reguladoras del transporte por carretera de 1947 a 1949 estimulaban el desarrollo de los ferrocarriles y restringían el transporte carretero, limitando la utilización de autobuses y camiones y relegando el transporte por carretera al papel de un auxiliar de los ferrocarriles.” El Banco aconseja a este respecto que la actitud del gobierno sobre los transportes sea más flexible.

No obstante la preferencia oficial, la red ferroviaria ha llegado a una situación que exige remedios urgentes. Las vías de la R.E.N.F.E. están en malas condiciones, lo cual obliga a reducir velocidades y perder tiempo, y además limita el empleo de locomotoras de tipo más pesado. Por otra parte, el mal estado de las vías es causa de descarrilamiento y del desgaste prematuro del equipo móvil, lo que exige costosas reparaciones.

El informe señala que hay varias líneas ferroviarias con tráfico muy escaso, cuya explotación resulta antieconómica, por lo cual deberá estudiarse si es conveniente o no mantenerlas en servicio. Pero, sobre todo, destaca que todavía se dedican cuantiosos recursos a la construcción de nuevas líneas cuya necesidad no parece demostrada y que seguramente producirán pérdidas en el caso de que lleguen a funcionar algún día. El presupuesto de 1960 autoriza la cifra de 750 millones de pesetas para las nuevas líneas que construye el Ministerio de Obras Públicas; y la RENFE, según su estimación de 1958, considera que todavía se necesitarán 7,500 millones de pesetas para terminar las líneas en construcción.

La Misión del Banco recomienda suspender la construcción de todas las líneas nuevas hasta que el estudio propuesto por el Dr. Armand (sobre las vías que deben cerrarse al tráfico) determine si alguna de las líneas ahora en construcción pueden continuarse sobre bases económicas. La Misión aconseja que las sumas que se vienen empleando en nuevas construcciones se dediquen al reacondicionamiento de las vías existentes, así como la utilización de algunos tramos de los terraplenes ferroviarios para la ampliación de la red carretera.

Es de notar que la continuación o suspensión de los trabajos en las “nuevas líneas ferroviarias” ya es un problema viejo. Esas líneas nuevas son las mismas —salvo alguna que se ha terminado— que las que ya constituían una preocupación

hace más de treinta años. Prieto estuvo seriamente inclinado a suspenderlas cuando fue ministro de Obras Públicas, pero cedió ante la fuerza de intereses y opiniones que aconsejaban su continuación. Después de tanto tiempo como ha pasado, durante el cual se ha hecho más difícil la situación de los ferrocarriles y en el cual, también, ha habido crisis y paralizaciones que hubieran permitido la aplicación de cualquier clase de medidas, el problema se encuentra en el mismo estado que en 1931. Solamente la fuerza de la rutina y la insensibilidad en materias económicas pueden haber prolongado por tantos años la indecisión en asunto de tal importancia.

La atención a las carreteras también siguió normas rutinarias por mucho tiempo. Los desperfectos y el estado de desgaste causados por la guerra tardaron en repararse. Su conservación ha sido deficiente en todo tiempo y lo es todavía.

Es incomprensible que los programas de construcción o reconstrucción de carreteras no se incluyeran entre los planes de obras e industrias de los cuales se hizo tanta propaganda. Su adaptación al moderno tráfico empezó a considerarse hace unos tres años, cuando el estado de retraso de las carreteras españolas respecto a las de otros países ocasionaba un descrédito para el gobierno. Este, por boca del Sr. Vigón, ministro de Obras Públicas, no tuvo empacho en atribuir semejante situación al desconocimiento de la moderna técnica de construcción de carreteras entre los ingenieros españoles, a una organización anticuada y al aumento “sorprendente” del número, peso y tamaño de los vehículos que transitan por carretera; pero no se refirió, como es natural, a la imprevisión del gobierno y al olvido en que tuvo a todo lo relacionado con las carreteras.

La Misión del Banco Mundial señala algunas de las deficiencias más notables. “Muchas de las carreteras —afirma— fueron construidas siguiendo las normas que regían alrededor de 1920. Aún en las carreteras que se han construido entre 1940 y 1950, sólo hay algunos tramos construidos con más altas exigencias y éstos lo han sido en los años recientes.” El tráfico se ha acumulado en las rutas principales, pero los gastos de mantenimiento no han aumentado desde 1949, y así se da la paradoja de que las carreteras que deberían estar mejor, por tener mayor volumen de tráfico, son las que están en peores condiciones. La Misión acaba aconsejando una política eminentemente práctica para la corrección inmediata de los defectos de la red y la dedicación de mayores sumas al mantenimiento y mejoramiento de las carreteras.

PLANES REGIONALES BASADOS EN LAS OBRAS DE RIEGO

Es significativo que la Misión del Banco Mundial haya advertido las consideraciones “no económicas” que han decidido la ejecución de algunas obras de riego y de las instalaciones complementarias del modo espectacular que se están llevando a cabo. “No cabe duda —dice el informe— que los cultivadores que tienen agua para sus tierras a un precio menor que el costo o aquellos que se establecen como colonos han recibido beneficios considerables. Pero el desembolso de capital es muy alto y el número de personas beneficiadas limitado.” “Puesto que hay planes para una larga serie de proyectos de esta clase, creemos que deben revisarse a la luz de los objetivos generales del programa del desarrollo económico.” La Misión recomienda que los proyectos comarcales (del tipo del Plan Badajoz y del Plan Jaén) sean examinados de nuevo al formular un programa de largo plazo y reconsiderar los planes de riego.

Sobre esta clase de planeación la República siguió una política que nos parece más acertada. En lugar de destacar uno o varios proyectos para volcar sobre ellos la atención y la propaganda, encomendó al eximio ingeniero don Manuel Lorenzo Pardo —organizador de la Confederación Hidrográfica del Ebro— el estudio general de las obras para aprovechamiento de los recursos hidráulicos. La Comisión

por él presidida empezó sus trabajos durante el primer gobierno de la República y concluyó un Plan General de Obras Hidráulicas en el que por primera vez —en España al menos— se estudiaban estas obras desde el punto de vista de la economía general.

El Informe del Banco señala que en el establecimiento de nuevos regadíos, los trabajos del Instituto Nacional de Colonización duplican en muchos casos los de la Dirección General de Obras Hidráulicas y son muy costosos. Recomienda que “las instalaciones que facilita inicialmente (casas de labranza, construcciones agrícolas, edificios públicos...) se proyecten en escala modesta y se amplíen más tarde —en caso necesario— con el esfuerzo de los mismos habitantes”. En diversas ocasiones hemos manifestado parecida opinión sobre estas obras. El dispendio es excesivo. Aunque sirve a los fines de la propaganda política, no siempre está bien orientado. Es muy discutible, por ejemplo, que la construcción de pueblos enteros a cortas distancias sea lo más conveniente. En esta época de transportes automóviles fáciles y de trabajo de la tierra con maquinaria, las zonas de riego que se desarrollan más libremente tienden a condensar la población en centros mayores (aunque resulten más alejados) que pueden ofrecer mejores condiciones para la educación, la sanidad y la vida social, y donde pueden también encontrarse las facilidades mercantiles y los servicios mecánicos y de técnica agrícola necesarios para las explotaciones modernas.

Hay otros aspectos del desarrollo económico considerados en la Memoria del Banco que merecen ser examinados y que queremos exponer en otra ocasión. En general, la lectura del Informe refuerza nuestra opinión, expuesta en el ensayo “La laboriosidad de los españoles en la lucha por su elevación económica y cultural” (*Las Españas*, 1952), de que los postulados antidemocráticos del régimen y su concepción obsoleta de la estructura de gobierno como sistema policial y de dominio son los más fuertes obstáculos para el desarrollo.

Tales obstáculos no pueden ser permanentes. La participación de los españoles, sin las exclusiones actuales, en las decisiones políticas y económicas ha de imponerse hasta desembocar en un sistema de opinión y representativo más favorable al desarrollo. En tal caso, la corriente de progreso tan manifiesta alrededor de los años 30, interrumpida por la guerra y la dictadura, encontraría de nuevo condiciones propicias, y el estancamiento económico y social no sería más que un bache —un largo bache, por cierto— a consecuencia de la guerra civil.

Ya sabemos qué es el “Opus Dei”. Sepamos qué es el “opusdeísmo”

Por M. GONZÁLEZ

ES NOTABLE LA CAPACIDAD HUMANA —sobre toda la facultad consciente o subconsciente de ciertos intelectuales mínimos aspirantes a la intelectualidad máxima— para envolver en suaves y bellas nubes de pura apariencia las sucias y duras fisionomías de ciertas naturalezas reales. Una gran parte de la causa por la que los valores humanos están en crisis y por la que el hombre como unidad político-social camina, errático, en busca difícil de sendas por las que ir al encuentro de sus realidades, se debe a la subestimación que hace de esa capacidad evidenciada por ciertos intelectuales para la desvirtualización, la intriga y la desorientación. Los totalitarismos —tanto los de signo fascista como los de inspiración maximalista— han creado cuidadosa y esmeradamente este tipo de instrumento; los han establecido, como si fueran estaciones espaciales desde las que ir ascendiendo a la conquista de otros mundos, en el espacio donde se mueven las inquietudes humanas: son como sutiles telas de araña —radares psicológicos— colgadas en el espacio transitado por el sentimiento y la inteligencia del hombre común para que en su viscosa malla de brillos aterciopelados queden aprehendidas las almas y las mentes que, en vuelo de querer y de saber, se aventuran en la exploración generosa y sencilla de los problemas humanos.

El totalitarismo —después de haberse ~~determinado~~ determinado el cráneo en muchos ataques frontales— ha llegado a comprender la utilidad estratégica de la media vuelta de los movimientos envolventes y de los supuestos psicológicos; pero, sobre todo, ha comprendido el valor de la acción desarrollada en el terreno preciso que pisa el adversario: prepara de tal forma a sus elementos de penetración silenciosa que éstos, en el momento de entrar en la ciudadela a conquistar, no corren ni siquiera el riesgo de suscitar el alertador recuerdo del famoso caballo de Troya.

Allá entre los años treinta y nueve y cuarenta —recién terminada la guerra civil— la entonces torpe concepción franquista de la propaganda —precisamente cuando escaseaban el carbón y el pan— abusó de consignas como ésta: “Ni un hogar sin lumbré, ni una mesa sin pan.” En la capital de una provincia castellana logró situarse un ex comisario político del aplastado ejército republicano; fue tanta su audacia, tan templado su valor y tan hábil su acción que, infiltrado en la Secretaría Provincial de la Falange, hizo que cuando más prolongada y acuciante era la carencia de combustible y de trigo, más frecuente e insistentemente se repitiera por radio la escarnecedora consigna de “ni un hogar sin lumbré, ni una mesa sin pan”. Aquel ex comisario de la República, sin duda alguna, había aprendido en determinada escuela privada una excelente lección científica sobre la descomposición psicológica del adversario.

Más tarde, tuve la suerte de conocer en Barcelona a un tipo maravilloso y ejemplar con el que —pese a que no comulgábamos en la misma parroquia— me unió una sincera y fraternal amistad que, no obstante el tiempo transcurrido en

ausencia, vive aún en mí como entrañable recuerdo. Entre quienes constituíamos su grupo de amigos íntimos no engañaba a nadie: la naturaleza de su dialéctica nos era conocida y su proceso se desarrollaba a lo largo de líneas rectas, trazadas sobre planos tersos; pero entre quienes la sinceridad —el ataque frontal y leal— constituía un riesgo que no se debía correr, su capacidad para la insinuación, el desliz y la siembra de inquietudes puestas a germinar entre los surcos del cerebro humano era pasmosa —meteórica—, como el brillo del relámpago que, después de dibujarse en el espacio como la huella de un trallazo fugaz y seco, se mantiene en nuestros sentidos fijado por adherentes fosfóreos. Recuerdo de él hazañas como las siguientes.

Un día, publicaron los diarios una fotografía de los gobernantes aliados reunidos a la sazón en Yalta; en ella, por supuesto, aparecía Stalin. Alguien, refiriéndose críticamente a su atuendo —gorra de plato, grandes bigotes y guerrera de cuello estrecho y cerrado— comentó: "Parece un cochero". El rectificó: "No sea usted anticuado, amigo; ahora no se dice cochero, se dice conductor."

En otra ocasión, ante un auditorio un tanto extraño en el que figuraban individuos identificados ideológicamente con el régimen, después de hacer hábilmente el panegírico de notables hombres republicanos —de ejemplarizar en este el prototipo del padre cariñoso y del esposo fiel, de poner a aquel como muestra del producto de la mejor escuela de moralidad administrativa, de resaltar a aquel otro como símbolo del genio del hombre español para el cultivo del arte o de la literatura y de exhibir a otros más como pruebas de la capacidad de la raza para la cultura, la ciencia y la técnica—, *resumió*: "Ya ven ustedes: no ha sido necesario nada más que el destino los situara en la realidad de la guerra —crisol en el que España, gracias a Dios y al Caudillo, ha separado el oro puro de los metales viles y groseros— para que esas lumbreras de la moral, de las bellas artes, de las nobles letras, de la leal Historia, de la superación científica y del progreso técnico se hayan convertido, de la noche a la mañana, en criminales feroces y en rateros vulgares y hayan ido a pagar sus aberraciones a una inmunda cárcel o a purgar sus pecados —como el judío errante— por los caminos del mundo... Que se los lleve el diablo."

Pero su obra maestra, en la hora cenital de su capacidad como inquietador de conciencias y *dictador* de voluntades, la realizó en unos minutos sobre el tablado que se levantaba en la famosa taberna barcelonesa "Casa del Peret", situada en la calle Robadors del barrio chino, para que sobre él aficionados y profesionales, al tiempo que se emborrachaban, hicieran gala de sus dotes como declamadores, histriones, prestidigitadores, cómicos, etcétera. Subió una noche mi amigo a aquel tablado y, pidiendo perdón del hecho de que por culpa del alcohol, que en vez de elevar su alma "por las etéreas espirales de la alegría" la hacía descender "por el tobogán de las inclinaciones místicas", iba a aguar la fiesta a la concurrencia, deslizó el paquete de un pequeño discurso previo con el que presentó ante el respetable a cierto señor de la época "en la que el sentido de la vida de los españoles era totalmente cristiano y ecuménico": aquel señor era don Pedro Calderón de la Barca y de Henao, "ilustre sacerdote castellano del siglo xvii que, entre otras capellanías, honró la honorífica del Rey de España Felipe IV y se honró con la mayor y muy pía de la Congregación de Presbíteros de Madrid"... Naturalmente, él iba a recitar algo de lo que aquel sabio y santo varón escribió en verso; pero no de sus dramas —"que el diablo se le atravesó a Calderón de la Barca en Zalamea, bajo el seudónimo de Pedro Crespo"—, sino de sus obras más cristianas y edificantes: los autos sacramentales. Después de recitar ante el auditorio pasajes breves de *El sacro Parnaso*, se exaltó "místicamente" en los versos de *La vida es sueño*, precisamente en la recitación del canto de Segismundo a la libertad. Alguien —no muy contento con los efectos que mi amigo había logrado producir entre la concurrencia— le dijo que aquello no correspondía al auto *La vida es sueño*, sino al drama

calderoniano del mismo título. El respondió: "Y qué, ¿acaso quiere insinuar que don Pedro Calderón de la Barca fue rojo?... Haga usted la denuncia correspondiente; si se atreve, claro."

*

En los últimos años y, sobre todo, en los últimos meses, se está hablando y escribiendo mucho del "Opus Dei". El tópico preferido por muchos ensayistas de la hora actual —con el que, al parecer, pretenden situarse ante la actualidad de España— algunos jóvenes intelectuales venidos hasta nosotros desde ella— es el "Opus Dei". A pesar de que el hecho se está produciendo para muchas gentes imperceptiblemente, notamos que su influencia está produciendo, sobre todo en la mentalidad política de los hombres del exilio, un desplazamiento de la atención y del juicio desde el franquismo —como hecho real y como presencia actual de un problema vital— hacia el opusdeísmo —en tanto que prepotencia y, por lo tanto, problema de mañana—; de tal forma, que nos parece como si se quisiera presentar ante nosotros al "Opus Dei" como si, en realidad, fuera un movimiento confesional que aspirase a la recristianización de la sociedad española, desligado del franquismo y, en cierto modo, pretendiente de su substitución: como si se quisiera —pretensión que no generalizo en las intenciones de todos cuantos ensayistas le han prestado atención al tema— hacernos creer que el "Opus Dei" se estuviese conformando como estructura fundamental de un movimiento cristiano más o menos liberal y más o menos capaz de ser pieza en la maquinaria política y social de una posible y futura democracia española.

Este confuso complejo sobre la naturaleza del "Opus Dei" está siendo propagado en las mentes cansadas o desorientadas de muchas personas que, tanto fuera como dentro de España, militan práctica o espiritualmente en las organizaciones democráticas. Está siendo propagado así incluso por intelectuales que, por inclinación sincera o por oportunismo, pretenden labrarse un prestigio político en esas mismas organizaciones. Su influencia, al desvirtuar la genuina naturaleza del "Opus Dei" —ya sea porque no son capaces de expresar con claridad sus juicios o ya porque son capaces para desarrollar una acción confusionista—, puede conducir a los hombres y a las organizaciones que se oponen al franquismo a la adopción de posturas equivocadas ante el "Opus Dei"; a la adopción de actitudes que no respondan a la necesidad que el movimiento democrático español y la oposición nacional antifranquista tienen de oponerse al régimen —lo mismo en el aspecto táctico que en el dialéctico— sobre una línea trazada por las realidades objetivas sobre un plano estratégico bien trazado y, por lo tanto, de uso eficiente.

Yo tengo que confesar —a pique de exponerme a ser considerado como individuo asaz susceptible y quisquilloso— que al leer algunos de los artículos y ensayos sobre el "Opus Dei" —acordándome de mi amigo barcelonés, un intelectual de "manga ancha", como le llamó en cierta ocasión un falangista que no quiso o no se atrevió a llamarle por su nombre—, he tratado de descubrir entre sus líneas los rastros del plumero opusdeísta.

De cualquier forma, la verdad es ésta: el "Opus Dei" no tendría hoy la importancia que tiene —de la misma forma que la Falange no la hubiera tenido en la época constitucional de la dictadura fascista de Franco— si el dictador, situado por las circunstancias ante la necesidad de efectuar el relevo de sus gastadas y desprestigiadas fuerzas de sobrevivencia, no hubiera echado la mano sobre él. El "Opus Dei" es hoy —como la Falange fue hasta ayer— el equipo que la Dictadura está poniendo progresivamente en juego para seguir manteniendo al hombre español al margen de la libertad y para continuar substrayéndole a la sociedad española el derecho de elegir y de poner en práctica sus normas de vida. El "Opus Dei" —contra el sentido cristiano que pudiera hacer respetable su presencia y sus

aspiraciones— no representa a los católicos españoles a los que la encíclica “Mater et Magistra” ha colocado en la oposición social antifranquista; no responde —ni con su espíritu ni con su acción— al imperativo eclesiástico de crear para la sociedad española —desmoralizada después de veinticinco años de dictadura— las condiciones de una existencia inspirada por las supuestas virtudes cristianas que exalta la Iglesia católica —virtud ésta que exaltan vigorosamente los panegiristas capciosos del “Opus Dei” como inspiradora de su vida y de sus intenciones, oponiéndole apenas la débil contrapartida de que hay que tener un poco de cuidado con los opusdeístas, no nos vayan a resultar unos ambiciosos—, sino al propósito determinado y al proyecto práctico de reconstruir —reafirmandolas y fortaleciéndolas— las estructuras de un sistema político, social y económico que, con Franco o sin Franco, es la muralla infranqueable que los españoles encuentran en su marcha afanosa y esperanzadora hacia la democracia. Lo demás que se diga o se escriba sobre el “Opus Dei” equivale a utilizar a Calderón de la Barca como pretexto y escudo para efectuar un mitin, buscando en tal caso —por supuesto— el logro de efectos diametralmente opuestos a los que perseguía la intención de mi amigo barcelonés, aquel intelectual de “manga ancha”.

*

Fue Luis Jiménez de Asúa —intelectual puro y socialista íntegro— quien, dirigiéndose a sus correligionarios en el Centro Republicano Español de México la noche del 10 de enero de 1959, dijo estas palabras que, siendo buenas para los socialistas españoles, lo son también para los demás demócratas auténticos:

“Algunos han pensado que podría nuestro Partido Obrero abrirse a otras clases. Digámoslo así, para emplear un vocablo en que rápidamente nos entendamos todos. He aquí un tema que me ha preocupado siempre de un modo principal... No es únicamente algún joven de méritos extraordinarios que ha cruzado sus cartas con Indalecio Prieto (se refería, seguramente, a Miguel Sánchez-Mazas), sino otros muchos que han venido a la República Argentina, perteneciente alguno incluso a la carrera diplomática, a decirnos que nuestro Partido era muy cerrado, y que era preciso abrir sus puertas. Yo siempre he pensado que por una puerta que se abre lo mismo se entra que se sale. Y el enorme peligro es que lo que venga no compense lo que se va. ¿Por qué vamos a hacer de nuestro Partido un partido pequeño-burgués? ¿Por qué vamos a llenarnos de funcionarios y de clase media con el enorme peligro de que nuestros trabajadores escapen a otras agrupaciones políticas que, como la sirena de Ulises, les canta para esclavizarles?...” (Tomado de la versión publicada por *Adelante*, número 267.)

Si esta llamada de atención a los socialistas españoles, cuyo eco estoy pretendiendo que rebote sobre la conciencia de los demás demócratas de nuestro país, hubiera sido hecha por un hombre de origen proletario, quizás existirían razones para sospechar que su espíritu estaba inspirado por un complejo de inferioridad o de resentimiento; pero habiendo sido lanzada por un intelectual, por un universitario tan integral —constituido verticalmente, desde la raíz hasta la fronda— como Jiménez de Asúa, la razón para la sospecha y el entredicho no existe y el significado de sus palabras debe representar para nosotros un consejo de inestimable valor.

Frente al franquismo y las fuerzas en las que la Dictadura se apoya no debemos situarnos con la flexibilidadseudoliberal que parece habernos comunicado lo circunstancial de nuestro modo de vivir actual, sino con el celo revolucionario que tiene la fuente de sus lealtades en la condición humana y social que nos llevó en el pasado a ser la fuerza dinámica de la democracia y que nos debe proyectar en el futuro hacia la reanudación de las luchas de la clase obrera por sus dere-

chos y sus reivindicaciones. Nuestras organizaciones deben cerrar sus fisuras a los afilados y sutiles aires de la penetración de ese sospechoso conformismo burgués que caracteriza a ciertos juicios sobre las fuerzas del franquismo y, muy particularmente, del “Opus Dei”.

Si nos tenemos que defender de la desvirtualización de nuestras esencias, si tenemos que impedir que lo que hoy es nuestra desorientación se convierta en nuestra desmoralización, hagámoslo teniendo a los elementos de perturbación fuera de nuestras estructuras, lejos de nosotros, a una distancia desde la que podamos observar sus movimientos. Ante el franquismo, el carácter democrático de nuestras aspiraciones no nos obliga a enfundar nuestras manos en guantes blancos. Ningún demócrata, sobre todo si milita en una organización de inconfundibles orígenes políticos y sociales, puede adoptar posturas “objetivas e imparciales”, sino actitudes críticas y combatientes.

El “Opus Dei” es el franquismo en una nueva etapa, en una etapa que exige a la oposición democrática un redoblamiento de sus esfuerzos tácticos e ideológicos.

El “suicidio” de Manuel Moreno Barranco

El mundo llamado civilizado se pregunta si en España continúa la guerra civil, pues no acierta a explicarse la repetición constante de tan feroces represalias gubernamentales, a pesar de las repetidas promesas de rectificación. En la España de hoy sigue imperando el desprecio a los más elementales derechos, la explotación más inicua y la práctica cotidiana del crimen como arma política.

Después del fusilamiento de Grimau, y con objeto de apaciguar la protesta internacional, se promulgó un decreto en virtud del cual no serán juzgados por tribunales militares los delitos de carácter político. Pronto los hechos han venido a demostrar

que el decreto no tiene más valor que la nueva legislación laboral reconociendo el derecho (?) de los trabajadores a la huelga, o las disposiciones suprimiendo la censura. Todo en el régimen franquista es pura farsa. Ahora, el “suicidio” de los detenidos políticos y la aplicación de la ley de fuga —tradicional en España cuando la reacción domina al país— hace innecesarios los tribunales militares y los juicios sumarísimos. El reciente crimen cometido en la persona del joven escritor y poeta Manuel Moreno Barranco, es una prueba más —la más reciente, pero que seguramente no será la última— del auténtico sentir y de los verdaderos propósitos de los fascistas españoles.

Latinoamérica y el falso subdesarrollo

POR PEDRO BARGALLÓ

DE UNOS AÑOS A ESTA PARTE, estamos observando cómo se produce en América un fenómeno: la proliferación de organismos dedicados a planificar y poner en práctica el *desarrollo de la colectividad*. Es paradójico que se monten grandes organismos dedicados a propiciar el desarrollo de algo que siempre ha evolucionado normalmente y que en cada conglomerado social ha seguido inalterablemente el ritmo impuesto por la naturaleza y el progreso. Sobre todo resulta vergonzoso que los que propician los planes llamados de desarrollo sean los capitanes de industrias, los accionistas de grandes empresas, que mantienen en todo Latinoamérica, especialmente entre campesinos y pescadores, salarios de hambre que los convierten en integrantes de una colectividad subalimentada.

Hasta el momento, estos novedosos organismos que persiguen lograr el *desarrollo de la colectividad*, han servido para el logro de objetivos bastante contrarios a los planes declarados, pero de resultados muy buenos para los planes no declarados. En primer término, la labor desarrollada y el costo total de la puesta en práctica no han justificado ventajas para campesinos, pescadores y obreros de algunos países. En cambio, su sistema de organización interna ha servido para crear una serie de cargos muy bien remunerados para personas que a cuenta del *desarrollo de la colectividad*, han aprendido a vivir como potentados, viajando por América bajo el patrocinio de una campaña financiada con millones de dólares, de los cuales, a veces, han llegado a la colectividad unos centavos.

Suponemos que la opinión que de los mencionados organismos debe tener el campesinado y la gente que pesca en ríos y mares de países calificados como subdesarrollados, no debe ser muy halagadora. Ser calificados como subdesarrollados debe levantar en ellos el grito de protesta. Es una palabra que se emplea para acallar el lastimero clamor de gentes que saben que su colectividad no ha evolucionado normalmente, porque los bienes naturales con que los premia la tierra han sido subadministrados durante muchas décadas por políticos, gobernantes y capitanes de empresa que muy raramente han sabido aprovechar racionalmente los bienes que les ha tocado administrar. Incluso se da el caso de que algunos gobernantes progresistas han resultado malos administradores, por no saber exactamente hasta dónde es posible aprovechar los recursos naturales que ofrecen los suelos y las aguas de la nación que les ha tocado administrar.

*

Entre los proyectos y las realidades existe un abismo que es difícil de salvar. Muchas veces, tal obstáculo no existe, sino que se construye. Creemos que es lo que sucede en Latinoamérica cuando se elaboran y llevan a cabo planes calificados como capaces para propiciar su desarrollo. Salvo algunos ensayos llevados a cabo en México y Venezuela, donde ciertos minicultivos y minigranjas han prosperado porque los promotores y ejecutores de planes de ayuda han llegado a los puntos más apartados de dichos países, y haciendo vida en ranchos apartados de

los poblados o en caseríos casi desconocidos han promovido la enseñanza de sistemas de cultivo y cría, el resto de los planes se han llevado de una manera "tan a lo grande" que de su desarrollo sólo se han enterado los organismos oficiales y beneficiado algunos hacendados no campesinos.

En la actualidad existen maravillosos proyectos basados en el mejoramiento de la alimentación de los países latinoamericanos, ya que se ha comprobado de manera exhaustiva que la causa básica del factor producción en el campesino, en el pescador y en el obrero, es la alimentación insuficiente. Lo malo de tales proyectos es que se ponen en práctica partiendo de que la industrialización de un país es imposible sin un desarrollo agrícola que le sirva de base. Pero no es fácil hacer que países, como los latinoamericanos, que tienen campesinos pero no labradores, puedan embarcarse en un plan de desarrollo agrícola en gran escala. Por lo mismo, decimos que entre los proyectos y las realidades existe el obstáculo de que un elevado porcentaje de campesinos no tiene conocimiento de cómo se llevan a cabo las labores agrícolas. En una palabra, no son agricultores y mal resultaría cualquier proyecto de desarrollo agrícola, si no se cuenta con el elemento básico: el campesino agricultor.

*

Una Cartilla de Agricultura podría servir para convertir a los campesinos latinoamericanos en labradores. Una Cartilla de Agricultura elaborada con proyección latinoamericana, puesta en manos de todas las gentes del campo que saben leer, entregada a todos los maestros rurales, divulgada hasta el cansancio por todas las emisoras de radio y televisión, podría originar la apertura de un gran frente en el campo de la instrucción agrícola.

Creemos que para lograr que los campesinos de Latinoamérica se conviertan en pueblos agricultores, es necesario hacer marcha atrás y buscar el comienzo del proceso rutinario que ha impedido el desarrollo del agro. Tal proceso se inició siglos atrás con el tipo de cultivo conocido como *sistema vampiro*, que no es otro que el de quemar un pedazo de bosque en la montaña o en la llanura, sembrarlo de maíz, caraoas, yuca, etc., mientras produzca algo, y cuando el suelo gastado deje de producir, quemar más allá otro pedazo de bosque, y así sucesivamente.

Todos los grandes planes de desarrollo agrícola fracasarán si antes no se enseña al campesino la necesidad de convertirse en agricultor. Sin labradores, una nación no puede pensar en producir más alimentos, y por tanto, no puede llevarse a cabo la industrialización de un país que no tenga agricultura próspera. Cuando en los campos de Latinoamérica laboren agricultores y desaparezca de los mismos el típico fantasma de la miseria campesina, cuando en lugar del rancho rodeado por el mínimo conuco aparezca la minigranja con cultivos suficientes para mantenerla y hacerla prosperar; cuando se abandone el sistema vampiro de cultivo, en fin, cuando se haya logrado que el que vive en el campo porque no puede hacerlo en otra parte, logre, por medio de la orientación que puede derivarse de las enseñanzas impartidas por una Cartilla de Agricultura, convertirse en un ser capaz de sacar provecho del medio físico que lo rodea, o sea, cuando el campesino se convierta en labrador, entonces será posible comenzar a pensar en verdaderos planes de desarrollo agrícola.

Sólo cuando al campesino se le pueda demostrar que del producto de la tierra puede obtenerse la comodidad en la vida, será posible explicarle y posiblemente hacerle entender que "la agricultura ha sido siempre considerada como la más noble y útil ocupación de la humanidad, debido a que la vida del hombre y por lo tanto de la actividad mundial se apoya en ella. Se la llama la industria madre porque produce los alimentos necesarios para la existencia del hombre y los animales, proporciona la materias primas para una considerable cantidad de industrias

manufactureras y es uno de los pilares de apoyo en la actividad de intercambio comercial entre muchos países". Claro que esto sólo lo entenderá un campesino al que se le demuestre cómo aprovechar los recursos naturales renovables y que de tal aprovechamiento se deriva el bienestar de él y los suyos y el de la colectividad donde desarrolla su vida.

El que la agricultura es algo maravilloso, lo comprenderá el campesino inexperto de ayer, el que pasaba hambre, cuando se dé cuenta que la tierra es pródiga cuando se la conoce; cuando se aprende a enmendarla y mejorarla; cuando se conocen los instrumentos de cultivo que pueden ayudar a que produzca; cuando se llega a saber la influencia que la atmósfera y los abonos tienen sobre suelos y cultivos; cuando compruebe que la tierra, si se la trabaja por medio de sistemas de cultivo adecuados, es capaz de producir lo suficiente para proporcionar el bienestar del hombre.

Una vez que recomendamos la creación de una Cartilla de Agricultura, dijimos que con ello era posible lograr convertir al campesino en agricultor, inculcándole la idea de que, planeando los sistemas de cultivo, la tierra llega a proporcionar cosechas capaces de ser guardadas ensilando y henizando el grano y el forraje. De tal manera se logra tener las reservas necesarias de alimentos tanto para las personas como para los animales domésticos y el ganado, de manera que las largas épocas de sequía, típicas de algunas regiones de Latinoamérica, no sean sinónimo de dificultades alimenticias.

*

Los recursos naturales renovables han sido mal administrados en Latinoamérica. En algunos países los bosques han ido desapareciendo y ello constituye una calamidad. Cuando desaparece el bosque, también lo hace la protección de los suelos, o sea, la capa vegetal donde se verifica el fenómeno biológico de la vida de las plantas.

Cuando en este continente se logre que el campesino no destruya los bosques, es posible que logremos detener la marcha del desierto. La tala y la quema de bosques con el fin de llevar a cabo el sistema vampiro de cultivo, ha afectado el caudal de los ríos. Estos se secan porque de las montañas van dejando de brotar los manantiales, que desaparecen porque se destruyen los bosques y no se incrementa la formación de otros. Hace poco alguien dijo: "El comienzo de la civilización pudo haberse originado cuando el hombre procedió a la tala del primer árbol con el fin de aprovechar su madera; pero la tala del último árbol representaría el fin de la civilización y de la vida."

Son precisamente los recursos naturales renovables los que dan vida a algo que a simple vista no se le da importancia, salvo en el caso de estar sediento. Nos referimos al manantial que hallamos al borde de un camino de montaña.

Los rumorosos arroyos americanos, cuyas aguas cantan en cada choque contra las rocas al vencer un desnivel, se van formando a base del tributo que les rinden las aguas de los manantiales, que de esta manera pasan a engrosar el caudal de los ríos. En el proceso ininterrumpido del escurrimiento del agua de la montaña al manantial que la tributa al arroyo y que éste vierte al río, va caminando y multiplicándose la vida de los seres acuáticos, en fases que van desde seres microscópicos hasta los grandes peces de los ríos...

Podemos decir que el manantial es el lugar donde aparece a la luz del Sol, no sólo el agua que el suelo de los bosques ha almacenado en la época de lluvias, sino que también trae la vida en la forma de sales minerales arrastradas en su peregrinar por entre el gran filtro-laboratorio que son los suelos y que transforman el agua destilada con que nos obsequia la lluvia, en un precioso líquido enrique-

cido con soluciones minerales que harán prosperar la vida de la vegetación, de los animales que pululan en las aguas y las florestas, y también la del hombre.

Hay que enseñar al campesino de América, al hombre subinformado, que el manantial es la fuente de vida con que nos regala la tierra protegida por la vegetación. Debemos hacerle entender, que cuando tala o quema los bosques, destruye las cabeceras de los ríos, porque al desaparecer el bosque no se produce el mantillo en los suelos y desaparece el cobijo que da frescor y la capilaridad de la capa vegetal. Decirle qué es lo que mantiene almacenada, casi sin evaporación, el agua depositada por las lluvias, que no es otra cosa que la que filtrando lentamente, forma después los manantiales que llegan a convertirse en ríos.

En los terrenos americanos maltratados por la tala y la quema, al faltar la vegetación, el agua no deja de correr cuando caen las lluvias, pero es un agua que no beneficia. En un terreno sin vegetación el agua actúa como elemento de arrastre, y la que llega a empaparse en la tierra descubierta, se evapora de inmediato bajo el calor del Sol. Es agua que no favorece, la que cae sobre tierras desprovistas de la protección de la arboleda y de la capa vegetal que la misma va formando. Es agua que barre con todo y que, poco a poco, va formando arroyos y ríos teñidos en tonalidades rojizas, que continuamente nos indican que nuestras tierras, nuestros suelos, escapan hacia el mar disueltos en las corrientes fluviales. Es el continuo grito de alarma que nos advierte que el continente va convirtiéndose en un desierto.

El hacer del campesino latinoamericano un hombre informado en cuanto a la misión que debe cumplir en el medio físico que lo rodea, puede llegar a convertirlo de un ser desnutrido en una persona útil a sí mismo, a la familia y a la colectividad. Cuando desaparezca el hombre subalimentado dejará de existir el calificativo de subdesarrollados que se da a los países latinoamericanos. No queramos confundir la miseria con el atraso. Los directores de pueblos deben informarse, si es que no lo están, que de la falta de datos exactos en los organismos oficiales nace la idea de una denominación falsa, dada a unos pueblos que si están subalimentados y no subdesarrollados, es debido a que la administración de la que dependen generalmente está subinformada y también subadministrada.

UNA OBRA EXCELENTE DEDICADA A CHINA

POR JOSÉ MARÍA FRANCÉS

BAJO EL TÍTULO *Escarceos sobre China*, el escritor Víctor García ha dado a conocer un amplio y documentado trabajo, al cual, si alguna objeción nos es dado formular, es que el vocablo que rotula el libro nos parece poco ambicioso. Escarceo, entre sus diversas acepciones, cuenta con la de divagación o rodeo acerca de un tema determinado. En el libro que nos ocupa no hallamos nada de eso, sino una notable seguridad en lo que el autor nos dice, a la vez que una destreza maravillosa para encuadrar en 266 páginas, de encomiable amenidad y soltura, múltiples estudios, investigaciones y comentarios, que otra pluma menos fluida y otro cerebro menos sólido, habrían necesitado no menos de 500 para servir a medias.

Pocos países de la Tierra han hecho verter más tinta que la inmensa China, a la cual, no hace muchas décadas, a raíz de la rebelión de los bóers, se consideraba todavía por muchos como una nación bárbara. No se tenía en cuenta que cuando los presuntuosos europeos vestían aún de pieles y carecían de la cultura más elemental, en las vastísimas regiones, correctamente denominadas Chung Kuo o Reino del Medio, florecía ya una civilización, que ha sabido mantenerse más o menos incólume mientras las demás contemporáneas iban desapareciendo paulatinamente.

Los numerosos escritores de todas las nacionalidades que han intentado familiarizar al mundo con el prodigio chino, lo han hecho casi todos con objetividad discutible y más o menos influidos por apasionamientos o intereses de clan o de raza. Si alguna excepción podemos registrar es la de los propios escritores chinos —moralistas, filósofos o historiadores— en cuyos textos nuestro autor ha podido cosechar los mejores elementos para su trabajo.

En Europa se tuvo durante muchos siglos una idea de China, de paisaje de abanico. A través de Marco Polo y de los jesuitas, se perfilaron un tanto las ideas al respecto. Mas estas informaciones, que no dejan de ser valiosas, pe-

can de incompletas ya que su arranque parte, por lo general, de las etapas mongolas y tártaras que por chinas que aparezcan se hallan separadas enormemente de la verdadera realidad de la gran nación acerca de la cual Víctor García ha sabido tejer sus loables escarceos. Su prologoista, B. Cano Ruiz, ha puesto el dedo en la llaga cuando escribe: "Ni siquiera el pensamiento de Confucio, que ha sido el pensador chino de la Antigüedad cuyo nombre ha recorrido más el Occidente, era realmente conocido entre nosotros hasta hace bien poco. De Lao-tse no sabíamos realmente nada, ni de Mencio, ni de Chuang-tse, ni de Mo-ti..."

La supina ignorancia de los europeos, asoció hasta época reciente al chino con su coleta, siendo ésta un estigma oprobioso impuesto a los chinos auténticos por otros chinos de importación armada. Conquistadores, no civilizadores. Las sucesivas oleadas de invasión fueron a civilizarse allí. Y si alguna de ellas llegó a descollar y consiguió realizaciones notables no lo debió a sus sedimentos de barbarie traídos de la tundra o de la estepa, sino a la enorme masa de los imponderables acumulada por muchos siglos de sabiduría y reflexión.

En modo alguno podía llamarse bárbaro a un desmesurado núcleo humano que precedió muchos siglos a Gutenberg en algo que constituyó el embrión de la imprenta moderna. Los chinos supieron antes que los mismos griegos disciplinar el pensamiento y con ello engendrar filósofos de talla colosal que en la actualidad impresionan todavía al mundo.

Sin conocer la historia —siquiera abreviada— del pensamiento chino se nos hace imposible familiarizarnos poco o mucho con la historia política del país. Víctor García, bebiendo en las propias fuentes del acervo fidedigno, que en gran parte ha podido sobrevivir a la rapiña y a la cerrazón de corrientes intrusas y a la voracidad de poderes internacionales que se han gozado a menudo devorando a la martirizada Flor de en Medio, ha logrado reconstruir una

multitud de incontestables verdades que permiten al curioso lector enterarse de muchas cosas que no tienen nada que ver con nuestras populares sombras chinescas, porque son la vida misma, hábilmente descrita y orientada; escalando como es debido su labor en evitación de confusionismos e incoherencias. No es la menor de las virtudes de Víctor García como escritor, la difícil facilidad con que borda sobre los cañamazos históricos relatos, observaciones e inclusive estadísticas, que sin darnos cuenta asimilamos con mayor delectación que una fantasía de Pierre Loti o de Claude Farrère.

*

Nos hallamos ante un libro que sin ser propiamente de historia, lo cual le permite eludir la aridez y sequedad de la mayoría de historiadores profesionales, nos sitúa frente a perspectivas históricas revestidas de encanto y sinceridad. De tal manera, cuando nuestra curiosidad se ha transformado en interés y nos hemos visto en presencia de bosquejos de cuerpo entero de seres tan gloriosos como los precursores y continuadores de la filosofía específicamente china, trasponemos sin esfuerzo el esbozo objetivo de la plasmación de la nacionalidad una y varia, que ha sabido resistir el embate de los salvajes jineteres hunos, absorbiendo de ellos jugos vivificantes para evitar la estatificación o inmovilidad de sus pueblos, haciendo el prodigio de enseñar a ser hombres pacíficos y laboriosos a los componentes de las hordas metecas. No importa que en el curso de los siglos el vil azote de la guerra y el militarismo hayan sacudido brutalmente al pueblo chino. Esas contingencias no son productos naturales de lo que sembraron antaño los sabios autóctonos, sino enfermedades más o menos convulsivas cual las que tan frecuentemente traquetean a todos los pueblos. Esas convulsiones, aun costando millones de muertos, pasan y se esfuman, pero China, la verdadera China permanece. Y está llamada a ocupar algún día su sitial de madre de civilizaciones, respetuosa y respetada. Aun admitiendo que la actual realidad china discrepa no poco del esquema libertario de sus más esclarecidos pensadores, no creemos posible que se reproduzcan en lo futuro las inómbes francachelas de las concesiones a intereses invasores ni crímenes sin perdón como las guerras del opio.

Los chinos primitivos injertaron en el árbol de su continuidad el germen de la paciencia, cualidad específicamente china. Sólo así, sin despersonalizarse, sin copiar modelos, el chino de todos los tiempos ha laborado incesantemente por

forjarse a sí mismo, desconfiando de las imitaciones. Y a pesar de tantas y tantas experiencias dolorosas mantiene hoy una fisonomía propia. No todos los visitantes y exploradores —algunos con notable personalidad— han sabido ver y sentir todo lo que perdura aún del luminoso pasado. Víctor García sí lo ha visto y sin empaque de sabihondo nos lo comunica con encantadora sencillez.

No es tarea fácil ascender a un árbol frondosísimo de 5,000 años de edad sin extraviarse por las ramas, y acertar a distinguir las ramas débiles, propensas a quebrarse y ocasionar una caída, de las fuertes y vigorosas donde nuestro pensador español ha sentado el pie del comienzo al fin. De esta manera, sin dilapidar tiempo ni dinero, el lector se halla en presencia de los hechos y dichos más antiguos y le es dado apreciarlos y calibrarlos con la misma nitidez que los recientes. Para la mejor comprensión de estos "escarceos", nos es brindada una acertada disposición en la arquitectura del libro, muy difícil de superar.

*

La primera parte nos sirve en una treintena de páginas la esencia del pensamiento chino, en todas sus facetas y variantes. Aprendemos de qué manera Confucio elaboró su doctrina del Tchong Yang o Justo Medio y las premisas en que apoyó su teoría de los buenos Gobiernos, refutando con frases contundentes la ferocidad de tigre de los malos. La importancia que dio a la buena alimentación de las masas y sus afirmaciones de la bondad original del hombre, anticipándose a Rousseau, y de la necesidad de que los seres se amen unos a los otros, quinientos años antes de que lo predicase Cristo.

Con todo, otro pensador no menos egregio, Lao-tsé, difiere del credo confuciano en que mientras éste atribuye los males de la sociedad a las características del Estado, aquél considera a cualquier Estado como responsable de todo y proclama su confianza en la iniciativa y capacidad de los pueblos para conducirse a sí mismo hasta la finalidad indiscutible que es el bien común. Su concepto del Tao, divinidad profusa y difusa que no puede ser personalizada, es tal vez la definición más elevada y profunda a la vez que el alma humana puede hallar de la presencia de Dios.

Con la lectura de cuanto Víctor García nos revela acerca de estos dos formidables moralistas, seguida de valiosos pormenores en cuanto a sus continuadores respectivos, Mencio y Chuang-tse, los legalistas y Mo-ti, el ciudadano medio

adquirirá una idea clara sobre tan interesantes temas.

La segunda parte abarca dos prolongadas y amenas etapas. La primera abarca desde Ch'in y las primeras dinastías del periodo clásico; la irrupción de los mongoles, describe el paréntesis histórico de los Han, todo ello específicamente chino. Los Ming, vienen a ser ya mongoles achinados y se incluyen cronológicamente en el vasto periodo que comprende la irrupción del catolicismo, que jamás logró desterrar el budismo introducido mucho antes. Registramos la huella indeleble de Gengis-Khan y Kublai-Khan, los viajes de Marco Polo, las repercusiones de la conquista de América, a todo lo cual siguieron los emperadores manchúes, la avaricia occidental, y las funestas guerras del opio, aviesamente atizadas por Inglaterra. Sabemos de la labor descomunal de Sun Yat-sen, con su primitivo Kuomintang, desvirtuada más tarde por Chiang Kai-shek y duramente hostilizada por el Japón, como hemos tenido ocasión de ver quienes no somos jóvenes.

*

Como es de suponer, el autor no silencia lo que llegó a influir en China la Revolución rusa, ni tampoco los doloro-

sos impactos que sufrió el cuerpo nacional, a través de las dos grandes guerras. La corrupción del régimen de Chaing Kai-shek queda admirablemente reflejada por la carta del anarquista Lu Chien Bo, que con gran acierto se incluye al final de la segunda parte.

Y de una manera insensible pero segura nos hallamos envueltos en el estudio del actual régimen comunista de Mao Tse-tung. Se trata de un estudio desapasionado y notable por su objetividad. El viajero lo ve todo, lo pregunta todo y consigue muchas y valiosas informaciones que nos cede al costo. Esta tercera parte es la más extensa de las tres, pues rebasa las cien páginas; pero en ellas no falta ni sobra nada. Es de alabar la generosa imparcialidad con que el comentarista, aun siendo libertario o tal vez por serlo, admite los éxitos tanto como pone en evidencia los fracasos. Sus juicios no son caprichosos; se apoyan en citas y números y cuanto leemos al respecto denota sinceridad y ponderación. Y como remate indispensable damos con una detenida visión, casi reporteril por lo vivaz, de lo que son en la actualidad Hong-Kong, Macao, Cantón, Pekín, Shanghai, Soochow, Hanchow y el famoso Yang-tse, eje milenario de la vida china y puerta de muchas y lamentables invasiones.

CAROLVS REX

A petición de nuestros lectores que no pueden esperar dos meses para seguir leyendo esta novela de nuestro compañero Ramón Sender, hemos acordado imprimirla entera en forma de libro y está ya a disposición del público. Juzgando por las dos primeras entregas podrán deducir nuestros lectores que se trata de una brillante sátira de la Monarquía tradicional española hecha usando estrictamente los elementos históricos que ofrece la vida de Carlos II el Hechizado, quien reinó en la segunda mitad del siglo XVII.

Actualidad de España

Una situación sin salida. El gran capital y los altos jerarcas de la Iglesia, dueños indiscutibles del cotarro en los últimos años, parecían imprimir al régimen una política orientada a dar una salida al franquismo sin mayores riesgos para sus intereses, y sobre todo tratando de evitar convulsiones violentas y cambios bruscos siempre peligrosos para los dictadores. En ese empeño coinciden grandes e influyentes intereses políticos y económicos, nacionales y extranjeros.

Los gobernantes españoles han venido haciendo alarde de revisionismo, de afán de rectificar, de propósitos liberalizadores, y, en especial, de decidido empeño de integrarse a Europa; incorporarse, a toda costa, al Mercado Común Europeo, considerado como única tabla de salvación a su alcance.

El exponente principal de esa nueva política ha sido últimamente el ministro de Información, Sr. Fabra. Otros ministros y jerifaltes franquistas aprovechan también cualquier ocasión para alardear de europeísmo, de sentido realista y ansias de progreso, si bien su formación fascista, reaccionaria, los traiciona, haciendo inútil el costoso esfuerzo para dar al mundo la sensación de cambio, de que la crueldad del falangismo intransigente y bravucón era cosa del pasado. Pero no: el odio puede más que la necesidad imperiosa de encontrarle una salida al régimen.

El fusilamiento de Grimau. El caso Grimau es, ni más ni menos, un crimen más del franquismo. Uno más; uno entre cientos de miles, que los comunistas han sabido aprovechar a las mil maravillas para llevar a cabo una campaña internacional contra el franquismo criminal, pero también en provecho propio.

Ha sido, de parte de los gobernantes españoles, una reiterada muestra de su insaciable venganza, de su intransigencia fanática; pero, muy especialmente, una prueba de su estolidez. Puede decirse que mordieron el anzuelo. El cebo fue probablemente el telegrama de Jruschiov pidiendo clemencia. Ahora su partido pide un monumento para el asesinado, al lado de García Lorca...

El crimen ha tenido repercusiones internacionales que no esperaban los jerarcas fascistas. Pero la cosa no termina ahí.

Habla un ministro en Hannover. Del discurso del ministro de Comercio, señor Gregorio López Bravo, en la sesión de clausura del Día Económico de Europa, celebrado

en Hannover recientemente, reproducimos algunos de los párrafos más salientes (los subrayados son nuestros), que no necesitan comentarios, tomados de **Información Española**, boletín de la Oficina de Información Diplomática que se edita en Madrid bajo auspicios oficiales:

"...A continuación el ministro español recordó el incremento de las importaciones españolas en los últimos años y el hecho y el hecho de que su economía es esencialmente complementaria de la resto de Europa, tanto en relación a sus productos alimenticios como a la mano de obra que está nutriendo las plantillas de personal de otros países.

"En este campo de los factores productivos —destacó—, quiero proclamar con orgullo que servimos a Europa una mano de obra inteligente, trabajadores responsables, no sin que suponga para España un sacrificio, y que resuelve en gran parte el desequilibrio de factores con que tropiezan para su expansión gran número de países europeos." Y refiriéndose a esta mano de obra, el señor López añadió que es la misma que los inversores extranjeros pueden hallar en España.

"El financiamiento de nuestro Primer Plan Cuatrienal de Desarrollo Económico exige contar con unos recursos exteriores del orden de los 500 millones de dólares anuales, como término medio; para llegar a esta cifra se han contado ya los ingresos previstos por el turismo. Dicha cantidad deberá proceder de tres fuentes fundamentales: las remesas de obreros españoles que trabajan en el exterior, especie de ahorro interior generado fuera; las inversiones de capital extranjero, y los créditos a plazo medio y largo de carácter comercial y financiero. Seguidamente, el ministro de Industria habló de la legislación española sobre inversiones extranjeras y su evolución para facilitar el engarce de nuestra economía en el concierto occidental...

"Destacó luego la voluntad de integración y la labor que por conseguirla ha realizado España. **Todos los esfuerzos han sido hechos mirando a Europa.**" "Estamos experimentando —añadió— los perjuicios a corto plazo de cambiar de coyuntura y de estructura sin la contrapartida de las ventajas que la integración reporta. Yo confío en la comprensión de la Comunidad hacia nuestros problemas.